



EL

MANIFIESTO



Margarita B. Sainz

EL MANIFIESTO

Margarita B. Sainz

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El manifiesto*
© *Margarita B. Sainz*

Edición publicada en mayo de 2020

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*

— EL —
MANIFIESTO

Margarita B. Sainz

*Este libro se lo dedico a todas aquellas mujeres
que alguna vez sufrieron y no las creyeron.*

~ Índice ~

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

CAPÍTULO 1



Violeta observaba el lento discurrir de las turbias aguas del Guadalquivir a través de la ventana de su despacho, privilegiado observatorio en el edificio Helvetia. Miraba absorta a los turistas que aguardaban, bajo un sol de justicia, formando largas colas para entrar a la Torre del Oro. Protegían sus cabezas con variopintos sombreros; sin embargo, sus indumentarias se asemejaban mucho entre sí. Por lo general, consistían en pantalones cortos, camisetas de algodón y sandalias *guiris*, de esas que sujetan el pie con tiras gruesas y suelas de goma. Algunos, incluso, se atrevían a llevarlas con calcetines.

Siguió atendiendo al cadencioso remar de los piragüistas que cruzaban ante sus ojos. El río siempre estaba repleto de ellos, no en vano la de Sevilla era una de las federaciones más potentes del territorio nacional. La cantera siempre había aportado buenos deportistas en esa disciplina. Así lo demostraban todas las medallas olímpicas en su haber.

Sintió un tirón en el pecho que la hizo salir de sus cavilaciones y posó su mirada en los titulares del periódico que aún sostenía entre sus manos.

Bajó la vista para seguir leyendo. Necesitaba asegurarse.

LA ARISTÓCRATA SEVILLANA ROSARIO VALENCIAGA REVELA SU SECRETO TRAS TREINTA AÑOS DE SILENCIO, DESVELANDO LOS SUPUESTOS ABUSOS QUE SUFRIÓ EN LA CONSULTA DEL PSIQUIATRA JERÓNIMO CORONADO.

Ha llegado el momento de hablar.

El otro día, merendando con unas amigas en Sevilla, comentaron el rumor que corre estos días sobre Jerónimo Coronado. Jamás se me pasó por la cabeza que hubiera más mujeres viviendo lo mismo. Me sentí culpable durante todos los años que estuve enferma.

Llegué a su consulta con veintidós o veintitrés años, sumida en una fuerte depresión: vulnerable, maleable. Con los límites de lo moral borrosos y otros problemas añadidos que él ignoró.

Me aferré a Jerónimo Coronado como a un clavo ardiendo. Aquella relación indefinible se prolongó en el tiempo; luego me casé y se convirtió en una especie de amistad.

Jerónimo Coronado abusó de una persona enferma, desesperada, a lo largo de los años. No prestando ayuda, ignorando los problemas, manipulando como solo puede hacer un buen conocedor de los resortes de la mente, que es lo que no podemos negarle. Jerónimo Coronado Ibáñez me llamó por teléfono pocos días antes de mi intento de suicidio e hizo mención a tres temas en concreto que desencadenaron en mi cabeza la desesperación absoluta.

Lo hizo porque yo había empezado a contar cosas de él.

No tengo miedo, porque las que hemos pasado por esto no tenemos mucho que perder, y sí mucho que ganar.

Hoy por hoy no siento nada por Jerónimo Coronado, excepto cuando veo pasar al Señor de las Penas sabiendo que él está ahí, el mismo que decía no creer en Dios. Me parece un sinsentido, inexplicable.

Lo cuento para advertir a las mujeres de que en la consulta de Jerónimo Coronado Ibáñez no van a encontrar ayuda, y sí mucho dolor.

Lo cuento con el apoyo de mis hijos, que, cuando he empezado a relatarles mi calvario, han

entendido cosas que antes no podían, y los han hecho sufrir.

No tengo miedo y no siento vergüenza. He superado todo, y si yo lo he hecho, todas pueden lograrlo.

Esta carta va dirigida a las víctimas de Jerónimo Coronado Ibáñez, porque ellas la van a entender y a ellas les puede aportar algo de consuelo; o eso espero, al menos.

Con todas mis fuerzas y todo mi cariño.

Rosario Valenciaga

Una convulsión, semejante a un incipiente temblor de tierra, comenzó a sacudirla por dentro. La minúscula cápsula donde almacenaba los recuerdos del pasado comenzaba a agrietarse; se había olvidado de que estaban allí.

El estremecimiento la hizo tiritar. De repente, la mañana ya no se le antojaba agradable. Lo había guardado todo en un lugar oscuro de la memoria porque dolía. Dolía sentirse culpable y dolía avergonzarse por lo ocurrido en aquella consulta. La herida no estaba cerrada, solo anestesiada.

La agitación interna amenazaba con dominarla.

Se sirvió un vaso de agua de la bandeja que estaba sobre la mesa y bebió con ansias. Le temblaban las manos. Debía calmarse.

El teléfono de su mesa empezó a sonar con insistencia, haciéndola retornar a la realidad. Lo descolgó como un autómata.

—Dígame —contestó con tono seco. El corazón le seguía bombeando con fuerza.

—Hola, cariño. —La voz de su marido la acarició por dentro. Violeta cerró los ojos para sentirla mejor—. ¿Te apetece que saque entradas para el estreno del *ballet* nacional checo? Representan *La Bayadère* en el teatro de La Maestranza.

—¡Por supuesto! —Suavizó la voz, dejando entrever sin querer parte de su angustia—. Ya sabes cuánto disfruto con el *ballet* clásico.

—Eso pensé. Pues ya está hecho. Apunta en la agenda que el viernes próximo, a las ocho de la tarde, tenemos una cita. —Su buen humor se transmitía a través de la línea.

—Gracias, Daniel. Siempre tan atento y detallista. Esa es una de las cosas por la que me enamoré de ti —le dijo medio en broma. Él era su mundo, y pensó en lo afortunada que se sentía de estar a su lado. Solo el hecho de oír su voz la tranquilizaba.

—No seas tonta; ya sabes que no me cuesta ningún esfuerzo. Por cierto, ¿qué tal llevas el día?

Fue en ese instante cuando, con un ramalazo de intuición, se dio cuenta de la razón de su llamada: él también había leído el periódico. De nuevo, sintió como se le aceleraba el pulso. Nunca, en veinte años de casada, la había telefonado para interesarse solo por su jornada de trabajo. Siempre lo hacía para consultarle algo en concreto y luego colgaba, debido al continuo estrés que acarrearaba su profesión.

La incertidumbre la picoteó como carcoma: la estaba sondeando. Por un momento pensó que, en realidad, se interesaba por ella. No pudo remediar que una leve decepción hiciera mella en su ánimo. Enseguida lo apartó de la mente.

—Hoy va todo tranquilo. —Se hizo la despistada—. Me estaba tomando un descanso mientras leía la prensa. ¿Lo has hecho tú? —Intentó sonar despreocupada. Quizá estaba un poco paranoica, o quizá lo que le ocurría era que lo conocía bien.

—Sí. Yo también lo he hecho. —El tono de su voz sonó hueco, como si hablara desde un bidón vacío.

—Daniel, deja de darle vueltas al coco. ¿Me has llamado por algo más?

—Como me temía...: te ha afectado bastante. Tranquilízate y después lo hablamos en casa. —
Acto seguido, cortó la conversación. No le dio opción a contestarle.

Violeta no se podía creer lo que acababa de oír. Se sintió menospreciada. Su marido la trataba como si estuviera enferma de los nervios, a pesar de que era él quien no tenía la más mínima idea de cómo manejar el tema.

«Muy típico de algunos hombres —pensó—. Cuando una mujer se enfada, tiene que tranquilizarse, pero si son ellos los que lo hacen, es que están cabreados».

Ya estaba harta de tantas tonterías.

Al fastidio había que añadir ahora el mosqueo que le provocaba su actitud. Hasta esa llamada, el día se le había antojado agradable, pero, gracias a Daniel, había perdido todo su encanto.

Su ansiedad subió en la escala.

—Buenos días. —En ese momento, su socia, Elena Torres, entró en tromba en su despacho. Tomó asiento frente a ella con la vista fija en una *tablet* y puso los pies encima de la mesa.

—Elena, ya sabes que me revienta que entres así —le reprochó, cabreada—. ¿Te imaginas que estoy reunida con alguien? ¿Y si estuviera manteniendo una conversación importante? — Intentó por todos los medios que no notara lo alterada que se encontraba.

—Veo que estás de mala leche. ¿Ha ocurrido algo o simplemente te has levantado con el pie izquierdo? —Su socia alzó una ceja, examinándola con la mirada.

—Me niego a hablar contigo hasta que cierres la puerta. —Cruzó los brazos sobre el pecho con actitud obstinada.

—¡Joder! La cosa es seria. —Elena se levantó y cerró sin miramientos—. Venía a ponerte al día de las novedades, pero ahora soy yo la que no quiere hablar contigo hasta que no me digas qué te ocurre —remedó con la voz.

—Mejor es que lo veas por ti misma. —Violeta le lanzó el periódico, abierto por la página que había estado leyendo.

Durante el tiempo que su amiga tardó en informarse, el silencio se instaló en la habitación. Solo se oían las voces de las personas que trabajaban en la oficina, amortiguadas por el cristal que las separaba.

Violeta le dio la espalda para seguir contemplando por la ventana a los visitantes, que embarcaban en uno de los barcos turísticos para iniciar el recorrido por el río. Eran casi todos orientales y portaban coloridas sombrillas. Permanecían sentados muy ordenadamente en la cubierta superior del crucero, mientras que el guía, micrófono en mano, los informaba de la duración y características de la ruta que iba a comenzar.

—¡Madre mía! —la oyó gritar—. Esto significa que no es un caso aislado. ¡Menudo cabrón! —Elena sonaba entre sorprendida y furiosa—. Y tú, ¿cómo te lo has tomado? —Se levantó para ponerse a su lado y poder observarla.

—Estoy bien. —Le apretó la mano para tranquilizarla—. Por un lado, me alivia saber que no soy la única. Siempre me pregunté por qué ocurrió una cosa así. Por otro, me preocupa que haya otras personas en igual o peor situación que la mía —le dijo, clavando sus ojos negros en los castaños de su amiga.

No pudo evitar que se le pasara por la mente que Daniel no se había interesado por su bienestar. El pensamiento volvía recurrente a ella.

—No te preocupes y verás como todo se andará. —Le rodeó el cuello con sus brazos para transmitirle su cariño—. Nos iremos enterando de todo. Seguro. Lo importante es que tú te encuentres bien.

Violeta le devolvió el abrazo, emocionada. No quiso dejar a Elena con la impresión de estar afectada. Todavía no se sentía preparada para contarle hasta qué punto la había trastocado.

—Petarda, ya está bien de cháchara —quiso zanjar el tema—. Ahora ponme al día de todas las cosas que querías contarme.

La mañana transcurrió volando.

Ambas eran socias, junto con Pura, desde hacía cinco años. Ya hacía diez que se conocían. La amistad había surgido gracias al colegio de los hijos, hasta donde acudían a diario para llevarlos y recogerlos. Elena, la más joven, por aquel entonces estaba contratada por horas como profesora de apoyo en preescolar, mientras encontraba un trabajo de lo suyo.

Entre las tres habían fundado un negocio de parafarmacia especializada en el cuidado de cabello, cuerpo y cara mediante productos avalados dermatológicamente por las casas farmacéuticas. Era una idea innovadora que competía con la alta cosmética con precios más bajos, ya que pensaban que todas las mujeres tenían derecho a cuidarse, incluidos los bolsillos más humildes. Siempre sin prescindir ni un ápice de la calidad.

Poseían cuatro centros en funcionamiento. Su éxito radicaba en que el personal estaba perfectamente formado en técnicas de ventas, y las esteticistas recomendaban al público los tratamientos que ofrecían en sus tiendas. Ahora pretendían ampliar el negocio con colecciones de maquillaje elaborados a partir de elementos naturales.

Elena no paraba de moverse y le dio, sin querer, un golpe a un marco de fotos con el pie, que había posado de nuevo encima de la mesa.

—Perdona, soy una torpe —dijo, volviendo a colocarlo en su sitio.

Violeta posó sus ojos en él. Era una instantánea que les habían tomado cuando inauguraron la primera tienda. En ella aparecían las tres brindando con champán.

—¿Te acuerdas, Elena? Mira lo contentas que estábamos —le dijo mientras observaba con nostalgia la foto.

Contempló con cariño los rostros de sus amigas. Pura Fernández era la que más se aproximaba en edad a ella. Su melena ondulada, de color castaño claro, contrastaba con sus cálidos ojos color miel. De piel morena, nariz proporcionada y labios finos, cuando sonreía, la cara se le transformaba haciéndola parecer más joven. Su único hijo, Alberto, compartía clases con Marcos, el mayor de los dos que tenía Violeta. Ambas habían congeniado desde que se conocieron, y ya habían pasado unos cuantos años. Pura era anestesista, y jefa de la unidad del dolor en el hospital público de Nuestra Señora de Valme. Separada desde hacía tiempo de Víctor, colega de profesión, solo vivía para su hijo y para el trabajo, en ese orden, y ambas cosas la consumían completamente. Siempre estaba dispuesta a vivir para los demás sin acordarse demasiado de sí misma.

Cuando a Violeta se le ocurrió montar el negocio, ella no lo dudó ni un instante y se apuntó a la idea. Solo era socia capitalista, pero su colaboración servía como excusa para que cada vez que era necesario, o tenían ganas, se reunieran las tres, invariablemente, en bares. Al final, siempre acababan con una copa de más y muertas de risa.

Elena era la más joven de las tres. Farmacéutica, y con un master en cosmética, era una profesional brillante. Llevaba el día a día del negocio y la relación directa con las tiendas, los técnicos y los clientes. Se encargaba de resolver los problemas en esas áreas y que el servicio ofrecido fuera de máxima calidad.

Su aspecto resultaba engañoso, y no tenía nada que ver con su fuerte carácter: pelirroja, con melena corta, rizada, y flequillo que se empeñaba en alisar constantemente. Sus ojos verdes contrastaban con su tez clara y perfecta, siempre maquillada. La boca, de labios generosos, y la

nariz, un tanto respingona, le otorgaba un aspecto aniñado, lejos de la realidad, a pesar de que, cuando quería, sabía explotarlo al máximo. Su estilo era transgresor a la hora de vestir; no en balde, Ágatha Ruiz de la Prada era su diseñadora de cabecera.

Llevaba casada cinco años con Curro, que viajaba mucho debido a su profesión: era chófer de camiones; cada vez que podía, vestía camiseta sin mangas y con rastas hasta la cintura. Ambos eran amantes de los animales y aficionados a viajar en caravana durante sus vacaciones, acompañados de sus mascotas.

Violeta era la encargada del departamento comercial y administrativo. Trataba con los proveedores, elegía los mejores productos para el catálogo y negociaba los suministros, además de hacerse cargo de todo el papeleo.

Las tres amigas se llevaban bien y habían conseguido que el negocio prosperase. Ganaban dinero haciendo lo que más les gustaba. Para ella, eran como hermanas, las que no tenía. Eran familia, y no había nada que no compartieran.

—Deja ya la nostalgia a un lado y céntrate. —Elena la sacó de su ensimismamiento—. Vamos a comer algo ligero, que nos espera una tarde de reuniones y mucho trabajo.

—Tienes razón. —Las dos salieron con prisa.

CAPÍTULO 2



Cuando llegaron al teatro de La Maestranza, la gente se agolpaba en la entrada esperando a que se abrieran las puertas. Violeta había elegido, para la ocasión, unos pantalones negros y una sencilla blusa de seda blanca. Unos zapatos de tacón y el abrigo de pelo sintético completaban su atuendo.

Se giró para mirar a su marido, que saludaba a unos conocidos, y lo encontró muy favorecido con el traje de chaqueta negro y la corbata roja de Carolina Herrera. Daniel ya había cumplido los cincuenta, pero aún conservaba el encanto que la había enamorado de jovencita. El pelo castaño y rizado ahora era plateado y con entradas, aunque no muy acentuadas. Su oscura mirada les daba fuerza a la barba y al bigote, perfectamente arreglados, intensificando así su aspecto de *gentleman*, calificativo que le agradaba.

Una vez en el interior del edificio, les fue fácil localizar sus asientos en el patio de butacas, cerca del escenario.

Un gusanillo danzaba por el estómago de Violeta ante la expectativa del comienzo de la representación. Siempre había adorado el *ballet*, desde pequeña. Durante una época de su infancia, recibió clases, pero la dedicación y el sacrificio que conllevaba su práctica la obligaron a abandonar. A pesar de ello, no había menguado ni un ápice su aprecio por la danza clásica. Valoraba enormemente los rigores a los que se veían sometidos quienes lo practicaban, por eso, estimaba una actuación bien ejecutada.

Iban a ver *La Bayadère*, que representaba la compañía nacional checa. Violeta abrió el programa de mano para informarse sobre los detalles de la obra.

La danza, al igual que la música, está en el ADN del pueblo checo; no en vano este Ballet Nacional se fundó en 1883. La primera coreografía de El Lago de los Cisnes fue creada en 1877 por Václav Reisinger, de la misma nacionalidad. A su vez, uno de los padres del baile europeo es el también checo Jiri Kylián, director del prestigioso Nederlands Dans Theater.

La Bayadère es uno de esos ballets que ponen a prueba la técnica y la disciplina de una compañía, y, debido a eso, no lo llevan hoy día en su repertorio muchos elencos. La coreografía, basada en la mítica de Marius Petipá, ha sido reinterpretada por el mexicano Javier Torres, que ha impregnado de mayor vigor a los cuadros corales, sobre todo del primer acto, respetando el romanticismo de los pasos a dos y la coda del segundo acto.

Se saltó con impaciencia el resto del párrafo para seguir leyendo:

La bayadera, pretendida por el gran brahmán del templo, se enamora del príncipe Solor, a quien el sultán quiere casar con la princesa Gamzatti, encontrando al final la muerte.

Las luces comenzaron a apagarse para dar comienzo a la representación, por lo que Violeta dejó a un lado el folleto. Por los altavoces, se instaba al público a apagar los teléfonos móviles.

Sintió un nudo de anticipación mientras esperaba, emocionada, los primeros acordes.

El baile en solitario de Nikiya en el templo, bajo la luz del foco que la seguía incansable, resultó conmovedor y nostálgico. Mostraba el anhelo de la sacerdotisa que no se conformaba con su destino.

El descubrimiento que hacía Solor de su amiga de la infancia, convertida en una de las sacerdotisas sagradas del templo, sin que se le permitiera salir a excepción de en determinadas ocasiones, lo empujaba a observarla a escondidas, lo que daba lugar a un reencuentro realmente hermoso.

Violeta contempló fascinada las piruetas, saltos y giros de los amigos del noble. Esos bailarines, caracterizados de dorado y azul, supusieron un estímulo para todo el público durante la fastuosa fiesta de celebración del compromiso con la princesa Gamzatti, hija del sultán.

Sentía la poderosa presencia de Daniel a su lado y se dedicó a observarlo en la penumbra. Su cuerpo se encontraba tenso, y su cara denotaba concentración. Parecía un felino dispuesto a saltar sobre su presa. Lo vio sonreír y notó cómo se formaban pequeñas arrugas en sus párpados al hacerlo.

«Siempre ha sido muy competitivo. Le cuesta relajarse». Esperaba de verdad que lo consiguiera durante la obra.

Volvió a prestar atención al escenario y se fijó en la difícil ejecución de las virtuosas puntas femeninas. En la impecable actuación y el movimiento de brazos de la princesa Gamzatti, que, ataviada con una falda de incrustaciones de cristal, la mantuvo en vilo, por temor a que su peso la hiciera perder el equilibrio durante uno de sus giros mientras la espectacular tela lanzaba destellos al aire, brillando como un enjambre de luciérnagas.

Cuando finalizó el primer acto, bajó el telón. La tristeza de Solor ante la muerte de su amada le dejó un regusto amargo en la boca.

El teatro estalló en ovaciones, entusiasmado, mientras ella intentaba recuperar el ritmo de su respiración. No se había dado cuenta de que la había estado reteniendo.

—¿Te apetece que nos tomemos algo en el bar? Así estiramos las piernas. —La voz de Daniel la arrancó del trance.

—Me parece perfecto —logró articular.

Salió escoltada por su marido, que la llevaba agarrada del brazo para guiarla entre la masa de espectadores con el mismo objetivo que ellos: tomarse un refrigerio y, de paso, charlar con los conocidos a los que se encontrarán. Daniel logró abrirse paso entre la multitud que rodeaba la barra y coger un plato de medias noches y dos copas de champán, mientras su mujer lo esperaba un tanto retirada.

—¡Violeta! —La voz de una prima de su marido la hizo volverse.

—Hola, María José; Álvaro —los saludó dándoles un beso en la mejilla—. ¡Qué alegría encontrarnos!

—Igualmente. —Le devolvieron el gesto—. Estamos disfrutando muchísimo. La actuación es fabulosa —comentó Álvaro, eufórico.

Eran una pareja agradable, ambos de mediana edad. María José era una de las parientes de Daniel que mejor le caían porque siempre tenía una palabra agradable hacia los demás. Álvaro, por su parte, carecía de conversación, o más bien solo era capaz de mantener aquellas que a Violeta no le interesaban nada: insustancial. Tras un rato en su compañía, siempre acababa desconectando. Tampoco era algo tan inusual en el mundo en el que ella se movía.

—Estoy totalmente de acuerdo —corroboró Daniel, que ya había llegado a su altura—. Ha sido un acierto haber venido. Al principio, saqué las entradas para darle gusto a Violeta, pero yo también me estoy divirtiendo mucho.

—Pues lo mejor está por llegar —reveló María José—. Yo ya he visto esta representación con anterioridad y el segundo acto es una verdadera maravilla.

Sus palabras captaron de inmediato la atención de Violeta.

—¿Estás segura? Me parece increíble que pueda mejorar todavía más. Yo he tenido que contener la emoción ante todo lo que he visto.

—¡De verdad! No quiero extenderme para no estropearos la sorpresa.

—Mirad quién está allí. —Álvaro bajó la voz mientras señalaba con la cabeza hacia su izquierda.

La conversación cesó para que todos miraran en la dirección indicada. Violeta ahogó la respiración. A escasos metros, Rosario Valenciaga charlaba con un matrimonio.

—¿Habéis leído lo que ha salido publicado en el periódico? No sé cómo no le da vergüenza venir aquí tan fresca después de la que ha organizado.

Violeta se quedó de piedra ante el comentario airado de la prima de su marido. Era la primera vez que escuchaba un comentario tan desagradable de sus labios.

Notó a Daniel tensarse a su lado. Eso la incomodó. En realidad, ambas cosas la estaban molestando.

—Bueno, y digo yo: ¿por qué tiene que sentirse avergonzada? ¿Quizá porque abusaron de ella y lo ha hecho público? —La furia se iba apoderando de ella.

—No irás a creer lo que dice en la prensa, ¿no? Todo el mundo sabe que no está bien. Que intentó suicidarse, y que desde entonces no levanta cabeza. Su primer marido la dejó porque no podía con ella. Es una excéntrica.

Violeta apretó la mandíbula mientras la vista se le teñía de rojo. Le daba la impresión de que la copa de champán se iba a pulverizar entre sus manos de lo fuerte que la estrujaba, por eso la dejó en la mesa adyacente. Daniel, alarmado ante los signos de pérdida de control que ella mostraba, la agarró del brazo y, sin miramientos, comenzó a arrastrarla hacia el patio de butacas sorteando a la gente.

—Hasta luego, prima. Acabo de darme cuenta de que tenemos el tiempo justo para ocupar nuestros asientos —se despidió en voz alta mientras se alejaba.

No la soltó hasta que llegaron a sus sitios de nuevo.

—¡Daniel, suéltame! —Violeta dio un tirón para que aflojara el agarre—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? —susurró furiosa.

—Pues exactamente lo que has visto —respondió con total tranquilidad—. Los dos sabemos que estabas dispuesta a montar un numerito.

Sus palabras se le clavaron en el corazón. Las lágrimas pugnaban por salir, cosa que ella no quería.

«No voy a darle ese gustazo».

—Claro, y los dos sabemos que eso, a ti —recalcó las dos últimas palabras—, te provocaría un infarto. —Tomó asiento con evidente disgusto. Daniel se tomaba su tiempo y miraba alrededor para cerciorarse de que nadie había percibido la escenita.

El alivio la invadió al comenzar el segundo acto. Le temblaba todo el cuerpo a causa del enfado. Casi sin ser consciente de ello, el mágico escenario la envolvió. Con treinta y dos compases de entrada, las veinticuatro bayaderas hicieron su aparición vistiendo tutús de plato y creando un escenario de ensueño, un bellissimo cuadro.

El drama continuó desarrollándose en su interior. No podía asimilar lo mal que la había tratado su marido. Literalmente, la había arrastrado por el recinto. Esa era la palabra que definía cómo se sentía: despreciada. Estaba tan triste que le entraron ganas de llorar, pero de ninguna

manera lo permitiría.

Se identificó con el baile solitario del protagonista después de contraer matrimonio con la princesa. Proyectó el dolor, la culpa y la devastación que lo dominaban, estableciendo una conexión con el público, que lloraba con él con el corazón desgarrado.

Los remordimientos y la desesperación que le produjeron la visión del espíritu de su amada indujeron al amante a arrojarse al fuego mientras el templo era devorado por las llamas.

Después de ese apoteósico final, cayó el telón, y la sala prorrumpió en aplausos enfebrecidos. El elenco salió a saludar varias veces.

Sentada en el asiento del copiloto junto a Daniel, camino de su casa, Violeta no dejó de apreciar cierta similitud entre la revelación de Solor y lo que había supuesto para su matrimonio descubrir que había otras víctimas. Ambas situaciones les habían cambiado la vida a los protagonistas.

Ese pensamiento la hizo tener miedo. En el fondo, intuía que ya nada sería como antes.

CAPÍTULO 3



Un persistente zumbido penetró en su mente traspasando las capas del sueño. Al final comprendió que esa molestia provenía de la alarma del teléfono móvil en la mesita de noche. Abrió un ojo y pulsó la tecla naranja de la pantalla para silenciarla. Por fin cesó el desagradable sonido y Violeta pudo dar media vuelta en la cama, dispuesta a darle un repaso más. Era domingo y nunca le había gustado madrugar; normalmente le costaba conciliar el sueño y solía quedarse leyendo hasta altas horas, cuando el cansancio la vencía.

Su mente navegaba en el nirvana, disfrutando al máximo; ese limbo entre la realidad y el sopor. Entonces, un pensamiento prendió en ella de sopetón: «¡Nos han invitado a almorzar y tengo que llevar algo de comida!».

Sobresaltada, se incorporó bruscamente en el lecho. Comprobó la hora.

«¡Madre mía, las diez y media!».

Miró a su lado y descubrió que Daniel no estaba; en cierto modo, respiró aliviada; desde la discusión que habían mantenido el viernes en el teatro, la relación entre ellos no era la más fluida. Después del «molesto episodio», como él lo tildó, no volvieron a hablar del asunto, y ambos se dedicaron a actuar como si no hubiera ocurrido nada, aunque la tensión persistía entre ellos.

«Bueno, ya pasará. Tampoco hay que darle más importancia de la que tiene», pensó.

Se puso la bata y se la ató a la cintura para cubrir el diminuto pijama con el que dormía. Era muy calurosa, y solo admitía un top de tirantes con un *short* pequeño y ajustado; todo lo demás la acaloraba y le impedía conciliar el sueño.

Bajó deprisa a la cocina, donde estaba Nacho, el benjamín de la familia, sentado en un taburete de la isla.

—Hola, chiquitín. Buenos días. —Le dio un beso.

—Hola, mamá. Lo mismo digo —respondió, totalmente abstraído en la pantalla de su móvil.

Violeta no le hizo mucho caso y marcó el número de El Tortillón para encargar dos camperas y una empanada de pulpo.

Cuando colgó, abrió la nevera.

—¿Has desayunado ya, Nacho?

—No, mamá. Yo me preparo algo ahora.

—Bueno, pero no tardes demasiado. Te recuerdo que hoy comemos fuera.

—¿Fueraaa? ¡Dónde? —Eso fue lo único que lo hizo levantar la mirada desde que había comenzado la conversación.

—Como ya os comenté a tu hermano y a ti, estamos invitados a pasar el día en el campo de los Perea. También irán amigos vuestros. Además, por la tarde, habrá una capea. Creo que lo pasaréis bien.

—Mamá, ¿no se os ocurre a papá y a ti alguna manera mejor de fastidiarnos el fin de semana que haciendo planes por nosotros? ¿No os dais cuenta de que es un auténtico rollo?

—Me parece que con lo que he encargado no tendremos suficiente comida. Creo que voy a preparar unos sándwiches vegetales —murmuró Violeta con la nariz dentro del frigorífico.

—¡Mamá, no me haces ni caso! Voy arriba para contarle a Marcos el día que nos espera.

—Muy bien, pero no tardéis en bajar a desayunar.

A Violeta no le cabía la menor duda de que pronto regresarían los dos con sus quejas. Como buenos adolescentes —se llevaban un año— estaban todo el día discutiendo. A veces, era un infierno soportarlos, pero se armaba de paciencia a la espera de que esa etapa no durara demasiado; de todas formas, le daba mucha pena que crecieran, y estaba dispuesta a disfrutar de ellos todo lo que pudiera. El tiempo pasaba volando y, seguramente, antes de que se diera cuenta, se marcharían a estudiar a la universidad y apenas los vería.

—Buenos días. —Daniel entró a la cocina vestido con ropa de deporte y sudando. Venía de correr, como hacía todas las mañanas desde que lo conocía. Tenía que encontrarse muy enfermo, o hacer muy mal tiempo, para que se quedara en casa.

—Buenos días —respondió ella dando un respingo.

—¿Te he asustado? Se te veía muy pensativa.

—Sí. Estaba ensimismada en mis cosas. —Se puso de pie para empezar a trajinar en la cocina—. Se me había olvidado lo del almuerzo. He encargado comida y voy a preparar unos sándwiches. —Violeta cogió su taza de café y, haciéndose la despistada, trasladó todo lo que estaba sobre la encimera para evitar cualquier contacto entre ellos. No le apetecía nada. Todavía le guardaba rencor por lo sucedido en el teatro—. Por favor —le pidió con amabilidad—, si subes a ducharte, encárgate de hablar con tus hijos, porque están en pie de guerra por los planes de hoy.

—Muy bien. Yo me ocupo, tranquila —lo oyó decir mientras se alejaba.

Sintió remordimientos; en verdad, Daniel era un buen marido y un buen padre, pero solo le duraron unos segundos, justo hasta que se metió de lleno en la organización del ágape.

Cuando llegaron, ya se veía a los invitados circulando por el terreno delantero de la casa, rodeada por un seto bajo. La fachada era sencilla, en estilo de rancho tradicional, de una sola planta y construida en piedra. Los Perea habían adquirido la propiedad hacía unos diez años y la habían reformado con el buen gusto de Fátima, del que presumía. Un par de camareros vestidos con indumentaria campestre, consistente en vaqueros, camisa y deportivas, iban y venían, disponiendo platos y bandejas. La dueña de la casa daba órdenes a todo aquel que se le acercaba.

Carlos Perea era compañero de trabajo de Daniel, y la mano derecha de este. Ambos eran directivos de una multinacional dedicada a la electrónica, en la que Daniel era CEO, y habían hecho muy buenas migas. En general, Violeta se llevaba bien con ellos, pero no había logrado un entendimiento tan bueno con Fátima, la esposa de Carlos, como para introducirla en su grupo de amistades. Con los años, seguía siendo una conocida íntima, ya que los matrimonios se trataban con frecuencia. Violeta siempre había intentado apoyar a su marido lo mejor que había podido, en todas las facetas de su vida.

Fátima era alta y de constitución recia. Sin ser una belleza, sabía sacarse mucho partido, puesto que poseía un gusto innato y era muy elegante. Su rostro, asimétrico y de pequeños ojos castaños, no tenía nada de especial; la nariz, un tanto aguileña, y la boca, de labios finos, tampoco contribuían a elevar el rango de sus rasgos siquiera a la altura de bonitos. Lo que atraía de ella era su espeso cabello rubio, que brillaba siempre carente de artificios. Eso, junto a su preciosa sonrisa, que ahora paseaba con paso firme sin ceder un ápice de aplomo, la convertía en una persona encantadora con la que resultaba muy agradable conversar. Fátima nunca diría algo inconveniente ni fuera de lugar. Lamentablemente, la cercanía con ella nunca había llegado a

cuajar.

—¡Hola a todas! —saludó, lo más alegre que pudo, mientras se acercaba con una sonrisa dibujada en su rostro. La gente no tenía la culpa de que ella no estuviera de humor debido a una discusión con su marido. Se dirigió a Fátima y la besó—. Mira lo que he traído. Espero que te parezca bien. He tenido que improvisar porque me ha fallado catastróficamente la planificación. —No quiso admitir que se le había olvidado por completo.

Después de cumplimentar a los presentes, se incorporó para ayudar a dar los últimos retoques en la distribución de las mesas. Algunos hombres partieron en varios todoterrenos para que Carlos les enseñara la construcción de una balsa y explicarles el proyecto que estaba desarrollando para llevar el riego a unas hectáreas; los otros se quedaron por allí, charlando y bebiendo una copa de manzanilla mientras tomaban el aperitivo.

Los chicos estaban todos en el interior de la vivienda, haciendo competiciones por equipos con la Nintendo. Violeta no entendía a la juventud de hoy en día. Formaban parte de un mundo diferente al suyo. Todo transcurría demasiado deprisa, según su punto de vista, pero estaba claro que ella sola no iba a cambiarlo.

«Es muy difícil tratar de educarlos a contracorriente», se justificó.

Comenzó la comida al aire libre, a la que se incorporaron los jóvenes y los hombres que faltaban. Violeta coincidió con dos compañeros de su marido en la universidad: Javier y Paco.

—Hola, chicos. ¡Cuánto tiempo sin veros! —Los saludó con alegría porque eran personas afables y cariñosas.

—Hola, guapura. Es verdad, mucho tiempo. ¡No sabes cómo se me ha hecho de eterno! —El comentario les sacó una carcajada incluso a ellos.

—No tenéis remedio. Siempre estáis de buen humor.

—Oye, a mí no me incluyas —exclamó Javier con aparente disgusto—. Aquí el único mamarracho es Paco. Todos los días me pregunto cómo es posible que siga siendo amigo mío.

Violeta volvió a reír.

—Estábamos haciendo una apuesta, Violeta. Ya que estás aquí, tú vas a ejercer de árbitro.

—Venga, contadme —los retó, sonriendo. Sabía que la proposición no tendría ni pies ni cabeza.

—Tienes que decidir por cuál te inclinas de los dos. Vamos a torear durante la capea de esta tarde. —Violeta apenas podía sofocar la risa—. Paco dice que él lo hace mejor que yo y que tiene más arte, por lo que pondrá al público en pie, enfebrecido —le expuso Javier.

—Por el contrario, este pobre *desgraciao* dice que él es más valiente y que va a recibir a la vaquilla a puerta gayola, y que no podré mejorar su hazaña.

Violeta ya no aguantó más y se desternilló de risa junto a ellos. Cuando consiguió parar, sentenció, salomónicamente:

—Pues yo digo que el que consiga reunir más coraje y arte en su faena, se ganará con seguridad el favor del público.

—¡Eso no vale! No te estás comprometiendo nada —protestaron los dos.

En ese momento, Violeta giró la cabeza y se le congeló la sonrisa en la boca. Allí estaba, a unos metros de distancia, el cabronazo de Jerónimo Coronado charlando tranquilamente.

A partir de ese instante, casi no logró mantener el hilo de la conversación, tanta era su desazón. Se dio cuenta de que había debido de llegar antes que ellos y estaría visitando el campo, como tantos otros. Por esa razón, no había reparado en su presencia.

Con una mezcla de inquietud y asombro, lo observó acercarse muy despacio hasta llegar a donde estaba ella. Se quedó parado justo a unos centímetros de su cuerpo, invadiendo su espacio

vital. Sujetando un vaso de cerveza entre las manos, fingía dudar al escoger comida de unas fuentes situadas detrás de ella.

«¿Cómo se atreve?».

Violeta sintió cómo la tempestad se apoderaba de ella.

Lo encaró y lo miró fijamente. Él alzó la vista, pero no tuvo la valentía de sostenerle la mirada. La desvió y la dejó suspendida en el infinito.

Sus acompañantes notaron su creciente malestar. Las risas de Violeta se habían transformado en escuetas sonrisas, hasta casi desaparecer por completo.

—¿Estás bien, Violeta? ¿Te encuentras mal? —oyó preguntar a alguien en la lejanía. Los oídos le pitaban como una cafetera, y lo veía todo rojo.

—Muy bien, gracias —balbuceó—. Es que me molesta que algún maleducado se me eche encima para escoger la comida —logró decir entre la bruma—. Si me disculpáis, voy un momento al baño.

Intentando dominar el temblor de sus manos y la angustia que la invadía, consiguió alejarse. Si hubiese mirado hacia atrás, habría visto a La Rata huir como un conejo, que es lo que era, y a sus amigos hacer esfuerzos por contener la risa.

Con premura, y sin saber muy bien lo que hacía, entró en la casa para buscar su bolso. Necesitaba las llaves del coche para refugiarse en él y reflexionar. Por ella, se marcharía, pero Violeta Baena no iba a hacer eso. Su educación no se lo permitía.

La mala fortuna hizo que Fátima la interceptase.

—Violeta, ¿qué te ocurre? Te noto muy alterada. —La detuvo agarrándola por un brazo.

—Fátima, ¿cómo habéis podido invitar a Jerónimo Coronado? ¿Desde cuándo lo conocéis? —le soltó a bocajarro, sin poder contenerse. El rostro de la anfitriona mostró sorpresa.

—Lo tratamos desde hace mucho tiempo. Las familias de Carlos y de él son amigas. Además, su mujer es de mi pueblo. ¿Por qué? ¿Te ha ocurrido algo? —La miraba con inquietud.

—Simplemente me ha extrañado su presencia —explicó, forzando una sonrisa—. Hasta ahora nunca lo había visto en vuestras reuniones. —Violeta se temía que la situación la superara. Sus nervios ya no podían más.

Por un segundo, atisbó en las pupilas de Fátima una nube de dolor. Sintió un apretón en el brazo; le pareció que le ofrecía consuelo.

—Está bien —repuso Fátima, y la liberó.

Logró introducirse en el coche sin que nadie más la interrumpiera y cerró los ojos para calmarse. Le había extrañado muchísimo la reacción de Fátima. Seguro que se lo había imaginado.

Pasado un rato, cuando todavía no había logrado asimilar el violento encuentro con Coronado, sintió unos golpes en la ventanilla. Abrió los ojos y se tropezó con los de Daniel, que la observaba en silencio desde el otro lado. Desatrancó la puerta y él se sentó a su lado, abrazándola.

—¿Me puedes decir qué te ha ocurrido y por qué estás tan alterada? Te he estado buscando por todos lados; ya han sacado los postres. —La preocupada voz de su marido caló hasta lo más hondo de su pecho.

—¿Tú me lo preguntas? ¿Has visto quién está aquí? —Las lágrimas afloraron y rodaron sin control. Todavía estaba muy turbada.

—No sé a quién te refieres.

Violeta abrió los ojos con incredulidad. No se lo creyó, y eso aumentó su ira. Esa respuesta la afectó mucho; más de lo que esperaba.

—Pues si no lo sabes, no te lo voy a contar. —Se cerró en banda, dominada por el genio. No

entendía por qué Daniel le mentía.

—Vale, Violeta. —Él suspiró con resignación, reclinándose en su asiento—. Sí, lo he visto. Pero, sinceramente, no creo que sea para tanto. ¿Tan difícil te resulta compartir oxígeno con él? Esperaba poder ahorrarnos esta discusión. ¿No te das cuenta de que estas reuniones son valiosas para Carlos y para mí? Han asistido clientes muy importantes para hacer negocio.

Con cada palabra, Daniel le enterraba un clavo en el corazón. Respiró hondo e intentó tener paciencia para narrarle, con un esfuerzo ímprobo, lo que había sucedido y cómo se sentía. También le confió las enigmáticas palabras de Fátima. Él la escuchó en silencio.

—Te digo lo que ya sabes: a mí tampoco me gusta nada ese personaje. Pero creo que debes esforzarte y no darle la satisfacción de demostrarle cuánto te afecta su presencia. —La miró en silencio—. Quédate aquí hasta que te calmes y luego vuelves, ¿vale? Por favor, necesito que me apoyes en esto. —Le limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas, mirándola con dulzura—. Te espero con los demás. Tómame el tiempo que necesites.

Violeta cerró los ojos. Tal vez Daniel creía que la había ayudado. Ella dejó que se lo creyera, pero se sentía aún peor.

No supo el tiempo que estuvo allí, reuniendo fuerzas y ánimo para volver. Se le asemejaba a una tortura, porque su corazón estaba vapuleado y maltratado. A lo lejos, oyó los gritos de la gente coreando y supuso que la capea había comenzado. Se acordó de Paco y de Javier y eso la ayudó a decidirse y unirse a los demás.

Llegó justo cuando iba a dar comienzo el duelo entre ellos. Carlos, megáfono en mano, los anunciaba desde el albero, dándoles cartel como si de unos profesionales se tratara. La gente reía divertida al escucharlo. Empezaron las prisas por sentarse; nadie se lo quería perder. En su rostro se dibujó una triste sonrisa. Aquellos dos eran tremendos. Daniel le hacía señas para que ocupara el sitio que le había guardado a su lado. Tras presentarle a sus clientes, tomó asiento y fuerzas para afrontar la tarde.

Observó, sin ánimos, cómo Paco hacía su aparición desde la barrera mientras la plaza se venía abajo entre pitidos y aplausos. Cuando Violeta se fijó en él, no tuvo más remedio, a pesar de sus pocas ganas, que esbozar una sonrisa. Vestido de luces, con un traje rojo bordado en oro, que, evidentemente, no era suyo, pues le quedaba pequeño y no abrochaba bien, así que debía sujetarlo con guitas para que se le ajustara al cuerpo, saludó, sonriente, al público. Capote en mano, canijo, renegrido, con ojos oscuros y pelo corto, alzaba la mano al tendido, girando sobre sí mismo sin ningún tipo de pudor. Se santiguó y se hincó de rodillas en el suelo preparándose, para recibir a la vaquilla con mucha teatralidad.

Carlos volvió a salir con el megáfono, pidiendo silencio y respeto, en tono jocosos, por el maestro que se jugaba la vida.

Se abrieron las puertas del chiquero y apareció una vaquilla, totalmente placeada y resabiada, que nada más verlo lo arrolló. Paco, con pericia, rodó sobre sí mismo para quitársela de encima, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo ir y lo golpeaba con la cabeza. Varios espontáneos salieron en su ayuda, intentando zafarlo, entre ellos, su amigo Javier. Por fin lo consiguieron y Paco, con muy poca vergüenza y ante el delirio del personal, se sacudió el polvo sonriendo e hizo señas para que lo dejaran. Pudo terminar su faena entre piruetas, saltos y algún atisbo con el capote, que hicieron las delicias del público. Le dejó el listón alto a su compañero.

Javier lo tuvo desde el principio más difícil, porque el golpe de efecto que había dado Paco con el traje de luces era imposible de superar. Recibió a la misma vaquilla, también de rodillas,

pero tanto el animal como él sabían lo que les esperaba, por lo que Javier se echó hacia un lado y, agarrándola por el rabo, la obligó a volverse. Hizo una faena más seria y completa en su categoría de aficionado, pero el público le dejó claro con chufra, y desde el principio, que prefería a Paco. Después de declarar a pleno pulmón que le constaba que su amigo había comprado al público y que había tongo, los dos compartieron el paseílo saludando a las gradas.

Violeta acabó con dolor de tripa de tanto reír.

Llegó la hora de marcharse y el matrimonio se despidió de los anfitriones. Avisaron a los chicos y se subieron en el coche. No había vuelto a ver a La Rata, pero se abstuvo de comentarlo.

Nada más iniciar la marcha, Daniel le cogió la mano. Ella lo dejó hacer sin ganas.

—¿Os lo habéis pasado bien, chicos? —les preguntó por el espejo retrovisor.

—La verdad es que sí, papá. Ha estado mejor de lo que esperábamos.

Relataron anécdotas en voz alta, y mientras los escuchaban, Daniel le apretó los dedos y se los llevó a los labios.

—He visto cómo reías. ¿Ves como no ha sido para tanto? —susurró solo para sus oídos.

Violeta guardó silencio y dejó la palma muerta sobre su pierna. La pena se apoderó de ella; las lágrimas lucharon por salir de nuevo.

Cerró los ojos y se hizo la dormida.

CAPÍTULO 4



Las tres socias habían quedado en el restaurante La Bernarda a las nueve y media de la noche. Era un precioso gastrobar ubicado en el barrio de San Bernardo, de donde le venía el nombre, y emplazado en lo que originariamente había sido un antiguo almacén de productos que llegaban de América. Solían reunirse al menos una vez al mes. Era una costumbre que habían instaurado en los primeros tiempos, y sin que ellas mismas fueran conscientes. Ocurrió cuando inauguraron el negocio y se quedaban trabajando hasta muy tarde. Terminaban tapeando en cualquier barra comentando la jornada, agotadas pero satisfechas. Por aquellos tiempos, Pura había solicitado su mes de vacaciones para arrancar el negocio junto a ellas.

El primer local que habían abierto contaba con apenas sesenta metros cuadrados. No estaba muy bien situado, pese a hallarse en el centro de la ciudad, y no muy lejos, había una farmacia dirigida por una auténtica loba, que se había empeñado en hacerles la vida imposible durante cuatro años, hasta que se rindió a la evidencia: habían llegado para quedarse.

Al principio, se había dedicado a correr la voz por el barrio de que ellas no estaban preparadas para atender a los clientes, argumentando que carecían de la formación necesaria, a pesar de que Elena poseía una titulación muy prestigiosa en cosmética, cosa de la que ella no podía presumir. Durante una segunda fase, llamó a las marcas y a sus representantes, intentando apropiarse de las que ellas vendían, con el resultado de que alguna cayó en sus manos. Lo siguiente que hizo fue tirar los precios para abajo y ofrecerles mejor sueldo a las empleadas que trabajaban para ellas. Menos mal que las ventas habían sido buenas desde un principio y no logró su objetivo. Su última estrategia consistió en enviar clientas-topo a la tienda para informarse de tratamientos, marcas, precios, etc. A pesar de todo, lograron superar la dura prueba, gracias a la dedicación y el buen hacer de Elena y a la visión comercial de Violeta.

La Víbora, como la apodaban ellas, era un auténtico tostonazo. Aunque hacía ya un tiempo que se había tranquilizado, no podían confiarse.

Pura y Violeta llevaban un rato sentadas tomando una cerveza, recordando sus comienzos mientras esperaban a Elena, que llegó, como siempre, muy apurada y cargada con un bolso de tamaño XXL lleno hasta arriba, semejante al de Mary Poppins, y de los que a ella tanto le gustaban.

—Hola, chicas. Perdonad el retraso, pero he tenido que solucionar un asunto de última hora en el local de Los Bermejales y se me ha hecho tarde —les explicó mientras las besaba.

—No te preocupes. Estábamos poniéndonos al día —le contestó Pura.

—¿Te pido algo? Nosotras ya estamos servidas —preguntó Violeta.

—Un rioja, por favor.

Violeta se dio la vuelta y llamó al camarero. Hizo el pedido y aprovechó para encargar algo de comida.

—Bueno, tengo muchas novedades que contaros —anunció Elena, optimista.

—Pues espérate un poco para empezar, porque estoy terminando de contarle un cotilleo a Violeta sobre la última conquista de mi ex —la cortó Pura.

A Elena se le torció el morro con solo oír la mención, pero se aguantó y comenzó a beber y a comer con ganas. Ya habían pasado treinta minutos, entre chascarrillos y cotilleos, cuando volvió al ataque.

—¿Podemos dejar la conversación y centrarnos en lo que verdaderamente nos ha traído aquí? —preguntó con cierta impaciencia.

—¿Pero tú qué prisa tienes?

—Pura, te he dicho un montón de veces que cuando quedamos es para hablar de negocios. Me he pasado media tarde elaborando informes que poder enseñaros, y aborrezco la costumbre que tienes de empezar a marujear sobre cualquiera cuando claramente hemos quedado para otras cosas. Me pone de muy mala leche.

Violeta se atragantó con la cerveza.

—Ya veo cómo te las gastas cuando estás de mala baba —exclamó Pura—. No creo que sea para tanto.

—Pura, Elena tiene razón. —Violeta intentó ser conciliadora—. Reconozco que esta manía nuestra —no le importó incluirse— es un tanto irritante, aunque a mí me hace gracia, la verdad.

—Ese es el problema, Violeta. Que a ti siempre te hacen gracia las tonterías que suelta Pura. Considero que tengo sentido del humor, pero a veces me cuesta encontrarlo, la verdad. —A esas alturas, Elena ya estaba bastante cabreada.

—¿Tú, sentido del humor? Pues estamos listos. —Pura echaba chispas por los ojos.

—¡Ya está bien! Parecéis dos niñas pequeñas. Dejaos ya de bobadas y comencemos a hablar de negocios. Al fin y al cabo, a quien más le debe interesar es a ti, Pura; Elena y yo nos vemos todos los días y estamos al tanto de todo. Tú eres la que tiene que informarse.

—Yo no tengo ninguna queja de vuestro desempeño. Es más, creo que sois únicas y maravillosas. Lo malo es que a mí, últimamente, todo ha dejado de importarme; estoy muy deprimida. Entre mi hijo, que me entran ganas de ahorcarlo; los rollos de Vicente, al que encima tengo que aguantar en el trabajo, y mi madre, que cada vez chochea más y me trae loca... Solo tengo ganas de veros y pasar un rato agradable. —Pura tenía lágrimas en los ojos, y eso que solo habían bebido un par de cervezas.

—Esto parece preocupante —le comentó Violeta a Elena por lo bajini.

—¡Por Dios, Pura, haberlo dicho antes! Disculpa lo borde que he sido. Mañana os mando el informe a las dos de todo lo que os quería contar y no se hable más del tema. Solo os comento, para quitarme el gusanillo, que la marca Darphin nos ha elegido para que vendamos sus productos.

—¡Bieeen! —Las tres se pusieron de pie y brindaron—. ¡Por Elena! —Volvieron a sentarse entre carcajadas, llamando la atención del resto de comensales.

—¡Oiga, perdone! ¿Nos puede traer una botella del mismo tinto que está tomando mi amiga? —pidió Violeta—. Y que no esté caliente, por favor. —Siempre le gustaba añadir esa coletilla porque la temperatura ambiente de Sevilla no era la del norte, estaba claro. Había bares en los que no sabían ver la diferencia.

—Me iba a dar algo si no suelto el notición, porque mira que sois pesadas... Siempre que quedamos, a vosotras os gusta cotorrear de todo, menos del negocio. Solo Dios sabe la paciencia que tengo que tener.

—Te doy la razón, Elena —razonó Violeta—. Pero también debes tener en cuenta que nosotras estamos todo el día pendientes del trabajo, y a Pura la tenemos aburrida a informes y documentación. Además, ella sabe que no tiene más que descolgar el teléfono para preguntar o decirnos lo que quiera. Yo ya estoy harta, al igual que Pura, de hablar de problemas. Vamos a aprovechar y nos evadimos un rato. ¿Te importa? —La cogió de la mano.

—En absoluto. Lo que pasa es que yo soy bastante cuadrículada y todavía no me entero de que estas reuniones, a pesar de que las llamemos «de socias», en realidad son una reunión de amigas que aprovechan para quedar. —Elena se puso de pie—. ¡Por nosotras! —Brindó, elevando la copa.

—¡Por nosotras! —respondieron al unísono.

—Menos mal que no os ven vuestros maridos, guapas. Vaya espectáculo estamos dando. —Pura sonrió.

Todas se carcajearon porque les daba exactamente igual quién las viera. Esas quedadas eran solo para ellas.

Pidieron otra botella de vino y una ración de queso manchego para acompañarlo.

—Bueno, os tengo que contar cómo me va —comenzó a decir Violeta—. No sé si es el momento más oportuno, porque estoy un poco pedo, pero mejor lo más pronto posible, porque el tema me deprime bastante.

—¿Qué te ha pasado? —Pura parecía preocupada.

—Yo ya me lo imagino, pero mejor que te lo cuente ella —apuntó Elena.

—Pura, ¿te acuerdas del manifiesto que salió en la prensa, el de Rosario Valenciana?

—Claro que me acuerdo, y también de lo que te sucedió a ti. ¿Por qué?

—Desde que lo leí, no he dejado de discutir con Daniel casi a diario —confesó. Dejó que la pena la invadiera. La desolación la azotó con fuerza, como un tremendo golpe de viento.

Violeta les narró con tristeza los episodios ocurridos en el *ballet* y en la comida campestre. Un gran nudo, que no sabía que tenía, se le iba deshaciendo en el pecho.

—No lo entiendo. ¿Qué tienen que ver las discusiones con el manifiesto? —preguntó Pura, sorprendida.

—Pues yo sí lo entiendo —terció Elena—. Su querido marido está temblando solo de pensar que ella abra la boca. ¡Au! —chilló, agarrándose la espinilla—. ¡Serás bestia! —le espetó a Pura, quien le acababa de propinar una patada por debajo de la mesa.

—Eso no es verdad —lo defendió Violeta—. Lo que pasa es que Daniel está atravesando una época muy delicada en el negocio y este tema lo altera muchísimo —disculpó—. No le gusta que demos que hablar. Él es muy buena persona. —Se sentía en la obligación de protegerlo por lealtad. Una lealtad mal entendida, por supuesto.

Las dos amigas intercambiaron una mirada y los ojos hablaron sin necesidad de palabras.

—Que es muy buena persona es el argumento que emplea la gente cuando se le acaban los argumentos. Se supone que todos lo somos mientras no se demuestre lo contrario. —A esas alturas, Elena ya estaba como una cuba y no tenía filtro.

—Pero ¿a ti qué te han dado hoy, hija? Aunque hayas bebido, podías ser un poco más considerada con nuestra amiga —le reprochó Pura, cabreada.

La quedada se había convertido en una pelea de gatos.

—Yo lo único que sé es que no paramos de discutir —Violeta siguió hablando como si no se hubiera enterado de nada—, y si no lo hacemos, es porque yo me aguanto las ganas de echarle cosas en cara. Esta situación me tiene desquiciada. A veces me da la impresión de que a Daniel solo le sirvo para mostrarme en su escaparate social. Mi interior no le interesa. —Se derrumbó, y las lágrimas comenzaron a rodar sin control por sus mejillas.

—Violeta, no me hagas caso, que estoy bebida. —Elena trató de enmendar su error—. Creo que formáis un matrimonio estupendo y que tienes una familia maravillosa. Por favor, no lo tomes en cuenta; lo último que yo querría es causarte daño. ¿Me perdonas? —Comenzó a hacer pucheros.

—A estas alturas de la noche, y antes de que la conversación acabe en tragedia, voy a pagar la cuenta y nos marchamos a casa. Creo que hemos llegado al punto en que no pensamos ni decimos nada coherente —concluyó Pura, que todavía conservaba algo de raciocinio.

Dicho y hecho. Las tres cogieron juntas un taxi después de meter en el maletero la bicicleta en la que había llegado Elena, con la consabida bronca entre Pura y ella. Pura las acompañó una a una hasta su casa.

Violeta entró en casa sin atraer la atención de ninguno de los hombres de la casa. Su último pensamiento antes de caer dormida fue para sus amigas; no sabía qué haría sin ellas.

A la mañana siguiente, Violeta maldijo cada copa de más que había tomado la noche anterior. Para ella, supuso un acto heroico levantarse de la cama, desayunar y tomarse una pastilla de ibuprofeno. El colmo fue trasladar su cuerpo hasta la oficina. Todavía a media mañana, se preguntaba cómo lo había conseguido.

El sonido del teléfono le destrozó el cerebro.

—Sí, dígame. —Las palabras no le salían de la garganta.

—Holaaa. —La jovialidad de Pura le agujereó el tímpano.

Violeta se llevó la mano libre a la sien.

—Por favor, ¿podrías hablar más bajo? Me estás taladrando la mente —le rogó en susurros, como si con ello lograra que se le pasara el dolor de cabeza.

—Vale —le contestó en el mismo tono—. Veo que ya sois dos las perjudicadas; es que no se os puede sacar de casa.

—Mira, graciosa, te veo muy aburrida, pero da la casualidad de que las demás tenemos que trabajar.

—Qué mal genio... —La voz de Pura se tornó guasona.

—¿Me quieres decir de una vez qué quieres? —Al final, había perdido la paciencia.

—Pues en realidad, nada. —A Violeta le entraron ganas de colgarle el teléfono—. Interesarme por ti, porque anoche me quedé un poco inquieta. No te vi bien, y me dejaste intranquila.

Sus palabras le arrancaron sentimientos de culpa por haber querido mandarla a paseo.

—Gracias, Pura. No tienes por qué preocuparte. Lo que os conté es cierto, pero creo que lo magnifiqué todo por culpa del alcohol. Si sobrevivo a esta jornada, estaré bien, de verdad. —Esa mañana, lo veía todo bajo otro prisma. Estaba convencida de que había exagerado.

—Como tendremos más ocasiones para charlar y ahora no te encuentras en óptimas condiciones, lo dejamos. Cuídate mucho y que pases un buen día.

—Gracias; igualmente. —Colgó con alivio.

Se levantó y entrecerró la persiana para dejar el cuarto en penumbra. Nada más cerrar los ojos, la puerta se abrió.

Al girarse, se encontró a Elena despatarrada en una silla con una bolsa de hielo en la sien y los ojos cerrados. Observó que había llevado otra para ella. Tomó asiento y también se la puso.

—Ya sé que ahora no es el mejor momento para hablar. Conseguir llegar hasta el final de la mañana será nuestra meta, pero quiero que sepas que estoy muy arrepentida si ayer dije algo que pudiera herirte. Te pido perdón, y puedes contar conmigo para lo que necesites.

Violeta abrió los ojos, sorprendida por sus palabras, y descubrió a Elena observándola a través de un párpado semicerrado mientras se sujetaba la bolsa sobre la frente.

—Tienes razón —respondió—. Esta no es la ocasión. Sin embargo, te digo lo mismo que a

Pura: que no os preocupéis. Ahora mismo me cuesta descifrar la forma en que os conté las cosas, pero realmente no estoy tan mal, de verdad.

—Vale, vamos a callarnos e intentar que se nos pase un poco el clavo. Además, siento unas náuseas horribles.

—Yo también.

Y eso hicieron: pasar el día como mejor pudieron.

CAPÍTULO 5



Un mes más tarde. Casa Guardiola.

Había llegado la ansiada boda entre Ángel Díaz y Paula Moreno. La novia era hija de unos buenos amigos de Daniel y Violeta, y prácticamente la habían visto crecer desde que había cumplido los ocho años. Acababa de finalizar la ceremonia civil en el patio de los caballos, como se llamaba al espacio por donde entraban antiguamente los carruajes en el palacio Guardiola, arquetipo de la arquitectura regionalista sevillana del siglo XIX. Desde allí, se accedía al patio señorial, al jardín y a diversas estancias que lo hacían muy propicio para celebraciones. Las dependencias privadas de la familia, propietaria del inmueble desde 1944, estaban situadas en los pisos superiores, y restringidas al público.

Rodeada de un hervidero de gente, y del brazo de su marido, Violeta se entretuvo admirando la bonita decoración floral que había realizado una amiga de la novia, Blanca Fernández, una verdadera artista. Grandes guirnaldas de camelias blancas emergían a modo de columnas para delimitar las cuatro esquinas del recinto. Todas se unían en el centro, sujetas a unos enganches de hierro. Unos magníficos jarrones decorados con plantas adornaban los laterales.

El recinto olía a incienso, nardos y perfume caro. El barullo intenso, pero controlado, le llenaba los oídos. Violeta intentó localizar con la mirada a los novios, o a sus padres, con la intención de ir a saludarlos. Mientras, Daniel charlaba animadamente con unos conocidos que a ella le parecían unos auténticos pesados, por lo que los saludó con su mejor sonrisa de cartón-piedra y siguió a lo suyo. En el momento en que ubicó a la pareja de recién casados, rodeada por el grueso de invitados, el cuerpo se le tensó como la cuerda de un violín al identificar cerca de los padres del novio a Jerónimo Coronado, con su señora del brazo. A ella no la conocía personalmente, de hecho, nunca la había visto hasta ese día, pero las malas lenguas decían que le faltaba un hervor. La observó disimulando la cara de asco y concluyó que ella parecía una Barbie «va al baile», lo que no le extrañó en absoluto.

«¿Quién si no se iba a juntar con un bicho de semejante calibre? ¿Cuál de las dos familias lo habría invitado?». Las preguntas la acuciaban con rabia.

Un arrebató de irritación la recorrió de los pies a la cabeza.

Jerónimo Coronado parecía más demacrado que la última vez que tuvo la desgracia de coincidir con él. Vestía un traje holgado, que a todas luces le habían confeccionado a medida. El sastre era bueno porque se notaba que la confección era de una gran calidad. Eso hizo que se preguntara, plácidamente, por cierto, si le habrían afectado las declaraciones de Rosario Valenciaga.

Las dudas comenzaron a disiparse cuando lo observó saludar de forma efusiva a los padres del novio, lo que hizo que, de inmediato, descendiera a menos cero el concepto que tenía de ellos. No estaba dispuesta a que la visión de esa rata le fastidiara la celebración.

Haciendo acopio de todas sus tablas en escenarios sociales, presionó ligeramente el

antebrazo de Daniel, al que seguía agarrada, e, interrumpiendo la conversación, se excusó de una forma que rayana en la grosería:

—Si nos disculpáis, vamos a intentar acercarnos a los novios para felicitarlos antes de que den comienzo los aperitivos. Enseguida nos vemos. —Y sin más, comenzó a alejarse, arrastrándolo tras de sí.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —La voz de su marido denotaba furia.

—A nada —contestó rotunda—. Ya estaba harta de tanta cháchara intrascendente y quiero saludar a nuestros amigos. No me apetece quedarme plantada como una maceta en el patio. —Ni ella misma sabía el bicho que le había picado. Definitivamente, el demonio se había apoderado de ella.

—Nunca lograré acostumbrarme a tus repentinos cambios de humor —oyó que murmuraba a su lado.

«La verdad es que, bien pensado, quizá estoy descargando en Daniel la furia que me ha provocado la aparición apocalíptica de La Rata, pero estoy segura de que él lo podrá superar sin ningún problema», razonó, cargada de cinismo y amargura.

—¡Paula, enhorabuena! —exclamó al saludar a la novia mientras la envolvía en un afectuoso abrazo—. Estás espectacular. El traje ha sido todo un acierto.

También se giró para saludar al novio sin demora, puesto que no quería acaparar a la pareja; todavía había un nutrido grupo aguardando pacientemente su turno.

Cuando llegó el momento de departir con los progenitores de Ángel, descubrió, contenta, que La Rata había desaparecido entre la multitud.

Entre el devenir de bandejas cargadas de exquisitos canapés y bebidas refrescantes, que entraban con demasiada facilidad debido al calor que reinaba por la aglomeración de invitados, a Violeta no le pasó desapercibida una pareja que, desde que había comenzado la celebración, charlaba en una esquina del patio sin que prácticamente nadie se les acercara. Se preguntó quiénes serían y a qué se debía su comportamiento.

Dudaba a qué corrillo de los que se estaban formando unirse cuando se le acercó Daniel.

—Acompáñame, por favor; quiero saludar a una persona.

Cuál fue su sorpresa cuando vio que se dirigían hacia la pareja que había llamado su atención.

—Hola, ¿cómo estás? —Daniel estrechó la mano del hombre—. Te presento a mi mujer, Violeta Baena; Violeta, este es Miguel Gutiérrez, fiscal superior de Andalucía.

—Mucho gusto. —Le dio dos besos.

—Igualmente. Os presento a mi novia, Pepa Flores.

Intercambiaron las fórmulas de cortesía y no tardaron mucho en entablar conversación con ellos. Violeta no lograba entender por qué el resto de los presentes les habían estado haciendo el vacío; quizá se lo había imaginado.

Pepa era una chica de treinta y tantos años, rubia y muy explosiva. Excesivamente maquillada y un tanto rellenita, lucía un traje que se ajustaba a su figura como una segunda piel, y ostentaba un generoso escote que dejaba traslucir una buena parcela del canalillo entre sus pechos. Miguel, por su parte, era un hombre adusto, pero, cuando conversabas con él, hacía gala de un humor socarrón que resultaba agradable. Violeta enseguida congenió con ambos.

Los hombres pronto se enfrascaron en una conversación sobre asuntos legales que la hizo sospechar que, seguro, sería muy conveniente para el trabajo de Daniel. Su marido tenía un defecto: nunca desconectaba de los negocios. De hecho, esa era la razón fundamental de su éxito profesional y económico. Ella pensaba que ya se había acostumbrado, pero en momentos como

ese, lo odiaba un poco por ello.

La conversación con Pepa resultó bastante amena, aunque esta tenía propensión a elevar el tono de su voz, y cuando reía, todos a su alrededor volvían la cabeza en busca del origen de tan estruendosas carcajadas. Sin embargo, era una persona sencilla y parecía tener buen corazón. A Violeta le dio rabia la actitud de algunas personas con respecto a la pareja; sabía con certeza que solo los saludaban porque ocupaban un puesto relevante en la sociedad sevillana (probablemente ese fuera el principal y único motivo por el que ese día estaban allí invitados). Luego, si volvían a verlos, harían como si no existieran y nunca más los mirarían a la cara; a no ser que no les quedara otro remedio, claro.

—Pepa, ¿te apetece que nos sentemos? Estoy agotada de permanecer de pie. Esto es lo malo que tienen las bodas de estilo bufet: sueles terminar machacada por los tacones. —Se fijó en los de Pepa y comprobó con sorpresa que caminaba encaramada a unos altísimos *stilettos*. Las mujeres que sufrían de forma estoica las consecuencias de llevar ese tipo de calzado despertaban toda su admiración.

—Sí, me parece bien. —Pepa interrogó a Miguel con la mirada. Se notaba que esperaba su aprobación. No se sentía segura.

—Cariño, ve con ella. Nosotros no tardaremos en reunirnos con vosotras. —Miguel le lanzó a Violeta una mirada cargada de agradecimiento.

Esa parecía ser la contraseña que Pepa necesitaba para ir tras los pasos de su nueva conocida.

Después de un corto paseo, y de presentarla a un par de personas a las que tuvo que saludar, Violeta encontró un grupo que era de su agrado. Tendría unos quince miembros, sentados en torno a una mesa redonda. Entre ellos se hallaban Carlos Perea y Fátima, su mujer; el padrino de la boda se apartó y enseguida les hicieron un sitio. Violeta comenzó con las presentaciones. Cuando lograron tomar asiento, sus pies apenas pudieron reprimir un suspiro de alivio.

—Violeta, has llegado justo a tiempo. Estábamos discutiendo sobre los rumores que corren últimamente por Sevilla.

—¿Y qué rumores son esos, si puede saberse? —Cogió el *gin-tonic* que le ofrecía un camarero y se lo agradeció.

—Los que dicen que un grupo de supuestas pacientes del psiquiatra Jerónimo Coronado aseguran que abusó de ellas. Todo surgió a raíz de las declaraciones de Rosario Valenciaga en la prensa —la informó Carlos.

Violeta se obligó a dejar el vaso encima de la mesa para que no notaran cómo le temblaba el pulso. Se tomó un tiempo para medir sus palabras.

—Yo opino que son unas desequilibradas que se lo han inventado todo y solo desean hundirlo —interrumpió el padre de novio. Quizá no esperaba su contestación—. Algo habrá ocurrido que no sabemos, y lo que desean es venganza —continuó.

Si su concepto de él era bajo, en esos momentos cayó hasta lo más hondo. Solo era un imbécil que se creía muy listo. Lo peor de todo.

Comenzó a sentirse mal; su percepción se alejaba de lo que la rodeaba. No escuchaba nada a excepción de su propia respiración y el sordo golpeteo desesperado de su corazón. Los oídos comenzaron a zumbarle y el pecho le oprimía la caja torácica. Creyó estar al borde de un ataque de ansiedad.

—Todo es cierto —se escuchó decir. Volvió en sí y se dio cuenta de que en el grupo se había hecho el silencio. Todo el mundo la observaba con estupor, y tardó unos segundos en procesar que aguardaban a que siguiera hablando—. Lo que afirman esas mujeres es verdad —concluyó, al fin.

Nunca había querido pronunciar esas palabras en voz alta. Jamás se lo perdonaría, y creyó morir.

Los invitados comenzaron a intercambiar miradas en silencio. La tensión que se había apoderado de Violeta se deshizo poco a poco. Su interior se deshinchaba como un neumático que pierde aire. Solo sentía alivio.

—Pero, Violeta, ¿por qué dices eso? ¿Acaso sabes algo del asunto? —Carlos trató de sacarla del aprieto en el que ella sola se había metido. Él no sabía que ya no estaba en ningún aprieto.

—Ese individuo, Jerónimo Coronado, intentó abusar de mí hace años. Sé a ciencia cierta que todo lo que denuncian es verídico. Si lo hizo conmigo, seguro que hay otras. También creo, hasta la última coma, todo lo que ha declarado Rosario Valenciaga. —En ese momento, su alrededor estalló en una algarabía de voces. Todo el mundo intentaba hablar a la vez. Se desató el apocalipsis.

—Pues Jerónimo es amigo mío —se impuso la voz del padrino, furioso—. Es más, su mujer también lo es, y yo estoy dispuesto a poner la mano en el fuego por Jerónimo. Doy fe de que se trata de una persona íntegra, y que las mujeres que hablan así deben de ser enfermas que quieren vengarse de él de una forma cruel.

—Ten cuidado, no vayas a quemarte —afirmó Violeta contundente—. Me reafirmo: lo que he contado es cierto, te guste o no te guste. Puede seguir siendo tu amigo si ese es tu deseo, pero es un desalmado que no debería ejercer su profesión. —No quería dejar lugar a dudas. Conforme hablaba, se encontraba mejor consigo misma. Era como si una gran losa que le presionaba el pecho hubiera desaparecido. Se sentía más ligera, contenta, como un globo lleno de gas que sueltas y asciende hacia el cielo. ¡Lo había dicho en voz alta!

—Violeta. —La voz de Daniel la sobresaltó a su espalda. Se giró y lo vio junto a Miguel con la cara desencajada—. Mejor nos vamos; se nos está haciendo tarde. Espero que sepáis disculparnos. —Se dio la vuelta y enfiló la puerta sin esperarla. No sabía cuánto había oído, pero, claramente, había sido suficiente.

Le puso la mano en el regazo a Pepa y, apretándole la mano, le dijo:

—Encantada de conocerte. —Forzó una sonrisa—. Si me perdonáis. Daniel tiene razón: se nos ha hecho tarde.

Con una gran displicencia, se levantó del asiento para seguir a su marido.

Jamás se había sentido tan humillada.

CAPÍTULO 6



El silencio más absoluto reinaba en el coche. Violeta contemplaba el tenebroso paisaje que dejaban entrever las luces de las farolas a través del cristal. Las sombras y la humedad que descargaba el relente lo cubrían todo en la madrugada. Lo máximo que lograba adivinar entre las siluetas de los árboles eran las casas del ya familiar recorrido hasta la zona del Aljarafe, donde vivían, a las afueras de Sevilla. A su lado, Daniel conducía con la mirada al frente y en completo mutismo, señal inequívoca de su descomunal enfado.

No entendía el porqué, ni podía explicárselo, pero se sentía bien. No sabía qué resorte se había activado en ella para vomitar delante de una mesa llena de extraños lo que llevaba guardado durante tanto tiempo. Fue como una llamarada que explotó y de la que ahora solo quedaban suaves rescoldos calentando su interior. Ya no estaba enfadada, solo desilusionada con la actitud de él. La decepción se filtraba por cada recoveco de su interior, despacio, hasta llegarle al alma. Lamentaba profundamente que Daniel no estuviera preparado para enfrentarse a las consecuencias de su revelación porque, bien lo sabía ella, él era un animal social y le importaba muchísimo no perder su relevancia; esa que tantos esfuerzos realizaba a diario para conservar sin tacha. Indudablemente, tendrían que hablar. El problema radicaba en que no sabía por dónde comenzar a hacerle entender, que comprendiera lo que albergaba en su interior, porque no iba a pedir disculpas; ya no. Le habían salido alas sin que se lo propusiera y se sentía liviana, pero no asustada. Ella misma se asombraba de la calma que experimentaba.

«Necesita tiempo», se dijo.

Llegaron a casa y aparcaron el coche frente a la vivienda familiar. Entraron, y Daniel se dirigió inmediatamente al salón. Ella subió al piso de arriba, donde se ubicaban los dormitorios, para cambiarse. Mientras lo hacía, lo oyó trastear en la cocina, y el ruido del hielo al chocar contra el vidrio la hizo suponer que se estaba sirviendo una copa.

Una vez que acabó su tarea, se asomó a los dormitorios de sus hijos para comprobar si estaban despiertos. Ya eran adolescentes, y se podían quedarse sin supervisión cuando sus padres se ausentaban por cortos periodos de tiempo.

Marcos estaba en la cama con la luz encendida. Aún conservaba un cuaderno en su regazo, señal de que había estado leyendo. Se lo cerró y lo depositó en la mesita de noche. Era el más estudioso de los dos, y muy responsable, por lo que solía sacar siempre buenas notas.

Nacho, el pequeño, dormía profundamente. En el cuarto imperaba un desorden considerable, como era habitual en él. La cama se asemejaba al escenario de la película de Tarzán tras la pelea con el cocodrilo. Una sonrisa tristona se le dibujó en el rostro mientras cerraba la puerta.

Bajando los peldaños de la escalera, su ánimo se hundió al pensar en la conversación que la esperaba. Daniel estaba sentado en el sofá con los pies encima de la mesa. En una mano sostenía un vaso de *whisky* con hielo, y en la otra, el mando de la televisión.

—Daniel, ¿no crees que deberíamos hablar? —le preguntó suavemente.

—¿De qué? Si tú ya te has encargado de ponernos en evidencia delante de media ciudad —contestó con agresividad, sin apartar la mirada de la pantalla.

A Violeta se le escapó un suspiro.

—Yo no pienso igual —dijo, como si no hubiera percibido su hostilidad. No era la primera vez que le hablaba así—. Solo me he limitado a compartir una experiencia de mi vida. Eso no es ponerse en evidencia.

—Ya sabes la buena opinión que tiene todo el mundo de ese hombre. Como profesional, dicen que es el número uno en su especialidad. Ocupa un lugar prominente en la sociedad hispalense, es el Hermano Mayor del Cristo de los Pecados y, además, escribe en un periódico todas las semanas. —Esta vez sí la miró, pero ella deseó que no lo hubiera hecho. Sus ojos eran fríos como un amanecer con escarcha.

—Daniel, te vuelvo a decir que me he limitado a compartir en voz alta una experiencia mía, y eso que, como bien sabes, no la he contado entera, porque quizá los detalles no le interesen a todo el mundo. La noticia ha podido sorprenderlos debido a la buena opinión que todos tienen de él, pero ya está. Ahí debería acabar todo. —Su voz sonaba tranquila, pero el corazón le bombeaba desbocado en el pecho.

—Sabes que van a tomarte por loca..., por una desequilibrada; como a todas las demás —escupió con desprecio. Comenzaba a alterarse y a elevar la voz.

Sus palabras le partieron el corazón. Los ojos se le inundaron de lágrimas. Solo una delgada lámina invisible lograba retenerlas.

—Por favor, no grites. Te van a escuchar los niños.

—No quieres que me altere, pero mañana vas a ser el hazmerreír de la gente.

—¿De qué hablas, Daniel? —Sentía que empezaba a derrumbarse.

—Hablo de que te van a ridiculizar. Serás el cotilleo en todos los corrillos mientras toman el café del desayuno. De eso te hablo.

—Ahora me doy cuenta de que, en verdad, nunca has empatizado conmigo. Solo te importa el qué dirán. —El dolor que sentía casi no la dejaba respirar—. Estás esclavizado por la opinión de la gente y nunca te han importado mis sentimientos. Quizá yo haya sido también culpable al quedarme callada tanto tiempo, al acceder a compartir espacio vital con él, al soportar la tensión que me produce su presencia, al asentir en silencio cada vez que alguien ha comentado lo estupendo que es, lo bien que escribe, lo religioso que es... ¡¡Todo pura bazofia!! —exclamó furiosa—. ¡Y tú lo sabías! Sabías lo que me había pasado, pero quizá nunca llegaste a creerlo del todo, o quizá... —lo miró horrorizada, con sorpresa— peor aún —prosiguió con voz trémula—; tal vez piensas que yo me lo merecía, que algo habré hecho para merecerlo. —Sus propias palabras la llenaron de terror. Era como si se le hubiera caído una venda de los ojos y ahora lo viera todo con claridad, con dolorosa claridad: la que se había estado negando a sí misma.

—Todo está en tu cabeza. Son imaginaciones tuyas. —Se levantó y se fue a la cocina.

Violeta se quedó un rato asimilando las palabras vertidas. Muy agitada, huyó al piso de arriba. No quería que la encontrara allí cuando volviera. No sabía cuándo podría volver a mirarlo.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta con pestillo. No estaba dispuesta a compartir la habitación con él. Le daba asco. Debía digerir todo lo que había pasado.

Sabía con certeza que no podría dormir. Tenía el corazón aniquilado.

CAPÍTULO 7



La jornada de trabajo estaba siendo francamente difícil. El teléfono sonaba sin interrupción, y parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para plantear problemas, que en esas circunstancias, se le antojaban una montaña. A pesar de hacer acopio del autodominio acumulado durante sus cuarenta y tres años, todo la desbordaba y no lograba concentrarse. No sabía qué hacer para evitar que su vida se desmoronara. Estaba destrozada.

Había intentado dormir sin mucho éxito, como delataban las profundas ojeras, pese a que se había afanado en camuflar su aspecto con una base ligera de maquillaje. Giró sobre sí misma para observar el exterior, que la llamaba a gritos para despejarse.

«Ojalá pudiera salir a dar una vuelta».

Contempló su imagen en el reflejo del cristal y se acomodó el peinado con ambas manos. Su cabello, con el movimiento, lanzó destellos en tonalidades azuladas cuando los rayos del sol lo rozaron. Se esmeró en arreglar su indumentaria. No quería que nadie se percatara de su verdadero estado de ánimo, por eso, se había enfundado en un estrecho traje azul marino y camisa blanca.

Afortunadamente, había amanecido sola en su cuarto. No hubiera soportado el tener a Daniel cerca después de escuchar sus hirientes palabras. Suponía que se había quedado en el sofá de abajo, pero, francamente, la traía sin cuidado. Cada vez que tenía un instante de sosiego, se le venían a la cabeza las palabras que más la habían dañado.

«Te van a tomar por loca..., por una desequilibrada».

«Vas a ser el hazmerreír de la gente».

«Te van a ridiculizar. Serás el cotilleo en todos los corrillos mientras toman el café del desayuno».

Aunque se había esforzado en concentrarse e intentado trabajar sin descanso, no lograba que la gran opresión que sentía en el pecho disminuyera, ni tampoco disipar la sensación de náuseas de su interior. La situación actual en la relación con su marido era pésima, pero lo que más le preocupaba era que no tenía ni idea de qué hacer para mejorarla. Dudaba seriamente que ninguno de los dos cambiara de parecer. Daniel le había hecho mucho daño. No sabía cómo podría compatibilizar las inseguridades de él con sus propios sentimientos.

Ese era su verdadero dilema.

Quería con locura a su marido, con sus defectos y virtudes. Amaba lo que habían creado entre los dos: sus hijos, sus amistades, el trabajo... Estaba dispuesta a poner todo de su parte para conservarlo, pero era consciente, descorazonada, de que la brecha que se había abierto entre los dos cada día crecía más.

A media mañana, decidió bajar a desayunar al bar. No había podido hacerlo antes porque un fuerte nudo en el estómago bloqueaba su apetito. A esa hora no es que se sintiera mejor, pero anhelaba desconectar un rato. Si no lo hacía, se volvería loca. Ya no podía más.

Habitualmente tomaba un poco de fruta con algún compañero en el pequeño *office* de la empresa, pero ese día no se encontraba con fuerzas para entablar conversación con nadie, y mucho menos, para simular un ánimo que no sentía.

El Rompeolas era un bar de barrio. Las mesas salpicaban el angosto espacio alrededor de la barra de aluminio. La diminuta terraza, con tan solo tres taburetes altos, era acogedora, toda envuelta en plantas. Una gran sombrilla negra la protegía del sol y la humedad, dependiendo de la estación del año.

—Hola, vecina, ¿qué te pongo? —la saludó el bonachón de Diego.

Las conocía desde que habían montado el negocio; eran buenas clientas. Muchos empleados de la oficina y de los alrededores desayunaban allí. A veces tapeaban al mediodía, o bien Elena y ella le pedían que les subiera ensaladas cuando no querían partir la jornada laboral. Ese local siempre había sido un punto de encuentro para las socias.

—Hola, vecino. Ponme un té, por favor. —Se sentía incapaz de devolverle la sonrisa.

—¿Cómo lo quieres: verde, negro o *colorao*? —le preguntó con acento trianero.

—Me da igual. El que más rabia te dé. —Su contestación sonó, sin querer, un tanto desabrida.

—Ya veo que hoy estamos con el ánimo bajo —la sondeó con amabilidad.

—No seas diplomático, Diego. Lo tengo por los suelos, y eso es decir mucho.

El aroma a café la rodeó mientras él trasteaba con la máquina sin dejar de prestarle atención. Su pericia era fruto de la práctica de años.

Violeta respiró hondo y las fragancias a pan tostado, jamón con aceite y mantequilla derretida le impregnaron la pituitaria, reconfortándola. Eran olores familiares, de hogar. La garganta se le cerró en llanto.

—Bueno, niña. No será *pa* tanto, que en esta vida *to* tiene solución.

—Me temo que esta vez sí es para tanto. —Comenzaron a humedecerse los ojos. Menos mal que el establecimiento todavía estaba vacío. Carraspeó con el fin de aclararse la voz—. No te puedo contar cómo ha sucedido, pero mi vida personal es un auténtico desastre. No sé qué nos está ocurriendo, pero vamos de mal en peor.

Sintió unos dedos rechonchos cubriéndole la mano por encima de la barra.

—Tranquilízate, chiquilla. —Se la estrujó con cariño, brevemente. Esas dos palabras fueron la señal para que las lágrimas comenzaran a rodar, silenciosas, por su rostro. Violeta apartó la mano para buscar un clínex en el bolso—. Niña, te voy a contar una cosa que no viene *ar* caso, pero quiero contártela: cuando yo era *bastanteh añoh máh* joven que ahora, contraté a una camarera. Se llamaba Inma, era guapa y con mucho don de *genteh*. Tampoco sé cómo ocurrió, pero al poco me atrajeron *suh* alegres carcajadas, *suh ojoh*, que eran dos pozos misteriosos, y sus apretadas carnes. En mi descargo tengo que decir que pasábamos muchas horas del día juntos, compartiendo el cansancio, la frustración y *algunoh buenoh ratoh*. Creía que era feliz, hasta que mi Lola se enteró y el mundo se me cayó en lo alto. —Diego hizo una pausa.

—¿Y qué pasó? No me dejes con la incertidumbre, por favor —le rogó. Por ensalmo, su llanto se había detenido. Violeta no salía de su asombro ante la inesperada confesión. Nunca se le habría ocurrido que Diego hubiera tenido algún problema de pareja.

—Pues que supe rectificar a tiempo. Inma y yo cortamos la relación y ella decidió buscar otro trabajo. A los dos se nos rompió el corazón. —Su mirada se hallaba perdida en el pasado.

—¿Cómo lograsteis Lola y tú superar esa crisis?

—Fue complicado, para qué te voy a *engañá*, pero con cariño y paciencia *to* se supera. Lola me supo *perdoná*. Eso ha debido de ser lo *máh* difícil que ha hecho en su vida. Solo espero que le haya merecido la pena.

—¿Alguna vez te has arrepentido?

—No. Ella *eh* una buena *mujé*, y mis hijos lo son todo para mí. Creo que es la *mejó* decisión que he *toma*o en mi vida, junto con la de casarme con ella, claro. Nunca *máh* he vuelto a contratar

a ninguna *mujé pa* que me ayude. Se lo debo.

—¿Y por qué me lo has contado, Diego?

—Porque quiero que *sepah* que, aunque *lah cosah* a veces se pongan muy duras y *creah* que no tienen solución, de repente sí la tienen. Hazme caso. —Sin añadir nada más, se alejó para atender a los clientes que entraban.

Violeta comenzó a tomarse el té y la tostada, que, con la distracción, se le había quedado todo frío. Terminó de desayunar mucho más tranquila, meditando acerca de la historia de su amigo.

Al entrar en su despacho, el teléfono seguía sonando. Lo había dejado encima de la mesa a propósito para pasar un rato tranquila. Ojeó la pantalla y el corazón le dio un vuelco cuando leyó el nombre de Daniel.

Con el corazón en un puño, descolgó.

—Dime, Daniel —respondió con cautela. El corazón le bombeaba en la garganta.

—Hola, Violeta. ¿Cómo llevas la mañana? —Su voz sonaba animada, bastante animada, incluso. Eso la desconcertó.

—Pues bien —mintió—. Con mucho trabajo. —Su precaución se acrecentó. No salía de su asombro.

—No te lo vas a creer, pero ya se me han acercado tres personas del trabajo para solidarizarse con nosotros. Me han contado que no les extraña nada lo que te ocurrió porque saben de familiares o conocidos a los que les ha pasado algo similar en esa consulta. Nunca lo han denunciado por miedo a que no les creyeran, pero me mandan su solidaridad y cariño para ti. — Violeta tuvo que sentarse de la impresión. Además, la palabra «nosotros» también la había dejado noqueada—. Tu comentario de ayer ha debido de correr por la oficina —continuó tan tranquilo.

—Realmente no sé qué decir. Me dejas impresionada —contestó con sinceridad. Se atusó el pelo, nerviosa.

—Sí, ¿verdad? Yo también lo estoy. Parece que todo se ha solucionado bien.

Silencio. La pausa se hizo incómoda.

—Me alegro, Daniel. —No quería volver a discutir—. Tengo que dejarte porque estoy hasta arriba de trabajo.

—Por supuesto. A la tarde nos vemos. —Quiso envolverla con un tono embaucador—. Estoy deseando abrazarte.

—Yo también —le contestó automáticamente. Su desconcierto era monumental—. Luego nos vemos. —Le temblaba el pulso.

No quiso hacerlo partícipe de su sufrimiento, ni de su noche sin dormir, ni de los sentimientos de abandono y soledad que había albergado. Dejó que su enrevesada mente creyera que todo estaba bien, aunque en el fondo no era así. Sin embargo, la conversación la había llevado a tener esperanza en el futuro, así que en su cabeza comenzó el lento desfile de justificaciones para poder seguir.

Eran las nueve cuando abrió la puerta de su casa. Ya era tarde y estaba realmente cansada. El desconcierto le había hecho mella y no estaba segura de lo que se iba a encontrar.

El *Preludio en G Mayor* de Bach la acarició. Daniel la esperaba en la cocina con sus hijos, que estaban acabando de cenar.

—Hola, mamá —la saludaron al unísono.

—Hola, chicos. ¿Cómo os ha ido el día? —preguntó mientras los besaba.

—Hola, preciosa. —Daniel la agarró por la cintura y la besó en la punta de la nariz.

—Por fin estoy en casa. No te puedes hacer una idea del día que he tenido. —Eludió el cariñoso saludo. Todavía no sabía a qué atenerse.

—Anda, sube y dúchate, que he preparado un picoteo para los dos. —Sin duda sabía cómo atemperar el ambiente.

—No sabes cuánto lo agradezco. —Su corazón se atrevió a dar un alegre respingo lleno de esperanza—. Vuelvo enseguida.

Cuando bajó, un apetitoso revuelto de verduras la esperaba en el plato, acompañado de una copa de tinto.

—Hum... Se me hace la boca agua. ¿Dónde están los niños? —preguntó con amabilidad.

—En sus cuartos, terminando los deberes. —La cogió por la cintura para conducirla hacia la silla, antes de retirársela. Violeta tomó asiento.

—Luego subo a charlar con ellos. No los he visto en todo el día.

—¡Por nuestro amor! —brindó él, alzando su copa. Se esforzaba por hacer las paces. Sus ojos la buscaban con expectación.

—Daniel... Tenemos que hablar con calma —él dejó la copa con cara de fastidio—, pero me figuro que este no es el momento —se corrigió para suavizar la situación—. Estoy cansada de pelear y tampoco tengo ganas. ¡Por nosotros! —Por fin alzó la copa y la hizo entrechocar.

—Cariño, entierra el hacha de guerra, porque yo ya lo he hecho. Vamos a disfrutar de la cena. Estoy deseando estar contigo. —Inclinó el cuerpo sobre la mesa y le dio un cálido beso en los labios—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Daniel —se rindió al fin, dejándose llevar por el momento.

CAPÍTULO 8



*Viernes, 10 de mayo;
décima corrida de la Feria de Abril.*

Faltaban diez minutos para el comienzo, y la plaza de la Real Maestranza de Sevilla estaba llena hasta la bandera: ya no había billetes.

Con cuarenta grados a la sombra, el cartel de mayo generaba entre el público mucha expectación debido al plantel de primera.

MORANTE DE LA PUEBLA, DE CANELA
Y AZABACHE; ROCA REY, DE LILA Y ORO,
Y PABLO AGUADO, DE TABACO Y ORO.

Pura y Violeta habían decidido acudir al espectáculo en cuanto se hizo público el programa; de eso hacía más de un mes. La idea había surgido de su amiga, que fue quien sacó las entradas.

—Esta va a ser la mejor corrida de la feria —predijo Pura un tanto nerviosa. Estaba guapísima con el traje rojo, a juego con sus labios. Un clavel carmesí le enmarcaba el rostro y resaltaba el moreno de su piel, dándole un aspecto agitanado.

Violeta había decidido ponerse un vestido de seda debido a las altas temperaturas. El estallido de colores del estampado parecía salido de la paleta de Van Gogh, muy a su gusto. Unas argollas doradas le adornaban las orejas. La boca se la había pintado a juego con las uñas, de color coral. Unas peinetas de nácar adornaban los rizos de su cabello.

—¡Violeta, mira quién está sentada en el palco de los maestrantes! —exclamó su amiga, totalmente vuelta de espaldas para observar mejor al público con unos pequeños prismáticos que había sacado del bolso.

—Pero ¿tú estás tonta? Por supuesto que no voy a mirar —contestó con los brazos cruzados, mosqueada—. No soy tan maleducada como tú. Estamos casi debajo del palco, y tú, enfocándolo descaradamente. ¡Qué vergüenza! —A veces su amiga la sacaba de sus casillas.

—Pues, hija, tú te lo pierdes —replicó con desparpajo—. Es Rosario Valenciaga, que está en la zona de los invitados. —Pura seguía cotilleando como si no hubiera oído nada—. Está guapísima de mantilla.

—¿Te quieres sentar de una vez por todas?! —la riñó, perdiendo los nervios—. ¿A qué has venido, a los toros o a cotillear?

—Si te digo la verdad, a las dos cosas —confesó con descaro, y volvió a sentarse.

Sonó la señal, y se extendió el silencio mientras todos tomaban asiento. Se abrieron las puertas de cuadrillas y salieron los alguacillos a caballo, con sus vistosos ropajes oscuros, para saludar al presidente. Antiguamente, su misión era apartar a las personas que se agolpaban en la arena. Ambos se pararon al otro lado del ruedo a esperar a los maestros, que, nada más pisar la plaza, se vino abajo en aplausos.

Los fotógrafos no dejaban avanzar a las cuadrillas, y el público comenzaba a impacientarse. Los caballistas aquietaban a sus monturas, que se revolvían ante la espera. Por fin, echaron a andar bajo la alegre tonada de la banda hasta presentar sus respetos a la autoridad de la plaza.

Los comentarios y saludos volvieron mientras la plaza bullía. Un mar de sombreros abarrotaba las gradas de Sol.

Violeta ya sentía un reguero de sudor corriéndole por el canalillo y empapándole la ropa interior. Batió furiosa el abanico contra su pecho y se agarró al brazo de Pura con la mano pringosa, llevada por la emoción. Abrió las rodillas para encajarlas a los lados del hombre que ocupaba el asiento delantero, cuyo manoseado sombrero se asemejaba al de un tratante de ganado. El humo de su puro se le enroscó en la nariz, produciéndole picor.

Ante la señal, se abrieron los chiqueros y salió en tromba *Silencioso*, negro y bravío; de Jandilla. Morante ejecutó un toreo lento, como si masticase el calor mientras se lo pegaba al cuerpo. Le arrancó al astado tres verónicas y un par de rechazos sin rematar la faena.

Más pronto que tarde, siempre mandando, pinchó a la hora de la muerte, recibiendo un aviso.

El público arropó a su torero con aplausos.

Después de la faena que Morante resolvió con rapidez, Violeta se puso de pie, en busca del vendedor de bebidas. Lo localizó a su derecha, agazapado en el estrecho pasillo.

La gente abarrotaba las gradas, y charlaban mientras los rezagados se apresuraban a tomar asiento. Los vendedores de agua hacían su agosto mientras, entre gritos, las botellas volaban de una grada a otra y el dinero cambiaba de manos. Un ritual cuya práctica conocían todos los presentes y que se desarrollaba con agilidad y precisión.

—¡Eh, mozo!! —lo llamó a gritos mientras, agitando su abanico.

—Dime, guapa.

—Dos *gin-tonics*, por favor. —Violeta le preguntó el precio frotando el pulgar con el dedo índice y el corazón. El mozo la entendió de maravilla.

—Quince euros. ¡Marchando!

Los vasos de plástico, encajados en los agujeros abiertos en un cartón, que hacía las veces de rudimentaria bandeja, fueron de mano en mano hasta llegar a ella. Los billetes viajaron de vuelta trazando el mismo recorrido.

—Gracias. Esto me va a entrar en vena —comentó Pura—. Tengo la boca seca.

—Sí que es verdad. Si no me sentaran mal, me tomaría un par de ellos. —Violeta dio un largo sorbo.

—Mira al torero —señaló Pura.

Roca Rey aguardaba su terna rezando contra las tablas. Un silencio sobrecogido sobrevoló la plaza a la espera de que el maestro terminara las plegarias. Su rostro reflejaba la concentración más absoluta. Recogió el capote que le tendió el mozo de espadas y un murmullo en *crescendo* se apoderó del público del real cuando se acercó a puerta gayola. Llevaba escritas con sangre en el rostro sus ganas de triunfar o morir, fruto de un arrojito que solo se posee en la juventud.

Aplausos arrebatadores llenaron la plaza mientras, con su paso zambo y torero, hincó las rodillas en el albero e hizo un gesto para que abrieran las puertas, agarrando con fuerza el capote y esperando su suerte.

Ante el silencio, solo roto por el repique de las campanas de la Giralda, sin saber si predecían la muerte o celebrarían la vida, salió cegado *Herrador*, negro bragado. Roca Rey, con un revoleo, tuvo que echarse al albero para no morir arrollado.

Sin temerle a la muerte, lo buscó y encadenó seis largas cambiadas de rodillas. La gente aplaudía con delirio y, extasiada, se puso en pie al grito de: «¡Olé!». La plaza se vino abajo y la

orquesta arrancó a tocar.

—¡Ha llegado el terremoto de Perú! —gritó con la garganta rota un vecino que lucía chaqueta de rayas de vistosos colores.

La cuadrilla se lució en la lidia, y Viruta —así lo llamaban en la cuadrilla—, con las banderillas.

El maestro, con la muleta, se creció.

—¡Ehe! —incitaba bronco al toro desde lejos.

Herrador marchó como un tren, pero él lo paró en seco.

La orquesta desgranó un pasodoble y así comenzó la danza de vida y muerte. Al son de la trompeta, que ejecutó un solo, el público observó, hipnotizado, cómo Roca Rey propiciaba cinco muletazos de rodilla por alto. En pie, se enredó por la cintura suavemente y lo dejó descansar mientras los rayos del sol destellaban en el traje, como si cientos de luciérnagas iluminaran sus movimientos.

Aguantó parones hasta que, en uno, el toro se le echó encima. Gritos estremecedores resonaron hasta que escapó de entre las astas revolcándose por el suelo. Larita, su mozo de espadas, saltó al albero y lo recorrió como un rayo, con la agonía en la mirada, para intentar ayudarlo.

—¡No me toques! —gritó Roca, dándole un empujón lleno de pundonor y de orgullo.

Entre vítores, siguió el espectáculo. Descalzo, el torero continuó cortejando a la muerte.

Cuando acabó, se metió entre los pitones con el estoque hasta el puño, sentenciando la faena.

Violeta notó que los pulmones le quemaban cuando volvió a respirar.

Concedieron oreja y hubo petición de la segunda. Vuelta al ruedo.

—Ha estado magnífico. No se le puede pedir nada más —decretó con la voz rota el que parecía tratante de ganado, que estaba sentado delante de ella.

A esas alturas de la tarde, las sombras se habían alargado para dar un respiro a los asistentes. La tela del traje se adhería al cuerpo de Violeta. Era imposible apartarse de las rodillas que se le clavaban inmisericordes en los riñones, ni del muslo que rozaba el suyo, ni del humo del segundo puro del tratante.

—¿Cómo tengo la flor? —le preguntó apurada su amiga, tocándose la cabeza con cuidado.

—Pues *chuchurría*. ¿Cómo quieres que esté? —Le salió del alma.

—Podrías esforzarte en ser un poco más agradable —se quejó Pura—. A veces eres demasiado brusca.

—Tienes toda la razón —reconoció—. Perdona; además, tampoco está tan mal.

Los clarines anunciaron al tercero de la tarde, *Cafetero*, negro y con buena planta. A pesar de que parecía que la faena anterior no se podría superar, Pablo Aguado, sevillano, que había tomado la alternativa recientemente, se hizo cargo de la situación con calma y sin aspavientos, como si no le interesara impresionar.

—¡Maestro, toque algo, que se han *quedao* sin pilas! —gritó alguien desde las gradas. La música empezó a sonar.

Con un toreo elegante, que recordaba a los clásicos, comenzó con el capote. El público, entregado desde el comienzo, lo jaleó con un «¡olé!» en cada pase, corroborando el buen hacer del torero.

El picador aguantó bien los embates del astado. El caballo, oliendo el peligro, con los ollares dilatados, dejó su huella en la arena y el olor a estiércol inundó la plaza.

Muleteó, realizando varias verónicas.

—¡Sensacional! ¡Exquisito! ¡Espectacular! —El público estaba eufórico.

—¡Olé, olé y olé! —gritaba una flamenca desde el tendido, con las manos en alto y mirando al cielo.

Con el éxtasis, la plaza rugió. Aguado mató de una estocada, y el presidente no dudó en sacar los dos pañuelos de golpe. Él saludó a la ovación con una mata de romero en sus manos, haciendo suya la superstición de que traía buena suerte.

—¡Madre mía, qué corridón! —exclamó Violeta. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—Estoy segura de que hará historia. No creo que nunca volvamos a ver algo así —corroboró Pura, entusiasmada.

Volvieron a sentarse y apareció *Gestor*, el cuarto de la tarde. Era castaño, como si el sol le hubiera achicharrado el lomo, e hizo que Morante se esforzara. Para asombro general, se hincó de rodillas con la muleta y sacó unos buenos pases, lentos y magníficos, pero el toro no lo acompañó. El cigarrero no tuvo suerte y no remató; la faena se quedó a medias a pesar de que el diestro se expuso y lo intentó. Mató echándose de verdad sobre el toro y lo acompañó en la muerte con torería. Aunque sonó un aviso, la gente exigió una oreja, y el presidente se la otorgó.

Un mozo desfiló entre el público con una tabla llena de bebidas y las amigas le pidieron dos botellas de agua, pero antes de que hubiera dado tres pasos, la venta había volado, por lo que prometió volver a la velocidad de un rayo. La tarde era buena para el negocio, y lo demostraron las tres carreras que tuvo que dar para reponer su quiosco improvisado. El líquido sabía a gloria a esa hora.

El quinto de la tarde, *Mostero*, era castaño bragado. Roca Rey lo afrontó con resolución y así lo demostró con sus andares, pero en la plaza todavía flotaba el recuerdo de la faena de Aguado. En cuanto agarró la muleta, la banda, con el maestro Tejera al mando, lo arrojó tocando el pasodoble de Dávila Miura, que dedicó a su padre. Entonces, inició un baile ante el toro, arrimándose, acercándose de lado, girando. Mandó mucho con muletazos largos, ligados, dejándole la muleta en la cara; tirando del toro, que se quedó a medias.

La escena parecía irreal, casi de película. En ese momento, Violeta tomó consciencia de que, de verdad, y casi con toda seguridad, no volvería a asistir a un espectáculo de esa calidad. La plaza lo ovacionó, y él acarició el éxito con la punta de los dedos.

Perdió la oreja al pinchar una vez, pero no decepcionó.

Con *Oceánico*, azabache, llegó la locura. Las verónicas templadas de Pablo Aguado hicieron brotar la música de *Suspiros de España*. Morante sacó al toro de debajo del caballo con el capote al hombro, emulando el quite del «bu» de Gallito; sorprendió a los espectadores y el recinto bramó de nuevo.

Iván García escuchó la música con las banderillas. El público latió al unísono, como un gran corazón que empujaba al joven maestro a lucirse, con templanza y clasicismo, sin alardes de ningún tipo.

Al grito enfebrecido de: «¡Torero, torero, torero!», le concedieron las dos orejas, abriendo la puerta del príncipe.

Todo era bullicio en los alrededores de la plaza. La gente se aglomeraba elogiando a los toreros. Pura y Violeta formaban parte de un corrillo numeroso donde conocidos y ajenos comentaban las faenas con admiración y entre chascarrillos. Daba pereza marcharse, y la luz de las farolas daba paso a una noche de feria templada, alejada de los rigores del sol.

A cierta distancia, Violeta observó a Rosario Valenciaga. Salía acompañada de su marido, el constructor hispalense Fernando Luengo. Ambos se despedían de sus anfitriones.

—Espérame, ahora vuelvo —le pidió a Pura.

En un arranque espontáneo, se encaminó hacia ellos.

—Hola, Rosario. Perdona que me presente. Soy Violeta Baena; te he visto en la plaza y no he podido evitar acercarme.

—Encantada. Este es mi marido, Fernando. —Se saludaron. Le sonreía—. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Me gustaría poder conversar contigo con tranquilidad. He leído tu manifiesto y yo... Bueno, yo también me he visto afectada por ese individuo.

El rostro de Rosario se ensombreció.

—Por supuesto. Quedamos otro día y charlamos tranquilas. Fernando, ¿tienes alguna tarjeta? Yo no traigo porque en este bolso no me cabe nada.

—Aquí la tengo. —Se la extendió solícito.

—Llama al teléfono de la oficina y diles que te pasen conmigo. ¿Te parece?

—Estupendo. Así lo haré. No os entretengo más, que me están esperando.

Violeta se despidió feliz de haber tomado la iniciativa y volvió al grupo en el que Pura la estaba esperando.

Pura y Violeta se separaron al llegar al recinto ferial. Su amiga había quedado con algunos compañeros del hospital, y ella, con Daniel.

Hacia rato que se había puesto el sol, y los farolillos brillaban en las calles al bamboleo de la brisa nocturna. Los operarios procedían a desinfectar el asfalto con Zotal, y el penetrante olor prevalecía sobre el de los turrone, el algodón de azúcar y el coco que vendían en los puestos los vendedores ambulantes. En las casetas, los grupos ya tomaban posiciones para cenar alrededor de las tortillas, el jamón. Era la hora preferida por los más jóvenes, que atestaban las calles, haciendo casi imposible transitar por ellas. Le pareció oír su teléfono y, después de un leve forcejeo con su bolso, logró descolgar.

—Dígame.

Una voz distorsionada, como si hablara desde el interior de un cubo de agua, trató de comunicarse con ella. Intentó averiguar quién la llamaba, pero se cortó.

Volvió a sonar en su mano.

—Sí. ¿Quién es? —Esta vez se llevó los dedos a la otra oreja para poder aislar mejor el sonido.

—Violeta, ¿me oyes ahora? Soy Daniel.

—Dime. —Alzó la voz.

Las sevillanas, mezcladas con la música moderna, formaban un batiburrillo del que era difícil abstraerse.

—Estamos en Joselito «el Gallo», 97. Te esperamos.

—Muy bien. Ya he llegado al recinto. Te veo en unos minutos.

Cuando entró en la caseta, enseguida vislumbró a Daniel, que la esperaba no muy lejos de la puerta.

—Hola, cariño. ¿Cómo te lo has pasado? —La saludó con un beso.

—Muy bien. He disfrutado muchísimo. —Violeta todavía podía saborear el regusto agradable en el paladar.

—Ya me he enterado de que ha sido la mejor corrida de la feria. —Daniel la miraba amable. Se lo veía contento.

—Sin lugar a dudas. Luego te cuento con más detalle, porque aquí es un lío.

—¿Qué quieres tomar?

—Rebujito, por favor.

—Voy a por las copas, que aquí solo tengo una jarra. Enseguida vuelvo.

A Violeta se le quedó en la punta de la lengua preguntarle quiénes eran los dueños de la caseta, pero no le dio tiempo. Siguió adentrándose, intentando hacerse un lugar, hasta que la multitud la obligó a detenerse. Alzó la cabeza para buscar algún rostro conocido y se topó de frente con La Rata. Ambos sostuvieron la mirada, pero él reaccionó y se encaminó hacia una pareja situada entre ellos dos. Lo oyó decir:

—Aquí os traigo la bebida y un plato de jamón. ¿Os apetece algo más? Violeta se sintió morir. Logró superar la impresión y se alejó sin aparentar prisas. Abriéndose camino entre la gente, salió a la calle, resollando como un tren de mercancías. Sentía ansiedad. Apoyada en el balconcito frontal de la caseta, intentó serenarse inhalando profundamente.

¡¡Era uno de los socios!! No se lo podía creer.

Ya sabía que, en la feria, normalmente la propiedad de una caseta la compartían veinte o treinta personas, dependiendo del caso, y también, que era prácticamente imposible averiguar quiénes eran cuando entrabas.

De lo que sí estaba completamente segura es de que era imposible que Daniel no lo hubiera visto circulando al igual que lo había hecho ella, y que no se hubiera dado cuenta de que estaban en su caseta. Él sabía mejor que nadie lo doloroso que resultaba para Violeta coincidir con esa persona. Se sentía dolida y traicionada. La furia la invadió.

—¡Violeta! ¿Dónde te has metido? Te estaba buscando. —Daniel salió a la calle con dos catavinos en una mano; en la otra llevaba una jarra de rebujito. Su semblante reflejaba la más absoluta inocencia.

—Deja de disimular y no insultes mi inteligencia —lo increpó furiosa—. Tú sabías que esta era su caseta y, sin embargo, me has citado aquí. —Violeta no se anduvo por las ramas y lo atacó directamente.

—No te lo he contado porque sabía que te ibas a poner así. Yo no tengo la culpa de dónde me traen y, al contrario que tú, no estoy dispuesto a montar un espectáculo.

—Como siempre, has conseguido arruinarme el día con tus razonamientos ególatras. No te preocupes, ya no voy a molestarte más. Te dejo que sigas pasándolo bien. Me marcho a casa.

—¡¡Violeta, vuelve!! —La voz se diluyó entre el barullo.

—¡Y una mierda voy a volver! —murmuró furiosa.

Grandes y pegajosas lágrimas se deslizaban por su rostro. Con los puños apretados, se alejó a grandes zancadas. Estaba cansada y sudada. El vestido se pegaba a su cuerpo después de la tarde de calor. Tenía ganas de llegar a casa y darse una ducha, pero, sobre todo, necesitaba llorar hasta desgañitarse y así poder liberar la sensación de angustia que la embargaba.

CAPÍTULO 9



—¡Ana, mira lo que publica esta revista! Han aparecido más mujeres denunciando abusos del psiquiatra Jerónimo Coronado. —Una señora, con la cabeza llena de rulos, intentaba hacerse oír por encima del ruido de los secadores.

—¿Sobre quién hablan? No me he enterado de nada —contestó su amiga mientras le hacían las uñas.

—La primera que lo denunció fue esa superpija... ¡Rosario Valenciaga!, que no me salía el nombre. —La señora seguía a lo suyo. Parecía ajena a todo.

Violeta las escuchaba un tanto perpleja. Hasta ese momento, no era consciente de que la prensa del corazón se hubiera hecho eco del caso. Con la cabeza salpicada de papel de plata, se lanzó al revistero para ver lo que podía encontrar sobre el tema.

Había acudido a la peluquería para aplicarse unos reflejos porque le apetecía cambiar a un nuevo *look*. Últimamente tenía los ánimos por los suelos, y pensó que quizá, si variaba su aspecto, se estimularía también su espíritu.

—¿Y qué es lo que ha pasado? —La morbosa conversación seguía su curso.

—No seas impaciente, que estoy leyendo. —Una pausa de cinco minutos, ahogada por los potentes chorros de aire caliente, dejó la charla en suspenso—. Parece que abusó de ellas en su consulta —sentenció al fin.

—¡Qué barbaridad, a lo que hemos llegado! —La tal Ana no salía de su asombro.

Violeta comenzó a buscar entre las manoseadas revistas intentando no parecer ansiosa. Muchas de ellas no tenían todas las hojas; algunas clientas tenían la mala costumbre de arrancar las páginas de las recetas para llevárselas a casa, por lo que la encuadernación se resentía. Tan solo pudo encontrar el *Vanity Fair*, que no parecía tener más de dos o tres días de antigüedad. Los demás ejemplares estaban todos ocupados en manos de las demás clientas o prácticamente eran restos sin consistencia.

El centro de belleza estaba lleno, como todos durante la primavera en la ciudad. Los actos sociales, como bodas, bautizos y comuniones, se alternaban con las fiestas sevillanas: Semana Santa y la Feria de Abril. Había que reservar hora con anticipación, porque, si no, era imposible que te atendieran.

Violeta pasaba las páginas según las leía por encima a deprisa, a la búsqueda de algún comentario referente al tema. Enseguida su mirada se quedó atrapada en una fotografía de él en blanco y negro. Era de muy mala calidad, similar a las que se hacen para el carnet de conducir. Debajo, en una estrecha columna, se reproducía un fragmento de algún artículo que debía de haber publicado otro medio con anterioridad. Además, la hoja estaba rasgada y faltaba la primera parte.

Enfrentarse a Jerónimo Coronado no resulta fácil. No solo es uno de los psiquiatras más prestigiosos de Sevilla. Además de tener un currículum irreprochable —estudió Medicina en Sevilla y se especializó en Psicología Médica y Psiquiatría en Madrid; ha sido jefe médico en la clínica López Ibor; es ensayista, conferenciante y escritor; cuenta con su propia columna en un prestigioso periódico hispalense, y suele participar en programas televisivos y radiofónicos—, es

el Hermano Mayor de la hermandad del Cristo de los Pecados, una de las cofradías más representativas de la ciudad.

Quienes conocen a Coronado aseguran que posee un carácter animado y festivo. «Es habitual verlo por el barrio donde tiene la consulta disfrutando de una cerveza bien fría y charlando con amigos», afirma un conocido. Es un viajero empedernido y, en su tiempo libre, suele escaparse a Marbella, donde posee un barquito en el que navega con su familia y sus amigos.

Una de las fiestas de las que más disfruta es de la Feria de Sevilla, a la que acude puntualmente todos los años...

Violeta dejó de leer porque se estaba poniendo enferma. La lista de virtudes que enumeraba le resultaba insoportable. Como la propia prensa reconocía, era difícil enfrentarse a él. A eso se debía el silencio generalizado en torno a sus fechorías: al miedo.

Desechó la publicación con sensación de asco.

Más tarde, mientras esperaba a que Rocío la peinara, se contempló pensativa en el espejo. Sus oscuros ojos le devolvieron la mirada, serios y reflexivos. Le agradaba su melena corta de rizo gordo, más bien ondulado, que ahora lucía unas mechas que habían quedado divinas. Le encantaban.

Enseguida se le vino al pensamiento Daniel. Hacía una semana que la relación no era lo fluida que debería. Después de la discusión de la feria, él se sentía muy ofendido y casi no se hablaban. Estaba harta de la situación, pero no pensaba disculparse por haberse marchado. Daniel tenía la virtud de cambiar las tornas siempre a su favor, y se le daba muy bien echarles las culpas a los demás cuando se encontraba en una encrucijada y no sabía cómo actuar.

Ella siempre había tenido un carácter conciliador, pero últimamente algo había cambiado en su interior, porque arreglar las cosas y que él se creyera en posesión de la razón no estaba dentro de su abanico de posibilidades; la hacía sentir miserable. Para ella, supondría una derrota contra sí misma. No iba a permitir que nadie la pisoteara; ya había ocurrido demasiadas veces. Tenía que dejarle las cosas claras a su marido, si no, nunca la defendería ni estaría de su lado.

Una determinación que antes no poseía se fue fraguando dentro de ella. Por otro lado, le gustaría poder contarle a Daniel que había quedado con Rosario, pero no sabía cómo abordarlo. Fantaseó con un mundo en el que contar con su complicidad y apoyo era posible. Bajó de la nube mientras la peinaban, rumiando en silencio una idea que le había acudido a la cabeza.

Violeta marcaba con el pie el ritmo de la música que salía de la radio mientras cascaba los huevos en un plato. Un agradable aroma a puchero flotaba en la cocina de su casa. Esperaba a su familia, que estaría al caer. Los niños ya habrían acabado los entrenamientos, y Daniel le había mandado un mensaje para avisarla de que ya venía.

—«Bailandooo, bailandooo...» —cantaba al son de Enrique Iglesias.

Estaba contenta como hacía tiempo. Estaba deseando que su marido llegara a casa para contarle sus planes.

—Mamá, ya estoy aquí —oyó la voz de Marcos desde la entrada.

—Hola, precioso. ¿Está tu hermano también?

—Sí, pero ha subido derecho al cuarto de baño. Tiene una urgencia.

—¡Vaya por Dios! Lavaos las manos, que papá está al llegar. Y avisa a Nacho, por favor. — Elevó la voz por encima de la radio. Enseguida escuchó a Marcos subir las escaleras a galope.

—¡Qué bien huele! —La voz de Daniel le llegó desde el vestíbulo.

—Holaaa. Estoy en la cocina —le respondió.

—Tengo un hambre canina. ¿Qué estás preparando? —dijo al entrar en la cocina. La besó

ligeramente en la mejilla mientras olfateaba la olla. Su actitud le hinchó el pecho. Hacía tiempo que no eran tan amables el uno con el otro.

—Sopa de puchero y unas tortillas francesas de segundo. Ya sabes que los niños siempre tienen hambre. —Se volvió con una sonrisa.

—¡Hummm, qué agradable! Te veo muy contenta —comentó receloso. Parecía no fiarse de su buen humor.

—Es que lo estoy. Tengo que contarte muchas cosas —contestó misteriosa—. Pero mejor hablamos luego; ahora vamos a cenar con los niños.

—Estupendo. Estoy deseando conocer esas novedades. Si te parece, voy a ponerme cómodo y a asearme. Ahora vuelvo.

No sabía si se le había contagiado el ánimo o si ya lo traía de la calle. La cosa era que lo notaba mucho más animado, y eso era muy positivo.

Cenaron en familia tranquilamente. Los niños animaron la velada relatando anécdotas del colegio. Rieron con las bromas que se gastaban entre ellos. Sin duda, eran la alegría de la casa.

Cuando todo estuvo recogido, Violeta se incorporó al salón, donde la esperaba Daniel viendo la televisión. Tomó asiento a su lado, en el sofá, y él le pasó el brazo por encima del respaldo.

«Parece que empezamos bien», pensó con agrado.

—Bueno, dime qué es eso tan importante que quieres contarme; estoy intrigado. —Sus ojos cálidos la templaron por dentro.

—Esta mañana he estado leyendo la prensa —empezó, cauta. No estaba dispuesta a confesarle el nombre de la publicación para que no la tachara de poco seria— y me he enterado de que han aparecido otras víctimas de La Rata. —Se negaba a pronunciar su nombre.

Violeta notó inmediatamente que algo no iba del todo bien. Quizá fue su silencio, o que desvió su atención. Pero ya no sonreía. Esperaba equivocarse.

—No vas a dejar ese asunto, ¿verdad? —Se giró hacia ella y la penetró con la mirada. Estaba muy enfadado.

Supo que había fracasado. Era una auténtica bocazas. ¿Por qué no gozaba del don de la diplomacia? La culpa era suya; siempre había sido demasiado brusca.

—No puedo. —Decidió abordar el tema de frente y no simular que no sabía de lo que le estaba hablando. El daño ya estaba hecho; además, ella no sabía actuar de otra manera. Se sintió muy angustiada. Su alegría se evaporó.

Silencio. Ninguno de los dos se movió.

—Cuéntame qué es lo que has pensado.

Una llama de esperanza prendió en su pecho.

—Ponerme en contacto con las otras afectadas —continuó dubitativa— para conocerlas e intercambiar vivencias.

Daniel lanzó un sonoro suspiro. Ella no supo si de resignación o de paciencia.

—¿Y para qué crees que va a servir eso? Aparte de para una tremenda pérdida de tiempo, claro. —Su tono fue más calmado.

—Daniel, tú no lo entiendes. Lo necesito. Tú quieres que te dé respuestas concisas y claras, y eso no siempre es posible. Solo puedo decirte que necesito hacerlo y que para mí es imprescindible que me apoyes en esto. No quiero seguir adelante sin tu ayuda. —Calló el hecho de que estaba decidida a continuar costara lo que costase. Tuvo la espantosa sensación de que lo engañaba—. Este tema nos está desgastando innecesariamente. Por favor..., te lo suplico. —No sabía cómo llegar a su interior.

El ruego quedó flotando en el aire durante unos minutos, hasta que Daniel se decidió a hablar.

No quiso atosigarlo.

—Vale. Cuenta conmigo. Con una condición: que me informes de todos tus pasos. Quiero que tomemos las decisiones juntos. ¿Te parece?

—¡Oh! ¡Me haces muy feliz! —Lo abrazó. No cabía en sí de contento. Por fin volvían a ser una pareja que lo compartía todo. De nuevo sintió que ambos formaban una unidad. Se amaban; ¿cómo pudo dudarlo?

Se besaron entre risas. Habían recuperado la camaradería. Un alivio inmenso invadió a Violeta. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo tensa que había estado.

CAPÍTULO 10



—Tenía veinticuatro años y acababa de perder a mi hija. Se llamaba Yolanda. Falleció con apenas seis meses, de muerte súbita. Sus ojos eran oscuros, como los míos. Esa mañana me entretuve especialmente haciéndole carantoñas. Todavía puedo ver su carita sonriente. No lo sabía entonces, pero esa sería mi única despedida. —Las lágrimas de Violeta comenzaron a rodar sin control. Un dolor ya arraigado en su interior afloró. La herida supuraba todavía; en realidad, nunca se había cerrado—. Lo siento —se disculpó buscando un clínex en su bolso.

Rosario la acarició como muestra de apoyo.

—No es necesario que explique que no tuve consuelo. Ella lo era todo para mí. No recuerdo el tiempo que permanecí en ese estado, porque yo ya no tenía vida; había desconectado de lo que me rodeaba y me refugié en mi propia pena. El tiempo pasó hasta que mi familia decidió tomar medidas, y concertaron una cita con un psiquiatra. Tenía fama de ser el mejor de Sevilla en su especialidad.

»Era la primera vez que yo acudía a un especialista en salud mental. Fui acompañada de mi marido, que le expuso la situación en la que me encontraba. No me preguntó grandes cosas, simplemente me recetó algunas pastillas que, dijo, me ayudarían. Yo le creí y empecé a tomarlas.

»A la semana siguiente acudí sola, ya que la terapia así lo exigía. Me encontraba en un aturdimiento casi permanente, pero él me dijo que las pastillas al principio producían ese efecto y que debía seguir con ellas.

»En la tercera ocasión, me citó en El Rinconcillo. Es un bar que probablemente conozcas porque queda en el centro de la ciudad y tiene mucha solera. Allí se reunía con unos amigos todas las semanas, de tertulia. Cuando fui, me sentí fatal. Debo admitir que todos esos señores fueron unos caballeros conmigo, pero para mí eran muy mayores, y verdaderamente no sabía qué hacía allí. No recuerdo ni sus caras ni la conversación, porque fue tanto mi malestar que, cuando salí de allí, me juré que nunca volvería. Me sentía fuera de lugar. Sí recuerdo que se ofreció a acompañarme, pero le dije que no hacía falta.

»Al llegar a casa, se lo conté a mi madre, que se había quedado esperándome porque estaba preocupada. Ante mis dudas, ella argumentó que sería necesario para mi recuperación y que no fuera tan quisquillosa.

»La cuarta semana, yo seguía zumbada. Tenía la cabeza embotada casi siempre, y cada vez que intentaba fijar en la mente una idea, me costaba mucho trabajo. No sentía mejoría porque casi siempre estaba llorando. Ahora me doy cuenta de que la pena no se borra con pastillas, pero en aquella época estaba desgarrada por el dolor.

»En esa nueva visita, comenzó a preguntarme si me gustaba follar. Juro que fue la primera vez que escuchaba esa expresión delante de mí. No estaba acostumbrada a oírla, y me impactó. Me desagradó. También quería saber si me masturbaba, e insistía continuamente, ante mis evasivas. Para no aburrirte: no sé cómo pude salir de allí, porque se me hizo eterno. Volví a consultarle por los efectos de las pastillas y no quiso bajarme la dosis; al revés, me la iba subiendo gradualmente.

»Esas conversaciones nunca las compartí con nadie, porque me daba vergüenza.

»En la quinta sesión, nada más tomar asiento en la butaca enfrente de él, escuché el clic del pestillo mientras me daba la bienvenida. Lo miré extrañada y me dijo que no quería interrupciones. Me inquieté. A continuación, me preguntó si me gustaba su corbata, porque se la había puesto para mí. Me quedé perpleja y le contesté educadamente que era muy bonita.

»Cada vez me resultaba más incómodo acudir a sus citas, pero yo quería curarme y pensaba que tenía que poner de mi parte. Siempre me llamó la atención que no tuviera una ficha mía, y que tampoco tomara notas. Nunca había enfermera cuando yo iba, y tenía que pagarle a él en mano. En una consulta de tanta categoría, ¿cómo no había asistente? Ese detalle siempre me extrañó. Sin embargo, yo callaba porque, en verdad, mis problemas eran más acuciantes: no sabía cómo gestionar mi dolor y seguir respirando.

»Esa hora la dedicó casi entera a hablar de sí mismo. Me contaba que había pertenecido a la CIA cuando era joven, y que lo compartía conmigo porque sabía que, si yo lo repetía, nadie me creería jamás. También me contaba que tenía una cámara escondida con la que grababa las sesiones para poder estudiarlas tranquilo. Mi desazón iba en aumento según continuaba. Creo que pretendía impresionarme, cosa que nunca hizo, porque en realidad lo encontraba patético.

»Se descolgó con que yo le gustaba muchísimo, y que se la ponía dura cuando hablaba conmigo. Que mi problema era la educación recibida en el colegio de monjas; que ellas me habían castrado mentalmente. Que yo, lo que necesitaba, era liberarme de esa rémora, que tenía que follar. Que él me enseñaría a hacerlo, puesto que estaba visto que mi marido no me satisfacía.

»Me convertí en una estatua, allí sentada en la silla. Además, la conversación me llegaba con cierto retardo, pues estaba drogada. Las pastillas no me dejaban pensar ni percibir con claridad. Recuerdo que el corazón me golpeaba furioso en el pecho, ya que mi preocupación iba en aumento.

»Cuando finalizaba el tiempo, nunca se me olvidará, se levantó de su asiento, y observé con terror cómo rodeaba la mesa y se acercaba a mí. Al verlo venir, me levanté y retrocedí hasta dar con la pared, donde me acorraló. Comenzó a manosearme el pecho mientras me besaba.

»A lo largo de todo este tiempo, me he sentido culpable por no haber sabido reaccionar antes. Hoy en día, pienso que nunca tuve una oportunidad, porque él era un experto en manipulación y te iba preparando para ello. Lo cierto es, que sacando fuerzas de donde pude, lo empujé para quitármelo de encima y corrí hacia la puerta, desbloqueé el cerrojo y hui despavorida de allí. Nunca más volví.

»Acudí a casa de mi madre en busca de consuelo y la encontré en la cocina con uno de mis hermanos. Llorando desconsolada, le conté lo ocurrido, y cuál fue mi estupor cuando contestó:

»—Hija mía, ¿qué es lo que has hecho para que te ocurra una cosa así?

»—Mamá, Violeta no ha hecho nada. Ese tío es un cabrón —intercedió mi hermano, muy cabreado.

»Mi madre me convenció para que callara y no lo contara. Estaba muy preocupada por que no se enterara mi padre; ella creía que lo mataría.

»Daniel, mi marido, convino que debería guardar silencio y así lo hice. Dejé las pastillas y nunca más acudí a esa consulta. Como te he dicho antes: suficiente tenía ya con gestionar mi propia pena.

Durante el relato, en el despacho donde se habían citado, Rosario escuchó en silencio sin interrumpirla. Con su mera presencia reconfortaba a Violeta. Sabía que ella la comprendía porque también había atravesado su propio calvario. Además, a su lado tampoco sentía la necesidad de justificarse. No hacían falta explicaciones superfluas, no tenía que ver dibujados en su cara el escepticismo ni la pena, ni siquiera la curiosidad malsana.

Rosario agarró las manos de Violeta y clavó sus ojos castaños en los de su interlocutora.

—Ya sabes que todo eso acabó, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Pero llevo tropezándomelo mucho tiempo. Ya no puedo soportarlo más, por eso estoy aquí. —La tristeza enraizó en su corazón y los ojos se le nublaron.

—Te comprendo. A mí me pasa lo mismo. Ese hombre arruinó mi vida y la convirtió en un infierno —dijo con la mirada perdida en sus recuerdos—. ¿Qué te parecería que contactásemos con otras víctimas y nos reuniéramos para hablar del tema? —preguntó por sorpresa.

—Pues una idea estupenda. —A Violeta le brillaron los ojos. Se quedó reflexionando—. Si te parece, yo puedo proponérselo a las personas que han llegado hasta mí a través de conocidos.

—Perfecto. Yo me voy a poner en contacto de forma privada con quienes lo han hecho por las redes sociales. —Su pequeña figura transmitía expectación.

Violeta la observó mientras hablaba. En las distancias cortas, Rosario era mucho más guapa que en las fotos. Su pelo, lacio y rubio, le caía más abajo del hombro. A pesar de los altísimos tacones, no mediría más de un metro sesenta. Toda ella exudaba dinero: la ropa, el bolso, los zapatos... Al inicio de su encuentro, no sabía cómo le caería porque irradiaba algo que, sin conocerla, echaba para atrás. Quizá fuera su lenguaje corporal, o su apostura. Desconocía la razón, pero duraba solo un momento: en cuanto Rosario se había dirigido a ella, de inmediato la sensación se había volatilizado.

Más relajada, Violeta echó un vistazo alrededor con detenimiento y descubrió un despacho sobrio y elegante. La combinación perfecta en tonos tierra resaltaba las elegantes líneas de la mesa de cristal y patas metálicas, insuflándole calidez a la habitación. Un enorme *Ficus benjamin* adornaba la estancia desde una esquina, justo donde ellas charlaban sentadas en unos cómodos sillones de piel clara.

Se había pasado la noche ahuecando la almohada y barruntando cómo podría encarar esa conversación con éxito, pero todo había sido en vano: habían logrado entenderse a la primera. Conectaron sin ningún problema.

Conforme perfilaban los pormenores, la idea de conocer a otras mujeres en sus mismas circunstancias iba cuajando. Ese rato, además, le sirvió a Violeta para sobreponerse del mal momento que había pasado. Rememorar siempre era duro para ella.

—La Rata. —Interrumpió a Rosario, abandonando sus cavilaciones—. Se me había olvidado contarte que yo lo llamo La Rata.

Su compañera se carcajeó.

—Le va como anillo al dedo porque, ahora que lo pienso, tiene cara de rata. A partir de este momento, yo también lo llamaré así. —Ambas se partieron de risa. Rosario le había contagiado su buen humor, y los restos de reticencias que aún pudiera haber entre ellas se esfumaron en el aire.

—Lo que debo hacer sin falta es contárselo a mis hijos. No se me había ocurrido hasta ahora. —Las ideas acudían a la mente de Violeta atropelladamente.

—Te recomiendo que se lo digas. Creo que te llevarás una grata sorpresa; no imaginas lo preparada que está la juventud de ahora para entender situaciones que nosotras, a su edad, no sabíamos ni que existían —aconsejó Rosario—. Yo, antes de publicar el manifiesto, lo compartí con los míos. Me brindaron todo su apoyo, y eso hizo que me lanzara a escribir. A partir de entonces, comprendieron muchas cosas de mi vida.

Al pisar la calle, Violeta sintió que una nueva fuerza la poseía y la empujaba como un huracán. Su conversación con Rosario la había ayudado a reconocer el cruel proceder de La Rata que la había manipulado, mancillándola psicológicamente, para llegar a un único fin: abusar de su

cuerpo. Era un sucio bastardo que, por culpa de sus acciones, la había hecho sentir mal durante años, obligándola a albergar un ridículo sentimiento de culpabilidad. El silencio, impuesto por su propia familia, por su marido y por la sociedad, solo le había causado sufrimiento. Había pedido ayuda en un momento de extrema fragilidad y lo único que había conseguido fue más pena y maltrato por parte de quien, se suponía, debía ayudarla.

Se sentía ligera, como si volara. Había conseguido largar lastre cortando los invisibles hilos que aún la ataban a ese sucio recuerdo.

CAPÍTULO 11



Violeta apoyó la frente sobre el frío cristal de la ventana. Exhaló aliento hasta formar un cerco de vaho y, con la punta del dedo, dibujó el número seis y, a continuación, el cuatro. Los rodeó uniéndolos con una línea.

«Un seis y un cuatro: la cara de tu retrato».

El pensamiento le produjo una nostálgica sonrisa. En su niñez, cuando el día era lluvioso, jugaba con su hermano a dibujar caricaturas para hacerse rabiar.

Se encontraba cansada y necesitaba un poco de distensión.

«Ya está bien de tonterías», pensó.

Tenía las ventanas del despacho abiertas para que entrara el fresco de la mañana. Aún eran las ocho y pronto tendrían que encender el aire acondicionado, porque durante el día el calor lo aplastaba todo, inmisericorde, haciendo que hasta a una mosca le costase volar.

Los primeros madrugadores empezaron a llegar a la oficina. Se volvió con pereza y contempló su mesa de trabajo repleta de periódicos y revistas abiertas. Llevaba escudriñando la prensa desde muy temprano y había descubierto que algunos de los periódicos de menor tirada hacían referencia a los supuestos abusos cometidos por un famoso psiquiatra sevillano. Tocaban la noticia de refilón y sin dar demasiados detalles. Además, La Rata escribía una columna dominical en uno de los de mayor tirada en Andalucía; a eso había que añadirle los artículos que escribía sobre la ciudad, o cualquier otra cosa que se le ocurriera al muy cretino.

«Encima, sentando cátedra», pensó con rabia.

Ella estaba dispuesta a intentar que eso cambiara. Había decidido que la gente sabría la verdad.

—Buenos días, Violeta. —Víctor, el contable, asomó la cabeza por la puerta—. Hoy has madrugado. ¿Te apetece un café? —le preguntó, el agotamiento reflejado en su cara—. Mi hijo no me ha dejado pegar ojo en toda la noche.

—Sí que me apetece un reconstituyente. —A Violeta le hizo gracia el comentario de su compañero—. ¡Pobre padre primerizo, qué pena me da! —se burló mientras le daba suavemente con el puño en el brazo.

Víctor sonreía. En su rostro surcado de ojeras se reflejaba el cansancio.

—Si quieres que te diga la verdad, últimamente es un alivio venir a trabajar. Aquí, incluso trabajando, descanso, mientras que en casa estamos todos sometidos a la tiranía de los horarios.

—Entonces vamos a cuidar un poco de ti. Te voy a preparar un buen café muy muy cargado, acompañado de unas buenas tostadas.

—¡Qué gran idea has tenido, jefa! Mientras tú te encargas, me voy a sentar aquí a tomarme un zumo de naranja y unos bollos —anunció, con muy poca vergüenza, aposentándose en el pequeño *office*.

—Por cierto, Víctor, ¿no me dijiste que algo le había ocurrido a una amiga o pariente de tu mujer en la consulta de Jerónimo Coronado?

—Sí. Era una amiga de mi mujer. ¿Por qué?

—Me gustaría ponerme en contacto con ella. Rosario Valenciaga y yo hemos pensado en reunirnos con todas sus potenciales víctimas para charlar entre nosotras. Creo que eso nos beneficiaría.

—Pues me parece una excelente idea. Cuando acabemos este desayuno tan copioso y succulento que me estás preparando —recalcó las palabras—, te averiguo el número para que habléis.

—Muchas gracias. Eres un buen amigo —le dijo, emocionada por su comprensión. Recordó con dolor que no estaba acostumbrada a recibirla.

Víctor y Rocío, su ayudante, se encontraban entre las personas que le habían mostrado su respaldo desde el inicio de aquel asunto, para cooperar en lo que les fuera posible. La conversación con él supuso el chute de energía que le hacía falta porque, al cabo de media hora, con renovadas ganas, volvió al trabajo y comenzó a elaborar una lista con los nombres de todas aquellas personas que se habían acercado a ella a través de amigos o parientes; bien para brindarle su apoyo en algún momento, bien porque, según le habían insinuado, les había ocurrido algo similar en esa consulta. Al día siguiente, regresaría temprano a la oficina para comenzar a llamar por teléfono. Sería una tarea lenta y trabajosa por la sensibilidad de la que debía hacer gala al abordar la cuestión con personas a las que no conocía ni de cuyas vidas sabía nada.

Cuando ya tenía unos diez nombres apuntados, con sus respectivos contactos, dejó el tema aparcado y se ocupó de elaborar una misiva tipo. Decidió escribir una carta a todos los directores de periódicos con tirada regional para que conocieran la clase de persona con la que estaban tratando.

Estimado Sr. XXX:

Mi nombre es Violeta Baena. Trabajo, junto a mis socias, como gerente de una empresa dedicada al cuidado de la piel. Soy madre de dos hijos y estoy casada.

Le pongo en antecedentes para que en todo momento pueda identificarme y contrastar la información que le voy a dar.

Quiero poner en su conocimiento que las acusaciones que se vienen vertiendo sobre el prestigioso psiquiatra sevillano Jerónimo Coronado, en las que se lo responsabiliza de cometer presuntos abusos durante el ejercicio de su profesión, son ciertas en la mayoría de los casos. Sé que goza de popularidad y prestigio dentro de nuestra sociedad, pero hablo en nombre propio porque conmigo los cometió, por lo que no me resultaría nada extraño que lo hubiera hecho con otras personas, ya que cuenta, para la desgracia de sus pacientes, con una dilatada carrera.

Este individuo intentó entablar una relación sexual conmigo después de que yo acudiera a su consulta como paciente. Se lo cuento porque tengo constancia de que escribe artículos y firma columnas en su periódico.

Por favor, le ruego que contraste estas palabras, aunque me consta que lo hará debido a su profesión de periodista, y que sabrá actuar en consecuencia.

Quedo a su disposición por si necesitara alguna explicación adicional.

Lo saluda atentamente:

Violeta Baena

Violeta la releyó y corrigió hasta que quedó a su entero gusto. Después, llamó a su secretaria.

—Por favor, Rocío, ¿serías tan amable de buscar los nombres de los directores de todos los periódicos y sus contactos? Me gustaría mandarles esta carta. Si te parece, personalízalas añadiendo lo que estimes oportuno y, luego, las repasamos juntas antes de mandarlas.

—Perfecto. ¿Para cuándo las quieres?

—Para cuando te permita todo el trabajo que tienes.

—Eso está hecho. ¡Ah, Violeta! —Rocío se detuvo en el umbral—. Quiero que sepas, como ya te dije, que puedes pedirme lo que desees, aunque sea en horario fuera del trabajo. No me importa. De verdad, me gustaría ayudarte en todo lo que esté a mi alcance. —Rocío salió y cerró suavemente la puerta tras ella.

El llanto se agolpó en la garganta de Violeta como si se le hubiera quedado atascado un trozo de pan. Los ojos se le humedecieron con rapidez, por lo que giró la silla hacia la ventana para que nadie lo notara si entraba en su despacho. Era la segunda vez que se emocionaba durante la jornada. La gente le ofrecía su apoyo y cariño cuando menos lo esperaba. Todo ello sin preguntar ni cuestionar nada. Los sentimientos la arrollaron sin avisar y un sollozo la desgarró. Debía estar contenta, pero no era así. Se daba cuenta de que la aprobación de a quien más amaba se la tenía que ganar siempre a pulso.

Lloró de pena, porque la persona más cercana a ella no la comprendía; pero, a la vez, lo hizo de felicidad por el apoyo incondicional que recibía, y que constituía un bálsamo para sus heridas.

Al terminar la jornada, en su casa, mientras paladeaba una copa de vino, elaboró un pequeño listado con una marca debajo de cada nombre para tener presente la información que poseía sobre cada persona en particular. Sus hijos hacía tiempo que estaban dormidos, y Daniel le había comentado que cenaría con un cliente.

Oyó que se abría la puerta de entrada.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó Daniel besándola en la coronilla.

—Bien —contestó afectuosa—. Y a ti, ¿cómo te ha ido la cena?

—Bien. He estado charlando y tomando una copa con un cliente que viene de Barcelona, y no quería dejarlo solo en el hotel. Mañana tendremos varias reuniones de trabajo.

—Estupendo. ¿Estabas solo o ha ido Carlos contigo? —indagó por simple curiosidad.

—Con Belén. Ya la conoces, la directora comercial.

En ese momento, Daniel se fijó en el cuaderno que reposaba sobre la mesa y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo? Pareces muy atareada. —Se acercó por detrás y comenzó a leer.

—No es nada. —Violeta no se decidía a romper a hablar e intentó cerrar las páginas—. ¿Te apetece acompañarme con otra copa de vino? —cambió de tema.

—No, gracias. Ya he bebido bastante por un día. Dime, cariño, ¿qué te traes entre manos? Vamos al salón, que estoy cansado.

Violeta lo siguió y se sentaron en el sofá muy cerca el uno del otro. Entrelazó sus dedos con los suyos y posó la cabeza en su hombro.

«Hoy está de buenas», se dijo. «Es ahora o nunca».

—Pues verás..., es una pequeña lista de las personas que, pienso, puedan estar en las mismas circunstancias que Rosario y yo.

Comenzó a narrarle su jornada, describiéndole las reacciones de sus compañeros de trabajo, que tanto la habían afectado; cómo se sentía de querida y arropada por ellos; sus ilusiones y sus dudas.

Daniel la escuchó en silencio, pero ella percibía que su reprobación se intensificaba. Lo conocía muy bien. Eso no la detuvo, por el contrario: le sirvió de acicate para seguir hablando con la tozudez que da el saberse tratada injustamente, sin acobardarse. Además, no verle la cara en ese momento le daba fuerzas.

Daniel fue retirando su mano despacio, sin prisas. Ella lo apretó con ansias, sin querer soltar

el único asidero que siempre había creído tener. Se levantó y contempló sus facciones, deformadas por la ira. Ella le sostuvo la mirada sin arredrarse, aunque por dentro temblaba.

—Estás loca —escupió elevando la voz—. En serio te lo digo: no sigas con esta estupidez y deja el tema. —Era claramente una amenaza—. Que te sirva de advertencia: si continúas por ahí, puede que acabes con nuestro matrimonio. Tú verás. —Se levantó, dispuesto a dar la conversación por zanjada.

Violeta le sujetó el brazo para que no se fuera. Quería pelear. No quería rendirse sin haberlo intentado.

—¿No me dijiste que te lo contara todo? ¿Que decidiríamos los pasos entre los dos? — Estaba furiosa.

—Tú misma lo has dicho: juntos. No sé qué parte de esa palabra no has entendido, porque no estás contando conmigo.

Violeta prendió su mirada suplicante en la de él.

—Dime, Daniel, ¿qué es lo que verdaderamente te molesta?, ¿que no te lo haya consultado primero o que no puedas impedir que siga adelante? Quítate ya la máscara, por favor. —Bajó la voz en tono de rendición. Sonó rasposa, como si le costara salir de la garganta.

—Las dos cosas. —Se desasió de su agarre con un movimiento brusco, manifiestamente agresivo.

—Nuestro matrimonio será lo que nosotros queramos que sea. Si de verdad me quisieras, me apoyarías en esto; tú mismo —lo retó. No quería ser menos.

Él abandonó la habitación sin pronunciar una palabra más, y ella lo escuchó mientras se preparaba para acostarse.

El vacío más abismal se apoderó de ella. No sentía nada: ni furia, ni pena... Nada. Eso la asustó.

CAPÍTULO 12



En la sala habría unas treinta personas, todas mujeres. Violeta y Rosario estaban impresionadas del éxito de la convocatoria. Ni en sus sueños más remotos hubieran imaginado que fueran tantas. Rosario le había pedido prestada a su marido alguna de las salas de reuniones de su propiedad, y allí habían citado a todo el mundo.

Las mujeres eran de todas las edades y condiciones. A Violeta le llamó la atención una señora de unos setenta años perfectamente arreglada, que jugueteaba nerviosa con el asa de su bolso; a su lado, una joven con vaqueros rotos, *piercings* en las orejas y el pelo rojo como una bombilla incandescente, se mordía las uñas con cara de preguntarse qué hacía allí. Más tarde Violeta se enteraría de que su nombre era Julia.

—Rosario, si te parece, empieza y dirige la reunión. Al fin y al cabo, a ti te conocemos todas —comentó Violeta, contagiada por la inquietud del ambiente.

Su compañera le hizo caso y se puso de pie frente a las demás.

—Buenas tardes a todas. —Carraspeó varias veces—. Mi nombre es Rosario Valenciaga. —Le temblaba la mano que agarraba el micrófono—. Antes de nada, quiero daros las gracias por haber acudido a esta cita. Me gustaría que siempre tuviéramos presente lo que nos une a todas, y es el haber pasado por una experiencia traumática a manos de la misma persona. La idea de esta reunión se nos ocurrió a Violeta y a mí conversando en nuestra primera cita después de que se acercara a mí en la calle. Antes de seguir, os la paso para que se presente.

Violeta se levantó del asiento. Le pareció que el micrófono pesaba mucho. No estaba acostumbrada a hablar en público.

—Hola a todas. —Su voz tembló, a pesar de ser apenas un susurro—. Mi nombre es Violeta Baena y soy una víctima más, como vosotras. —No le salía del cuerpo, pero tras ese dubitativo inicio pareció fortalecerse. Para ella no era plato de buen gusto—. Llevo muchos años encontrándome con La Rata, como yo lo llamo, en diversos lugares y diferentes situaciones. He tenido que soportar su presencia callando porque sabía que mi testimonio no sería bien acogido. El hecho de descubrir que hay más personas en mi situación me ha dado fuerzas para encarar la vida sin temor. Si hay alguien culpable, es él, y nadie más.

Conforme hablaba, se le humedecieron ojos. Luchó para ser valiente ante ellas y que la flaqueza de su voz se confundiera con una leve ronquera.

Una joven delgada (tanto que la ropa le colgaba de los hombros como si de una percha se tratara) y con aspecto frágil retorció un pañuelo entre las manos. Sin elevar la mirada en ningún momento, se levantó y tomó la palabra.

—Mi nombre es Susana. —Efímeramente, porque el momento duró menos de un segundo, alzó los ojos e hizo un barrido a su alrededor. Fue tan rápido que Violeta no distinguió ni el color de sus ojos. Pareció arrepentirse de inmediato, porque enseguida bajó la mirada y siguió hablando—: Acudí al médico porque mi marido me maltrató durante años. Era ingeniero, y tenía que trabajar mucho fuera de casa para supervisar obras por todo el territorio nacional. Siempre fue muy celoso, pero con los años creo que enloqueció. En una de sus peores palizas, tuve que ingresar en

el hospital y, al poco tiempo, sufrí un aborto. Yo vivía en un mundo de terror, y a pesar de la insistencia de mi familia para que lo denunciara, me negaba a hacerlo. Por aquel entonces, en mi mente, me parecía un padre atento, y yo misma me convencía de lo buena persona que era. Pensaba que el pobre tenía demasiados problemas que sobrellevar y eso lo hacía comportarse así. Como he dicho, después de una de sus palizas, mi familia decidió que debía recibir ayuda psicológica y acudí a la consulta de La Rata, como lo ha llamado Violeta. —Un leve murmullo recorrió la sala al escuchar el mote, pero también fue corto; todo el mundo aguardaba con expectación sus palabras—. Aproveché una de las ausencias de mi marido para concertar la primera cita. Ese día mi infierno personal empeoraría, lo que pasa es que yo todavía no lo sabía.

Violeta la escuchaba horrorizada. Quería pedirle que parara, que no siguiera, pero por respeto a ella debía mostrarse fuerte y atender. Hasta ahora, su experiencia le había parecido dura, pero se daba cuenta de que el horror podía ser mucho peor. La angustia le oprimía el pecho. Descubrió la valentía que encerraba ese pequeño cuerpo de aspecto quebradizo.

—Lo primero que hizo fue mandarme dos o tres tipos de pastillas que, según dijo, me ayudarían. A la siguiente cita, acudí bastante drogada. Ahora ya no me acuerdo, pero no pasó mucho tiempo hasta que se situó detrás de mí y, cogiéndome por los hombros, fue deslizándose las manos hacia mis pechos y me los manoseó. Las subía y bajaba continuamente, acariciándome también la espalda. Recuerdo que comencé a llorar. Os tengo que decir, para que podáis comprenderme, que mi autoestima era bajísima por aquella época. Prácticamente no existía. Bueno, sin el «prácticamente»: no existía. Él insistía en sus tocamientos, diciéndome que yo era bellísima, que me quería y que no podía vivir sin mis visitas; que las esperaba con impaciencia todas las semanas. En fin, que le creí. Llegó un momento en que mi marido se enteró y se lo tomó mejor de lo que yo pensaba. Considerarme una loca lo hacía sentir bien. Me acompañó a la consulta; yo creía que le pediría explicaciones. La Rata lo hizo pasar solo y le comentó que había que trabajar mucho para que me curara porque estaba trastornada; le dio a entender que la enferma era yo. A él le recetó ansiolíticos para que lo llevara mejor, según sus palabras. En contra de lo que podéis pensar, esa fue una época muy tranquila en mi matrimonio, ya que las palizas cesaron. Solo me daba alguna bofetada de vez en cuando, así que yo acudía contenta a su consulta. En cuanto llegaba, él cerraba con el pestillo y follábamos como locos, como a él le gustaba decir.

Para ese momento los hombros de Susana estaban totalmente encorvados hacia delante, y la melena, de un rubio pajizo, le tapaba el rostro. Se la veía avergonzada. No era consciente de la fortaleza que se necesitaba para confesar en voz alta sus acciones, como ella había hecho. Violeta la admiraba.

—Poco a poco, esa doble vida empezó a pasarme factura, porque yo seguía drogada. En realidad, creo que comencé a darme cuenta de que me utilizaba, pero tenía verdadero terror a que mi marido se enterara de lo hacíamos en aquella consulta. Quise dejarlo, pero él no me lo permitía, y yo nunca me veía capaz. Estaba atrapada. Recuerdo el último mes de nuestras citas, al límite de mis fuerzas.

»Cuando enfilaba la calle camino de su consulta, siempre a las cinco de la tarde, iba arrastrando los pies, al igual que el alma. Pensaba que todo lo que me ocurría era un justo castigo por engañar a mi marido. Al final, en verdad lo estaba haciendo con la persona en la que él más confiaba.

»Para no extenderme más, os diré que intenté suicidarme, pero gracias a que mi madre me descubrió, no lo logré. Una mañana me encerré en el baño mientras los niños estaban en el colegio y me corté las venas.

Susana reveló sus antebrazos, en los que se podían apreciar dos extensos tajos, uno en cada uno.

Violeta contempló las cicatrices físicas en estado de *shock*. Miró a Susana a los ojos y observó fascinada el color de sus iris. Eran los más turquesa que jamás había visto, enormes, y destilaban una infinita tristeza. Se le pusieron los vellos como escarpías.

El silencio se masticaba en la habitación. No hubo reacción. El dolor exudaba por las paredes como chorreones viscosos que se deslizaban desde el techo. Rosario fue la primera en reaccionar, mostrando todo su empaque. Se levantó y la abrazó; después, se sentó a su lado para reconfortarla.

—Sabes que todo eso pasó, ¿verdad? —oyó que le decía. Como había hecho con ella.

Una corriente de empatía inundó a las presentes, que se fueron levantando una por una para relatar sus experiencias en aquella consulta de los horrores.

La señora mayor que había llamado la atención de Violeta, y que se llamaba Mercedes, expuso que acaba de confesarles a su marido e hijos, pocos días antes de la reunión, los horrores que le habían ocurrido. No había tenido valor de hacerlo antes debido a la vergüenza.

«Si alguien supiera el precio que una persona tiene que pagar por reconocer hechos tan duros en público, la gente no dudaría jamás de la veracidad de las historias», pensó Violeta.

Aquella asamblea no estaba yendo por los derroteros que ella había imaginado.

Oyó contar cómo La Rata se había acostado con las pacientes formando tríos con la enfermera, que resultó ser una prostituta contratada. Cómo se había metido en la cama de hijas de sus propios amigos durante fiestas que estos celebraban en sus casas. En fin, una auténtica película de terror donde la realidad siempre superaba a la fantasía.

A las nueve de la noche, finalizó la reunión. A pesar de lo que se pudiera pensar, en el ambiente se respiraba optimismo o, mejor dicho: esperanza. Después de la sesión tan angustiada donde toda la que quiso se abrió en canal, los rostros reflejaban alivio.

Todas intercambiaron teléfonos y decidieron crear un grupo de WhatsApp con el nombre de *Víctimas de La Rata*. Violeta y Rosario confeccionaron una lista con los correos electrónicos de cada una para estar en contacto. Se despidieron amigablemente. Habían quedado en estudiar la posibilidad de interponer una demanda colectiva contra el psiquiatra.

Encomendaron a Rosario y a Violeta la misión de buscar un abogado y, cuando lo encontraran, organizar otra reunión informativa.

Violeta llegó exhausta a su casa. Ojeó el reloj y constató que eran las diez y media de la noche. Se sirvió un *gin-tonic* en la cocina y se dedicó simplemente a beber y a observar el vacío. Sabía que apestaba a sudor, pero ese olor también estaba impregnado de miedo, desesperación y de dolor, mucho dolor. Grandes lagrimones comenzaron a rodarle por el rostro hasta convertirse en sollozos de pena, porque, ahora sí, había tomado consciencia de que, si seguía adelante con la denuncia conjunta, tarde o temprano lo pagaría con su matrimonio.

En realidad, ya sabía lo que iba a hacer.

CAPÍTULO 13



Lucía una magnífica mañana veraniega, y eso fue lo que hizo que Violeta se decidiese a ir pedaleando hasta el polideportivo, donde su hijo Marcos iba a jugar un partido de fútbol. Vestía unos vaqueros azules con camiseta blanca y unas cómodas deportivas. Buscó su pequeña mochila y la llenó con botellines de agua y algunas piezas de fruta. Antes de salir de casa, se paró a contemplarse en el espejo y se alborotó ligeramente el cabello. Un poco de carmín en los labios y rímel en las pestañas completaban su aspecto.

Aunque era sábado por la mañana, Daniel ya le había anunciado que acudiría a la oficina porque tenía previsto ponerse al día con el papeleo que lo saturaba. Ella aprovecharía para pasar la jornada en familia. La preocupación la atenazaba, ya que no había podido descansar cavilando cuál sería la mejor manera de abordar a sus hijos para informarlos de la situación en la que se encontraba. Era muy importante que la comprendieran.

Llegó al pabellón jadeando y con la respiración acelerada debido a la falta de costumbre. Después de buscar el aparcamiento para bicicletas y candelarla, se detuvo bajo las gradas, abarrotadas de familiares y amigos, para buscar a su hijo entre los chavales que ya estaban en el campo calentando y dándose pases. Cuando lo localizó, vestido con una camiseta amarilla y los calzones blancos, se quedó un rato mirándolo, embobada. Alto y atlético, sus ágiles movimientos rezumaban juventud.

—¡Violeta, Violetaaa! —oyó que la llamaban—. ¡Aquí... estamos aquí!

Se giró y enseguida distinguió a Pura y a Elena haciendo aspavientos para atraer su atención. Las locas de sus amigas. Una sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Sois un caso —les dijo al acercarse—. Podríais haber gritado un poco más fuerte, ha sido muy difícil localizaros —comentó, cargada de ironía, mientras las besaba.

—Deja de quejarte, ¡refunfuñona! Siéntate, que te hemos guardado un sitio. —Elena retiró las sudaderas y bolsos que habían puesto en el asiento para que nadie lo ocupara hasta su llegada.

—Y tú, ¿cómo es que estás aquí? No tenía ni idea de que tu mejor plan para hoy fuera animar a los niños. —Le extrañaba que su socia, que no tenía hijos, se hubiera animado a asistir.

—Eso de niños... Podrías comenzar a llamarlos de otra manera; ya están crecidity —recalcó Elena con sorna.

—Para mí seguirán siendo siempre mis niños. Mientras no lo diga en su presencia, no pasa nada.

—Contestando a tu pregunta: Pura se viene con Maxi a comer en nuestra casa. Curro se ha quedado allí preparando la barbacoa. Pasaremos el día en la piscina. ¿Por qué no te animas y os venís vosotros también?

—Lo siento. Me encantaría, pero Daniel está trabajando y viene a comer a casa. Quiero aprovechar para pasar el día juntos. Creo que nos vendrá bien a toda la familia.

Justo en ese momento, saltaron al campo los jugadores entre aplausos y pitidos, según los animadores fueran de uno u otro equipo.

—¡Mirad, allí están los nuestros! —señaló Pura con alegría—. Han puesto a Maxi de

delantero y a Marcos en el lateral.

Después del sorteo entre los capitanes para elegir campo o balón, el partido comenzó con un sonoro pitido del árbitro.

El primer tiempo pasó volando entre vítores y aplausos a su equipo, que jugaba en casa y que se apuntó un tanto *in extremis* después de un espléndido avance que realizó el central desde medio campo.

En el descanso, Violeta distinguió a su hijo Nacho en las gradas de enfrente, acompañado de la pandilla de su colegio. Se los veía a todos muy animados, cosa que la alegró. Notó que le dedicaba especial atención a Estrella, una chica de su clase con el cutis muy claro y un indomable cabello pelirrojo.

El partido continuó, y los jugadores tuvieron que echar el resto ante el empuje del rival, que presionaba con ahínco para compensar el marcador. Casi lo lograron dos o tres veces, pero al final el buen juego se impuso y remató el resultado. Cuando pitaron el final del partido, el público de casa se volcó con sus jugadores con un estruendoso aplauso que retumbó en el polideportivo. Los chicos, emocionados, no abandonaron el campo sin antes contentar a los que los habían animado con tanto ímpetu.

Mientras esperaba a que Marcos se duchara y saliera de los vestuarios, Violeta se entretuvo charlando con otros padres y profesores a los que se iba encontrando. Cerca ya del mediodía, se despidió de sus amigas y se adentró en el parque con sus hijos. Ella iba sujetando su bici, porque prefería charlar por el camino.

La preocupación que albergaba se había suavizado durante el tiempo que había pasado viendo el partido.

—Mamá, ¿qué crees que ha hecho el anormal este? —le preguntó Nacho indignado.

—Si no me lo dices, es difícil que lo averigüe.

—Eso, enano, cuéntale lo que te he dicho —lo instó Marcos con tono insolente.

—Me ha preguntado, delante de todos mis amigos, cuál de las niñas era mi novia. Lo ha hecho justo cuando pasaba por delante rumbo a los vestuarios.

—No creas que no me he fijado en que has estado tonteando todo el partido. ¡Ligón, que eres un ligón! —siguió chinchándolo Marcos.

—¿Te puedes meter en tus asuntos? La próxima vez, te llamo Dumbo delante de tu pandilla, ¡a ver la gracia que te hace! Con esas orejas que tienes, no me extraña que las niñas no te hagan ni caso.

—Como te atrevas, te vas a enterar —lo amenazó su hermano.

—¡Bueno, ya está bien! —Violeta intentó que le hicieran caso—. Vamos a sentarnos un rato aquí. Me gustaría hablar con vosotros. —La inquietud le devoraba otra vez las entrañas. Murmuró una plegaria interior para coger fuerzas.

Se detuvo cerca de un banco del parque que estaban bordeando y apoyó en él la bicicleta.

—¿Qué quieres contarnos, mamá? —La intuición de Marcos lo puso sobre aviso.

—¿Crees que tardaremos mucho? Tengo hambre. —Nacho se dejó caer en el banco, resignado.

—Por favor, dejad de discutir. Quisiera que me escucharais, aunque si no estáis receptivos mejor lo dejamos para otra ocasión, porque para mí esta conversación es muy importante.

—No seas impertinente, Nacho. ¿No te das cuenta de que tiene algo gordo que decirnos? —lo recriminó Marcos.

—Déjame en paz y no me hables, que estoy cabreado contigo. —Nacho agarró la botella que le tendía su madre para darle un largo trago.

—He traído agua y fruta para que matéis el hambre mientras nos tomamos un descanso. — Violeta repartió las provisiones mientras hablaba. Los nervios ya habían hecho mella en su sosiego—. Me gustaría contaros algo que me sucedió cuando murió vuestra hermana Yolanda. — Violeta mordió una manzana en un intento de que no se le cerrara la garganta. La emoción la embargaba cada vez que hablaba de su bebé—. Os he contado antes lo linda que era y cuánto la queríamos. Después de su muerte, caí en una depresión muy profunda. Era tanta mi pena que papá y los abuelos no sabían qué hacer para ayudarme, y por eso acudí a visitar a un psiquiatra. Ese señor se llama Jerónimo Coronado.

—Mamá, no entiendo por qué nos cuentas esto ahora —la interrumpió Nacho.

—Ten paciencia, no me extenderé mucho. —Sintió una punzada que le llegó hasta el corazón—. Después de varias visitas y de que me medicara en exceso, un buen día se abalanzó sobre mí y trató de meterme mano.

»Ese hombre es un experto en el manejo de los fármacos. Él, mejor que nadie, sabe cómo administrarlos para arrebatarse la voluntad de las personas. Dentro de los medicamentos tranquilizantes, de los que solía atiborrar a sus pacientes, los hay de dos tipos: ansiolíticos y antidepresivos. Los primeros te ayudan a activarte y levantan el ánimo; los segundos te aplanan y aturden. Los efectos secundarios de ambos son peligrosos.

—¿Qué tío tan asqueroso! —exclamó, indignado, Marcos.

—¿Y papá lo sabe? —preguntó Nacho, pálido.

—Calma, muchachos. Os lo cuento porque, después de mucho tiempo, he descubierto que ese hombre hizo lo mismo, o cosas peores, a otras personas. Me he reunido con ellas y hemos decidido ponerle una denuncia.

—Hacéis muy bien, mamá. Ojalá pague por sus actos. —Marcos era el más maduro de los dos.

—¿Y qué piensa papá de todo esto? ¿Lo sabe? —le volvió a preguntar Nacho.

—Por supuesto que sí —le contestó, acariciando su mano—. Os lo cuento porque quiero preveniros, ya que puede formarse un poco de revuelo; incluso que salga en la prensa. Temo que esto os afecte, porque la gente habla mucho y no siempre lo comprende. Me gustaría que fuerais fuertes y que nos mantuviésemos unidos.

—Mamá, deja de disimular —insistió Nacho—. Esto es por lo que papá y tú casi no os habláis, ¿verdad?

—Sí, es por eso. A tu padre no le hace mucha gracia el rumbo que están tomando los acontecimientos. —No los quiso engañar. No se lo merecían.

—No te preocupes, mamá. Seguro que todo sale bien. Yo creo que debes continuar —la espoleó Marcos antes de darle un beso.

—Siento mucho que hayas sufrido tanto, mamá. —Nacho la abrazó—. Déjame a mí a papá, que voy a hablar con él. —La emocionó su tono protector. No lo pudo remediar y las lágrimas la desbordaron.

Se había quitado un gran peso de encima. Para ella, sus hijos eran fundamentales. Le acababan de demostrar la grandeza de su alma.

—Nacho, si necesitas o quieres hablar con tu padre, me parece fenomenal, pero las dificultades tenemos que arreglarlas entre los dos. Son problemas que nadie más puede solucionar. De todas formas, te agradezco mucho tu ofrecimiento, pero no quiero que te inquietes.

—Violeta le acarició la pálida mejilla—. No sabéis lo que significa para mí que me comprendáis y apoyéis en esto. He vivido amedrentada sin querer contaros todos estos años, y ha supuesto una tremenda liberación el poder hacerlo. Sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Los tres se fundieron en un gran abrazo.

CAPÍTULO 14



El María Trifulca estaba lleno a reventar. Era el restaurante de moda en la capital andaluza, por lo que había que reservar con bastante antelación. Que estuviera ubicado en el Altozano, justo al límite entre el puente y el barrio de Triana, no había supuesto ningún problema para acceder a él: algunos irían andando y otros, en taxi.

La familia de Daniel tenía la costumbre de reunirse el día de Todos los Santos. Esa tradición había comenzado cuando falleció un tío abuelo al que nunca trataron mucho, ya que siempre había sido un tanto taciturno. Después de la misa de funeral, se juntaron todos los hermanos a comer y, desde entonces, se había convertido en una costumbre para la familia Ibáñez.

El *maître* los condujo amablemente hasta donde ya esperaban Pilar, hermana de Daniel, e Isidro, su marido. Nunca habían sido sus cuñados preferidos, pero, por fortuna, guardaba una relación cortés con todos ellos y jamás habían tenido problemas. Otra cosa era que Violeta se sintiera a gusto en su compañía.

Pilar era una persona afable, aunque carente de conversación. La pobre no tenía demasiadas luces. Violeta se esforzaba en encontrar temas de los que hablar con ella, y eso resultaba agotador. La cara de Isidro, por su parte, esbozaba siempre un rictus de desagrado, como si oliera permanentemente a mierda. A Violeta le indignaba que no tuviera la cortesía de disimular su disgusto, como hacían los demás. Ella misma acudía a esa reunión sin ningunas ganas, ya que la mayoría de los miembros de la mesa no aportaban nada a su vida, pero era la familia política y había que cumplir.

Estaban sentados en una mesa de la terraza de arriba, justo al lado del gran reloj de la Torre, que se recortaba contra el ocaso, el cual llenaba el cielo de tiras anaranjadas y tonos malva. Aunque hacía fresco, la temperatura era agradable y el clima permitía estar al aire libre.

«Espero que no le dé por cantar las horas, porque nos atronará», pensó con sorna.

El camarero se acercó para tomar nota de las bebidas.

—Tráiganos una botella de Muga, por favor —pidió Daniel sin consultar con nadie.

El rictus de Isidro se acentuó.

—Para mí, una cerveza, gracias —apostilló Pilar.

Todos hicieron sus pedidos, junto con unas aceitunas para tomar de aperitivo.

Había transcurrido un rato de charla cuando sus cuñados José y Ángeles hicieron su aparición.

—Lo siento mucho. Como siempre, somos los últimos. Hemos pillado un terrible atasco. — No les hicieron excesivo caso; ya estaban acostumbrados a sus retrasos. Lo que los hubiera extrañado es que hubiesen sido puntuales.

José era el más joven de los hermanos Ibáñez. Su carácter extravertido y jovial lo convertía en el pariente político con el que mejor se llevaba Violeta. Su mujer, Ángeles, también era su preferida con diferencia. Entre ellas siempre había fluido una corriente de entendimiento, incluso más profunda que la que tenía con su propia familia.

Su madre vivía sumida en su mundo particular, el cual era muy pequeño: tan solo abarcaba su

círculo más inmediato. No la recordaba de otra manera. David, el único hermano que tenía, y ella siempre habían hecho vidas separadas, sin que apenas existiera contacto entre ellos, a excepción de alguna conversación aislada sobre su progenitora y las escuetas felicitaciones en fechas señaladas. No es que estuvieran enemistados, simplemente sus caracteres eran diferentes.

Se reanudaron los saludos y al fin pudieron tomar asiento. Acordaron compartir unos cuantos platos en el centro y así probar distintas especialidades de la carta.

—Si os parece bien, voy a encargar una parrillada de verduras —decidió Ángeles.

—Yo quiero un revuelto de bacalao con patatas. —Isidro buscó lo más barato del menú.

—Me apetece un buen chuletón troceado. —A José siempre le había gustado la carne.

—Yo voy a reservarme para los postres, que son mi perdición —comentó Violeta—. Si estáis de acuerdo, claro. —Todos asintieron, puesto que su fama de golosa la precedía.

—Hay que dejar las ensaladas y parrilladas para casa. Voy a tomar un buen plato de berza — eligió, triunfante, Daniel.

—¡Qué barbaridad! —corearon los otros—. ¡Vamos a explotar! —Los comentarios siguieron, pero él se mantuvo firme.

El tiempo que tardaron en servirlos fue el que necesitó Pilar para lanzar un dardo envenenado.

—Por cierto, ¿habéis oído algo sobre esas mujeres que van por ahí diciendo que abusaron de ellas? —Por su forma de hablar, rodeada de una aureola de inocencia, Violeta supo que estaba enterada de su implicación en el caso.

Daniel se envaró y se produjo un silencio incómodo. Ella calló; deseaba tener la fiesta en paz.

—No creo que sea un tema agradable para una cena en familia —aseveró, cortante, Daniel.

«Últimamente está de lo más simpático».

—Perdona, no creí que fuera tan conflictivo. —Pilar puso cara inocente. Todos cambiaron de tema.

A la hora de los postres, después de que hubiera estudiado la carta como si de una oposición se tratara y de haber interrogado durante un rato al paciente camarero, Violeta se decidió por un *coulant* de chocolate, una tarta de la abuela y una copa de helado con varios sabores.

—¿Nos puede traer una botella de champán, por favor? —añadió con amabilidad. A Isidro le cambió la cara.

—Os recuerdo que no todos podemos permitirnos vuestros lujos —explotó—. Os aviso con educación: no pienso participar en estos gastos.

—No eres justo, Isidro. No te hemos pedido en ningún momento que lo pagues. Es más, estamos encantados de invitarte. —Daniel la apoyó y el ambiente se espesó.

—De eso se trata. Quiero pagar mi parte, como todo el mundo. No me agrada que me tengáis que invitar como a un muerto de hambre.

—Deberías participar bebiendo vino y champán si te apetece; tampoco es justo que nos veamos obligados a pedir solamente lo que se engloba dentro de tu franja de precios. Ya que nos vemos poco, ¿tanto te supone que te invitemos a unas copas? En todo lo demás, participas como uno más. —José intentó razonar con él, pero, a pesar de las explicaciones, la tensión sobrevoló la reunión.

—Vamos a dejarlo, por favor. En realidad, tampoco me apetece tanto beber champán. Isidro tiene razón: voy a pedir un licor de manzana —medió Violeta. Todos sabían que su cuñado era un tacaño redomado.

—Bueno, ¿qué nos cuentas del lío que os traéis con Jerónimo Coronado? Te iba a llamar,

pero quería que nos lo contaras de primera mano. —Ángeles le preguntó con toda la naturalidad del mundo para despejar el ambiente—. Quiero hablar de este tema —se dirigió directamente a sus cuñados—. Somos vuestra familia y es necesario que sepamos lo que ocurre para apoyaros.

Daniel asintió, derrotado.

Violeta vio el cielo abierto. Esa era la oportunidad que había estado esperando para hacerlos partícipes de todo lo que bullía en su interior.

Les relató todo desde el principio: cómo había leído el manifiesto de Rosario y sus reuniones con ella y con las otras víctimas; la conversación con sus hijos y, sobre todo, el dolor que acarreaba en su corazón.

Todos la escucharon mientras, de fondo, unos tunos cantaban *Clavelito* en la calle.

—No quiero deprimiros —señaló Violeta—, pero creo que no siempre estamos para reír. También estamos para contarnos las penas, cuando las hay.

—Siento mucho que lo estés pasando mal. Ese tío es una auténtica alimaña. No dudes en llamarme cuando necesites algo. —Ángeles se estiró para agarrarle la mano y apretársela con cariño. Sus grandes ojos la observaban humedecidos. Su pelo marrón, a juego con sus iris, y las pecas que salpicaban su rostro la hacían parecer una pequeña hada reluciendo entre las penumbras del local.

—Sé que lo sientes. —La alegría se expandió por el interior de Violeta y sus palabras arroparon su dañado corazón. Le devolvió el apretón con suavidad.

—A mí me vas a perdonar, pero, a pesar de que te creo, pienso que no deberías fiarte de ese hatajo de desequilibradas. No tienes la seguridad de que alguna, o la mayoría de ellas, no estén contando mentiras, o que quizá algo de lo que aseguran esté sacado de contexto porque haya formado parte de la terapia. Debes hacer caso a Daniel y no exponerte demasiado; de lo contrario, me temo que todo este asunto va a suponer un coste personal muy alto para ti. —Isidro escupió sus palabras con desdén, como si su moralidad fuera más alta que la de aquellos sobre quienes hablaban, entre los que se encontraba ella. De él no se esperaba otra actitud, aunque la dañó constatarlo.

—No me voy a enfadar contigo por tus opiniones —no quiso decirle que no la había defraudado, pues jamás esperaba nada generoso de su parte—, pero demuestras muy poca sensibilidad. No me extraña que tú lo pienses, porque, sin duda, mucha otra gente también lo hará. Sin embargo, si te fiaras de mi relato, no te mostrarías tan en contra. —Violeta no se atrevía a posar su mirada en Daniel, sentado a su lado. Notaba cómo la onda de reprobación se extendía sin parar de golpearla.

—¿Somos cerrados de mente los que estamos en desacuerdo contigo? ¿Es eso lo que quieres decir? —explotó Daniel sin apenas reprimir su genio.

—No cojas el rábano por las hojas. Les he contado esto porque creo que van a oír muchos comentarios en las próximas semanas y quería que escucharan la verdad. Para eso somos familia, digo yo —contestó con voz trémula, pero sin ceder terreno de nuevo. Le partía el corazón.

Violeta observó el rostro ofuscado de sus cuñados. Pilar compartía con su marido el deseo de que todo fuera aparentemente perfecto a su alrededor. A ella le gustaba ser la señora de su casa, y sus relaciones le aportaban confort y seguridad. Su imagen era el reflejo de su alma: la melena larga y siempre cuidada de peluquería, el sempiterno maquillaje y sus retoques faciales, los cuales negaba, al igual que hacía con su edad. Su retrato era el de una persona insegura que no consentiría que sus cimientos temblasen bajo ningún concepto.

—Pues yo sí la creo. Nunca os lo hemos comentado, porque no nos gusta hablar del tema, pero hace tiempo tuvimos que llevar a nuestra hija Vanesa a ese médico. Pasaba una mala racha, y

sin entrar en detalles, os diré que tuvo que interrumpir la terapia porque le ocurrió un episodio parecido. —Todos miraron a Ángeles y a José con cara de asombro, sin saber qué decir. No obstante, a Violeta no la sorprendió esa nueva revelación: debido a la larga trayectoria de La Rata en consulta, las víctimas serían numerosas.

—No sabéis cuánto lo siento. ¿Creéis que a ella le interesaría unirse a nuestro grupo para compartir su experiencia?

—Violeta, te ruego que esto no salga de aquí. Os ofrecemos nuestro apoyo porque ese tío es un depravado, pero nos gustaría mantener a Vanesa al margen de esta sórdida historia, y a mi familia también, si puede ser. —José se mostró firme.

—Entonces, ¿a qué viene la confesión? —preguntó Daniel, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—Viene para que sepas que lo que se dice es cierto, y que puede haber más mujeres de las que crees que han sufrido los abusos de ese desalmado. Gente que, como yo, prefiere permanecer en el anonimato porque es duro someterte el escarnio público —le contestó su hermano.

—Cada uno obtiene lo que se merece. No entiendo cómo esas personas no dejaron de acudir a la consulta si dicen que es tan depravado; que se sepa, nadie las obligó a mantener relaciones con él. Me parece que las pastillas no te quitan el juicio. —Daniel mostró un corazón de piedra.

Violeta se contrajo como si la hubieran golpeado. Algo se apagó en su interior como una luz que desaparece, a la vez que lo hacía toda esperanza que pudiera albergar. Intentó controlarse y no evidenciar el daño que le había ocasionado su marido.

—Violeta —Ángeles le agarró la mano—, todos te apoyamos. Cada uno se expresa de una manera diferente, pero en lo que coincidimos es en querer ayudarte. Cuenta con nosotros y, por supuesto, gracias por advertirnos. Aquí tienes a tus más fieles adalides.

Violeta supo que no hablaba por todos los demás, pero no lo expresó en voz alta.

—En eso estamos de acuerdo. Te queremos y lamentamos la mala racha que estáis atravesando. Ojalá podáis solucionar vuestros problemas. —Con esas palabras, José intentó quitar hierro a las palabras de su hermano, pero se hizo más patente el silencio y la censura de los que callaban.

A pesar de que mostraron cierta empatía, lo que más le preocupaba a Violeta era su relación matrimonial, y esa estaba herida de muerte.

No le quedaban fuerzas para pensar. Sentía como si una apisonadora la hubiera arrastrado por el suelo. Las huellas invisibles del dolor seguían abiertas y lacerantes, supurando sin posibilidad de curación.

CAPÍTULO 15



Rosario y Violeta acababan de llegar al bufete de abogados Durango & Requena, donde habían concertado una entrevista con el prestigioso letrado Mario Durango, especialista en penal. Diversas fuentes les habían aconsejado que acudieran a él: tenía fama de no perder ningún juicio y de ser un pendenciero. Se decía que no eludía ninguna discusión, y todos alababan su gran capacidad para trabajar bajo presión. Cuando aceptaba un cliente, no paraba hasta que triunfaba. Sabían que ya había ganado con anterioridad un caso de malos tratos, y eso era lo que demandaban: un buen abogado que peleara por ellas.

—Buenos días, señoras. Tomen asiento, por favor. —El tono de Mario era correcto pero brusco. Dejó claro que no pretendía agradar, ni siquiera ser simpático—. Me pregunto qué es lo que puede hacer este humilde servidor para ayudarlas —dijo, deteniendo su mirada en cada una de ellas.

Les había ofrecido asiento alrededor de una mesa de reuniones situada a un lado de la estancia.

A Violeta le molestó el comentario, pero en ese momento no supo con exactitud la causa de su desagrado. Su tono le había parecido de mofa, aunque sabía que no debía sacar conclusiones precipitadas.

Rosario tomó la palabra, exponiendo el tema mientras él escuchaba en silencio y con semblante adusto, tomando notas de vez en cuando. Violeta se fijó en el bolígrafo que hacía girar entre sus cuidados dedos, un indicio de su concentración.

Lo que más destacaba de su rostro eran sus ojos castaños cargados de cinismo. Las cejas generosas le otorgaban personalidad, y el cabello, abundante y alborotado, le llegaba al mentón, dándole un aspecto asalvajado. Debido a la anchura de su espalda, el traje de buena costura le sentaba de maravilla. La seriedad de su rostro llevaba a pensar que no se prodigaba mucho en sonrisas.

—¿Me están diciendo que un grupo tan nutrido de personas ha estado acudiendo a su consulta durante años y ninguna lo denunció previamente? —la interrumpió hosco. Sus palabras destilaban sarcasmo.

Una tormenta comenzó a arremolinarse en el interior de Violeta. Su frialdad arrancó un fragmento del dolor que llevaba acumulado por dentro.

«¿Qué se habrá creído este hombre?». Lo único que les faltaba era que la persona que iba a defenderlas pusiera en duda su credibilidad.

—Si las preguntas van a ser todas de ese calibre, a buen sitio hemos venido a parar —exclamó despectivamente en un arranque de mal genio.

El cuerpo de Mario se envaró y el bolígrafo dejó de dar vueltas. La mirada que le lanzó la calcinó. Estaba furioso.

—¿Cómo ha dicho? Creo que no he oído bien. —Le clavó la mirada, retándola a duelo. Había recogido el guante.

—Se ha enterado perfectamente, y no vamos a responder a ese tipo de preguntas. —No dudó

en meter a Rosario en el saco—. ¿No está al tanto de las señales características en una mujer maltratada?

Algo maligno se había apoderado de ella. Quería castigar a Mario por todas las injusticias vividas y por no haber podido luchar contra ellas.

—Los signos más evidentes son la baja autoestima, el miedo, estar a la defensiva, la vergüenza, la sumisión... ¿Le extraña que alguien que sufra todo eso sea capaz de razonar como lo haría cualquiera? Hay que ser muy valiente para enfrentarse a ello y denunciarlo. —Violeta no podía parar. Estaba harta de tanta desconfianza—. Nos habían dicho que usted ya llevó un caso de este tipo, e incluso que lo ganó. De hecho, esa es una de las razones por las que estamos aquí.

—Señora, haré las preguntas que crea oportunas, con independencia de lo que a usted le parezcan —afirmó. Aunque estaba tenso, se le notaban las tablas en su oficio y no bajó al barro. Ejercía un control absoluto sobre sus emociones. Solo el palpitar de una vena en el cuello lo delataba—. Por si no lo ha notado, dispongo de poco tiempo, y no tengo por costumbre perderlo con quienes cuestionan mis procedimientos. —Sus palabras cortaban como un cuchillo con la hoja de hielo.

—Por supuesto que tiene que preguntarnos. Estamos aquí para responder a lo que usted estime oportuno. —Rosario intentó mediar en el enfrentamiento—. Discúlpenos, este tema nos afecta mucho. Supongo que ninguna de nosotras estamos pasando por un buen momento. —Le lanzó una mirada de advertencia a su amiga.

—La pregunta que tanto ha ofendido a su acompañante —a partir de ese instante, Mario ignoró ostensiblemente a Violeta—, la formulé pensando en una probable prescripción de los hechos. Lo primero que habrá que demostrar es que el caso sigue vivo. Se enfrentarán a situaciones muy duras, y yo siempre voy a intentar ejercer de abogado del diablo para poder defenderlas en condiciones.

Violeta no se encontraba bien consigo misma. No comprendía el arrebato desproporcionado que había protagonizado, así que permaneció en silencio mientras Rosario siguió llevando el peso de la conversación. Él era una persona instruida, se daba cuenta de ello, y transmitía seguridad; pero tenía algo que la irritaba sobremanera.

—Deseo que me manden los testimonios por escrito de todas las posibles demandantes. Eso evitará futuros malentendidos entre nosotros; además, me ayudará a estudiar el asunto.

—No creo que haya problema alguno —contestó Rosario—. Dígame la fecha y se los haremos llegar.

—Gracias. ¿En el grupo al que se han referido hay alguna menor? —Volvió a incluirla en la conversación, como si se hubiera dado cuenta de que ella ya estaba de vuelta con ellos. A ese hombre no se le escapaba ni una.

—No la hay. Por lo que cuentan algunas mujeres, todo pudo comenzar siendo ellas menores, pero actualmente ya no lo son. De todas formas, eso tendría que valorarlo usted mismo cuando le cuenten sus historias.

—Es muy importante asegurarnos de que los casos no hayan prescrito. Tengo que estudiar bien la forma de que no nos lo tumben por ese motivo. Por ahora, creo que es al mayor problema al que nos enfrentaremos.

Violeta se dio cuenta de que, inconscientemente, Mario había comenzado a hablar en plural, como si fuera uno más del grupo. Eso era buena señal.

—Querría trasladarle una preocupación generalizada entre nosotras: los honorarios. ¿Puede elaborarnos un presupuesto para poder discutirlo entre todas? Ya sabemos que estos procesos son caros. —Violeta volvió a la conversación con cara seria.

Comenzó a considerar que había cometido un error, aunque el reconocimiento se le atoraba.

—Por supuesto. Se lo haré llegar cuando lo examine todo, antes de la siguiente reunión. Si al final logramos trabajar juntos, por mi parte intentaría ajustarme todo lo que pueda. Les desglosaré lo que son gastos judiciales puros, de procurador, periciales, y los de la abogacía, para que puedan contrastarlos a su gusto. No deseo darles falsas esperanzas —continuó—. Este caso es complicado, y debo pensar bien si llevarlo, porque no me gustaría que se hicieran ilusiones. Sin embargo, les daré pronto una contestación.

—Sí, por favor. Nosotras tampoco nos demoraremos demasiado. También tendremos que sopesar si lo contratamos o no —contestó con mala baba. No sabía qué tenía ese hombre que sacaba lo peor de ella. Estaba perpleja.

Mario se la quedó mirando y la boca se le curvó hacia un lado, dibujando una mueca de lo que parecía diversión.

—Hasta el próximo día. Muchas gracias por todo —se despidió Violeta con rabia.

—Encantado de conocerla. Espero que volvamos vernos pronto.

Ella se dio la vuelta mientras escuchaba a Rosario a su espalda.

El sol las deslumbró cuando salieron a la calle; picaba en cualquier época del año, con mayor o menor intensidad. Rosario se volvió hacia ella.

—¿Me puedes explicar qué te ha ocurrido allá dentro? Me has dejado de piedra. Parecías la reencarnación de Agustina de Aragón.

—Ni yo misma lo sé. —Violeta no intentó disimular—. Ese hombre me provoca sentimientos encontrados. ¿He estado fatal?

—Bueno, tanto como fatal... Tan solo regular, no te preocupes. No creo que le venga mal un vapuleo, porque está muy subidito, aunque tenga motivos para ello. La verdad es que me he divertido mucho siendo testigo de vuestro rifirrafe —se carcajeó—. Yo he hecho de poli bueno y tú, del malo.

Las dos se rieron un rato para liberar tensiones.

—Hablando en serio: me ha gustado. —Rosario tenía lágrimas en los ojos.

—Yo también creo que estaremos en buenas manos.

CAPÍTULO 16



Clic.

El chasquido del cerrojo me llenó de terror.

Se me aflojaron los esfínteres y noté el líquido caliente correr entre mis piernas sin que yo pudiera hacer nada por detenerlo. Eso me llenó de humillación.

El corazón me latía desbocado. Pensé que me iba a dar un ataque de ansiedad e intenté pausar mi respiración. La cabeza me zumbaba y me daba vueltas.

Oí sus pasos acercándose sobre la mullida alfombra, como un susurro, pero no me volví. Esta vez quería ser fuerte y hacerle frente; guardaría la compostura aunque me fuera la vida en ello.

—Buenos días, Manuela. ¿Cómo has pasado la semana? Tenía ganas de volver a verte.

Su mirada, tan fría como una noche de invierno, se posó sobre mí y me provocó un escalofrío.

—Más o menos bien. —Las palabras se atascaron en mi garganta y la voz salió en susurros.

—¿Cómo es eso? No habrás dejado las pastillas que te mandé, ¿verdad?

Lágrimas silenciosas comenzaron a deslizarse por mis mejillas sin que yo pudiera contenerlas. Me odiaba a mí misma por ser tan débil, por no ser capaz de enfrentarlo.

—No, no he dejado de tomarlas, pero a veces creo que no me hacen bien. De hecho, me aturden. Siempre estoy cansada, y una nebulosa invade mi mente. Me siento como una zombi.

—¿Qué te ocurre, preciosa? No llores. Eso es que estás falta de cariño y anhelas que te quieran. Necesitas que te follen más a menudo. —Sus palabras rechinaron en mis oídos.

Se acercó a mí y me acarició la cara, besándome posesivamente mientras me guiaba hacia el diván.

—Chiss... Ya verás cómo te sientes mejor. Me has echado de menos, eso es lo que te pasa —murmuraba mientras me tumbaba.

Me sentí morir. No tenía fuerzas para evitarlo.

—No, por favor... Mi marido está fuera, esperándome —logré balbucear mientras me besaba en el cuello. Sentía sus manos calientes en mis pechos, tocándome los pezones.

—No te preocupes, ya hablaré yo con tu marido cuando acabe la consulta.

La congoja me invadió y arrasó mis sentimientos, bloqueándome. Ya no sentía nada, excepto sus dedos usurpadores dentro.

—¡Qué delicia! Ya estás húmeda para mí. —Estaba tan excitado que ni siquiera se daba cuenta de que era orina.

En el silencio, solo escuchaba su agitada respiración en mi oído y el rasgar del envoltorio de un preservativo. Sabía lo que vendría.

—Me pones duro como una piedra. No veo el momento de meterme en tu cuerpo y follarte de la única manera en que a ti te gusta, mi pequeña desvergonzada.

La congoja me subió por la garganta y estalló en desgarradores sollozos. Mientras, me

penetraba una y otra vez. Yo ya era una cáscara vacía.

Todo acabó rápido. Se recompuso e hizo lo mismo conmigo, colocándome la falda en su sitio.

Cuando mi marido entró en la consulta, reanudé el silencioso llanto. Me costaba mirarlo a los ojos ante tamaña traición, y eso me estaba matando.

Él lo recibió poniéndose de pie para estrechar su mano. Sonriente, con aspecto impecable. Nada haría sospechar las actividades que se desarrollaban en ese despacho.

—Buenos días, Antonio. Toma asiento, por favor.

Mi esposo me lanzó una mirada de preocupación ante mi incesante llanto y obedeció.

—Doctor, ¿cómo está mi mujer? La he acompañado porque estoy preocupado. Ya lleva seis meses de tratamiento y no mejora. Lloro mucho y siempre está muy cansada. Hemos tenido que contratar a una niñera que se haga cargo de mis hijos, ya que ella no puede.

—Ese es el principal problema al que nos enfrentamos. Su mujer padece una depresión crónica, agravada por su maternidad. No es capaz de asumir sus obligaciones diarias debido a su enfermedad. El llanto es una forma de curación y desahogo. De todas formas, vamos a aumentarle la dosis de ansiolíticos, porque parece que no mejora. —Ambos conversaban como si yo no estuviera presente. No me extrañaba: yo misma me sentía como una planta vegetando en una maceta.

Sin apenas escuchar la conversación, me dediqué a divagar y a observar el despacho. Cualquiera cosa que me hiciera evadirme de la pesadilla en la que estaba sumida. Me sentía como una basura, allí sentada. Si alguien me hubiera dicho, hacía apenas un año, en lo que se convertiría mi vida, y las cosas deleznable que yo sería capaz de hacer, no me lo hubiera creído. Contemplé con detenimiento los títulos enmarcados que adornaban las paredes y me preguntaba quién había sido capaz de licenciar a semejante monstruo. Desde luego, si no fuera inteligente, no habría conseguido trepar a lo más alto de la sociedad hispalense. Tampoco habría llegado a Hermano Mayor de la hermandad de Los Pecados, una de las más prestigiosas en el mundo cofrade.

Vi sus fotos, diez por lo menos, todas expuestas; saludando al rey y a todo político que se había cruzado en su camino. Me causaba repulsión su narcisismo de mal gusto, su ordinaria ostentación, que le iba como anillo al dedo.

«Quien nace lechón muere cochino». El refrán se me vino a la mente y pensé que le pegaba muchísimo. Allí estaba él, sentado ante la enorme mesa de marquetería, repeinado, sin gafas. Con su impoluta camisa y el nudo bien grueso, centrado... Todo perfecto y atufando a sexo. ¿Cómo es que nadie más lo olía? Una arcada se me formó en la boca del estómago.

—No lo sé. —La voz de Antonio logró filtrarse hasta mi mente como un salvavidas. Lo presentí vacilar, como persona inteligente que era—. ¿Usted cree?

—¿Qué lo hace dudar? —El monstruo parecía molesto.

—Pues que desde que venimos a esta consulta no ha dejado de tomar más y más pastillas. Yo ya solo veo en ella la sombra de lo que un día fue.

—Una enfermedad como la que tiene su mujer es imposible que se cure rápido. Las medicinas son para que ella se sienta mejor, y así surte más efecto la psicoterapia.

—Bueno... —Antonio permaneció un rato en silencio, pensativo—. De acuerdo, confiaremos en usted. No veo el día de verla de nuevo curada y feliz.

—No se preocupe, esas dudas son normales. Con estas cosas hay que tener mucha paciencia.

—Gracias por todo, doctor. Así lo haremos. —Antonio le estrechó la mano mientras se

despedían.

El monstruo posó sus oscuros ojos en mí. Un peso enorme se instaló en mis hombros.

—Manuela, no olvides que nos vemos la próxima semana. Cuídate mucho y tómate el tratamiento. —La sonrisa no le llegaba a los ojos.

Aunque desplegara simpatía, me dio la impresión de que estaba furioso. Las vibraciones de su enfado llegaban hasta mí. Creo que no le había gustado rebatir las dudas de Antonio. Algo me decía que la próxima vez sería peor.

Ya en la calle, me agarré a mi marido, porque, deslumbrada, no conseguía enfocar la vista y me tambaleé.

—Manuela, ¿te encuentras bien? —Antonio denotaba inquietud.

—Ha sido solo un vahído. Ya estoy mejor, gracias. —Intentaba conservar parte de la dignidad que hacía tiempo había perdido.

Me alejé caminando como un muerto viviente, cogida de su brazo.

Al llegar a casa, dos torbellinos se acercaron corriendo para abrazarme.

—Mamiii..., ya has llegado. —Me senté con ellos; ambos rivalizaban en contarme sus hazañas del colegio.

Mientras los observaba jugar en la alfombra, me sentí inundada de su cariño incondicional y del amor de mi marido.

Fue en ese momento cuando algo pasó en mi mente. No sé explicarlo con exactitud. Fue como si un interruptor se hubiese accionado y dejase pasar la corriente. De repente, vi con claridad. Una oleada de esperanza me invadió por dentro y deseé ser la de siempre. La mujer alegre, la que tenía ganas de vivir, y a partir de entonces, volvió a ser lo más importante para mí. Tenía que luchar, y en ese instante decidí que nunca más dejaría que nadie dominara mi mente. Nadie movería los hilos de mi vida. Mi familia y mis hijos me necesitaban.

Me fui al cuarto de baño y abrí el botiquín. Metí todas las pastillas en una bolsa. También cogí la que destinaba para dormir, que guardaba en la mesa de noche. Cerré la bolsa y salí a la calle para lanzarla con furia en el contenedor.

Ese acto heroico me costó ingresar unas horas más tarde en urgencias, para que me ayudaran a desintoxicarme. No me importó. Fue el comienzo de mi nueva vida.

Como siempre, mi familia me apoyó, y sentí que me había salvado.

CAPÍTULO 17



Violeta entró en el despacho. Había acudido sola porque Rosario, en el último momento, tuvo que atender un asunto urgente de trabajo. Esa cita era crucial para ellas, ya que él había quedado en darles una respuesta.

Se encontró a Mario leyendo en silencio; él no pareció percatarse de su presencia. Lo respetó y tomó asiento en la silla de enfrente, decidida a aguardar lo que fuera necesario.

Aprovechó para observarlo con detenimiento. Estaba inclinado sobre la mesa en mangas de camisa, totalmente concentrado. Sin la chaqueta, mostraba un aspecto desenfadado. Cualquier otro profesional se la habría puesto para recibirla, pero a ella no le importó porque los convencionalismos la tenían agotada. El ceño fruncido y el cabello leonado le conferían fiereza. Violeta no lo consideró un hombre guapo al uso, pero sí le pareció masculino, y eso le agradó.

Mario levantó la cabeza y la miró. Sus ojos castaños mostraban una mezcla de estupor, furia, dolor... No sabía definirlo con exactitud. Parecía muy afectado.

Les había pedido a todas las demandantes que reflejaran sus vivencias por escrito porque, según les explicó, eso ayudaría a evitar contradicciones en las declaraciones.

—Esto es peor de lo que pensaba. —La voz le salió ronca—. Ese tío se merece estar entre rejas.

El corazón de Violeta brincó de alegría.

—¡Menos mal! —expuso aliviada—. El otro día nos dio la impresión de que no nos tomaba en serio.

—Tiene usted razón. No sabía a lo que atenerme. Quería asegurarme de que había razones de fundamento para interponer una denuncia. —La mirada de Mario la penetraba como un rayo, perturbándola.

—Lo comprendo. Corren demasiados rumores sobre nosotras, y no siempre son bien intencionados. Me figuro que usted también los habrá escuchado.

—Todo el mundo lo ha hecho, pero eso ya no debe importarle. A partir de ahora, ya tienen abogado que las defienda. —Le tendió la mano por encima de la mesa.

A Violeta se le olvidó su rechazo y le entraron ganas de abrazarlo de pura alegría. Una gran sonrisa le adornó el rostro. Sus ojos chisporroteaban de gozo mientras correspondía al gesto. ¡Por fin alguien creía en ellas!

—Gracias. Muchas gracias. Ya verá cuando se lo comunique a las demás; creo que organizaremos un gran jolgorio.

Él rio ante su reacción.

Violeta se quedó en suspenso. Nunca lo había visto sonreír y le pareció atractivo. Aunque, a veces, no muy simpático.

—Bueno, debemos centrarnos. —Su tono se tornó serio—. Tengo que estudiar bien el caso y proponerles unas directrices. Si le parece, cuando lo tenga claro, nos veremos todos juntos. Me interesa que todas ustedes entiendan y estén de acuerdo una vez que decidamos las pautas. ¿Está de acuerdo?

—Totalmente. —Su mente era un caos debido a los nervios.

No tenía ni idea de lo que le ocurría, pero su sola presencia lograba que sus sentimientos entraran en conflicto. Quizá fuera su forma de mirarla, que parecía que la traspasaba, o la seguridad en sí mismo que irradiaba, y que se asemejaba a una apisonadora. Nunca antes Violeta se había sentido así, ni nada la había alterado de ese modo, agitando su interior.

La mezcla de emociones le proporcionaba desazón y cierto nivel de alarma.

—Ponga los pies en la tierra. —Mario interrumpió el curso de sus pensamientos—. Esto será muy duro, y quiero que todas sean conscientes de ello. Nos enfrentamos a una persona acomodada en lo alto de la sociedad hispalense, y tengan por seguro que se defenderá. —Su tono adquirió dureza. Su mirada, también.

—Cuanto más alto subes, más fuerte es la caída —respondió Violeta con determinación—. Confío en ello.

—Yo opino lo mismo, pero no debemos fiarnos. —Mario se puso en pie para dar por finalizada la reunión—. Si le viene bien, podríamos empezar a tutearnos. Nos queda mucho trabajo por delante.

—Por supuesto. Esperaremos noticias tuyas. —Violeta se incorporó y le estrechó de nuevo la mano. Mario la retuvo más tiempo del necesario para fastidiarla, estaba segura, porque sus ojos se reían mientras lo hacía. Ella la recuperó con rapidez y se marchó.

Al salir del portal, buscó el móvil en el bolso. Los dedos le temblaron mientras marcaba el teléfono de Rosario.

La afluencia le resultó abrumadora. Violeta había contado ya a treinta y dos damnificadas, que atestaban la sala de reuniones del bufete Durango & Requena, donde Mario las había citado. En el ambiente se palpaba una mezcla de excitación y nerviosismo, combinado con temor e incertidumbre. El barullo de voces femeninas era considerable.

—¿Te parece que comencemos ya? —Mario parecía inquieto. A Violeta le daba la impresión de que se sentía superado ante tantas mujeres juntas. Quizá se había dado cuenta de que los testimonios que había leído ahora poseían un rostro con nombre y apellidos, y eso imponía. Sin embargo, con la seguridad que transmitía, no le cabía la menor duda de que saldría airoso del encuentro.

—Si no te importa, esperaremos cinco minutos, porque seguramente hay todavía rezagadas debido al mal tiempo. —Violeta miró por la ventana y observó que las nubes se cerraban formando cúmulos borrascosos. Un ensordecedor trueno hizo temblar los cristales.

—De acuerdo. Avísame cuando estéis preparadas. —Mario tomó asiento y comenzó a revisar papeles.

Alguien encendió las luces de la habitación; la mortecina luz natural comenzaba a ser precaria.

Tras un tiempo prudencial, decidieron iniciar la reunión.

—Buenos días, señoras. Mi nombre es Mario Durango y, como todas saben, estoy especializado en derecho penal.

»Antes de exponerles el tema, quiero agradecerles que me hayan elegido para defender su causa. Para mí es un honor hacerlo, por lo que trataré de no defraudar sus expectativas, y es por eso por lo que no querría atenerme a hechos que carezcan de una base sólida.

»He leído con atención los testimonios que me han hecho llegar y sopesado cada paso con cuidado, y he llegado a la conclusión de la necesidad de entablar denuncia ante el Colegio Oficial

de Médicos de Sevilla. Así, conseguiremos que revisen la licencia para ejercer su profesión como psiquiatra, y de paso, poner en conocimiento de sus colegas las prácticas abusivas que lleva cometiendo durante años. Para ello, redactaré una denuncia en nombre de aquellas de ustedes que consientan en dar este paso. Una vez interpuesta, las llamarían a ratificarse ante el tribunal médico que juzgue el caso, según los propios estatutos del colectivo.

Un murmullo se adueñó de la estancia.

—Buenos días; mi nombre es Paula. —Una joven rubia y con ojos claros se puso en pie—. ¿Eso quiere decir que nos desaconseja una demanda por lo penal? No me puedo creer que ese monstruo salga impune de esta —exclamó afligida.

—Para nada. Esté usted tranquila: cuando aclaremos este punto, seguiré explicando las restantes actuaciones que les voy a proponer. —Mario exudaba firmeza por los cuatro costados.

—Me gustaría enterarme de lo que conlleva ser una de las que pongan la demanda. ¿Se hará público nuestro nombre o se preservará nuestra intimidad? —Todas en la sala susurraban inquietas.

—La identidad de las denunciantes permanecerá en el anonimato, a no ser que alguna desee hacerlo público. Esa será una decisión personal que cada una deberá tomar individualmente.

—Yo creo que necesitamos mentalizarnos de que se formará cierto revuelo —dijo Violeta—. Ya sabéis que los rumores se extienden con rapidez, y puede que esto adquiera la categoría de tsunami. Tendremos que ser muy valientes. Esto no ha hecho nada más que comenzar.

Las señoras entablaron conversaciones entre ellas, y Mario les dio tiempo para que asimilaran la información. Bebió a morro de una de las botellas de agua que habían dispuesto en la sala. Después de un rato, hizo restallar el bolígrafo contra un vaso de cristal para captar la atención de sus oyentes.

—Por favor, guardemos silencio para enterarnos del resto del proceso —advirtió Rosario en voz alta.

Mario tomó lo palabra.

—A la vez que emprendamos esta iniciativa, y para ir adelantando trabajo, les propongo que todas se sometan a unas pruebas psicológicas. Un perito judicial con la titulación adecuada las examinará y emitirá un informe objetivo e imparcial del estado en el que se encuentran las demandantes. De forma añadida, podrían separar a las que vayan como denunciantes o como testigos; las últimas tendrían la finalidad de reafirmar las versiones de las primeras.

—¿Cómo nos ponemos en contacto con el perito y en qué consistirán las pruebas?

—Los contactos se los voy a conseguir yo, y se los haré llegar a Rosario, o a Violeta, para que puedan pedir cita. Con respecto a la segunda pregunta, no sé exactamente qué decirles, pero lo más probable es que mantengan una charla con ustedes o que les apliquen un test.

—¿Cuáles serán los honorarios?

—Los míos acabo de dejárselos para que les echen un vistazo. Cobraré por trabajo realizado. Les he aplicado una rebaja porque son muchas; además, pueden abonarlo poco a poco. Los peritos judiciales cobran los suyos propios. Cuando me entere de la cantidad precisa, se lo comunicaré.

La debate se desató. Muchas conversaciones surgieron a la vez. Violeta pensó que el mensaje estaba transmitido, y sería mejor que Mario las dejara para poder seguir la reunión ellas solas.

—Llegados a este punto, tal vez deberíamos quedarnos a solas para discutirlo entre nosotras. ¿Hay alguien más que desee preguntar algo antes de que Mario se vaya?

El silencio fue la respuesta.

—Gracias por tu amabilidad, Mario. Esperamos darte una contestación pronto, pero primero,

tendremos que meditar la información que nos has dado.

Permanecieron reunidas un par de horas. Durante ese tiempo, la mayor dificultad a la que se enfrentaron fue la escasez de medios económicos de algunas de las allí presentes. Al final, lograron acordar tres puntos por amplia mayoría:

- Aprobar el presupuesto que les habían dado.
- Dar el visto bueno a la denuncia ante el colegio de médicos, en la que firmarían treinta personas.
- Enviar una carta al obispo para solicitar audiencia y exponerle el caso.

Todas consideraban intolerable que La Rata siguiera ostentando el cargo de Hermano Mayor del Cristo de los Pecados.

CAPÍTULO 18



La chica que la ayudaba en casa la había telefonado a primera hora diciéndole que se encontraba enferma y no podría acudir al trabajo. Esa era la causa de que Violeta todavía estuviera en su domicilio. Había sacado comida del congelador para que los niños la encontraran hecha a su regreso del instituto. Una de las ventajas de tener negocio propio era que podía llegar un poco más tarde sin dar demasiadas explicaciones.

Violeta encendió el televisor de la cocina mientras terminaba de recoger. Se quedó tan impactada de lo que oyó que tuvo que sentarse.

«Jerónimo Coronado: el psiquiatra sevillano acusado de abusar de sus pacientes».

Un joven reportero daba la noticia desde la puerta de su consulta durante la emisión de un programa matinal. Violeta cambió de canal.

«Un grupo de treinta mujeres, víctimas del psiquiatra Jerónimo Coronado, piden al colegio de médicos que actúe...».

En ese otro, la noticia la desgranaba una chica situada en el mismo sitio.

Siguió saltando de canal en canal hasta constatar lo que ya era *vox populi*: todos se habían hecho eco de la información. El escándalo se había destapado.

No entendía cómo había llegado a la prensa de manera tan rápida, ni cómo se había viralizado en tan poco tiempo. No salía de su asombro. Un miedo exacerbado se apoderó de ella. No era lo mismo hablar sobre el tema que lidiar con él cuando te ha explotado en la cara. Tanta notoriedad la atemorizó.

Pensó en Daniel y las lágrimas acudieron a sus ojos. Después de eso, le daba pavor su reacción. El corazón comenzó a palpar fuerte, batiendo la sangre de su cabeza.

Sonó el teléfono. Era él. Lo descolgó con manos temblorosas. La angustia la atenazaba.

—Hola, Daniel —logró decir sin balbucear.

—Estarás contenta, ¿no? —Su voz apenas contenía la furia que lo embargaba. Violeta tembló.

—No, no lo estoy. ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

—Esto no te lo voy a perdonar en la vida. Me has demostrado que ni los niños ni yo te importamos nada. Te estoy muy agradecido: por fin he abierto los ojos. —Después, Violeta solo oyó el vacío. Había colgado.

Sintió que su mundo se le derrumbaba encima. Escondió la cabeza en los brazos y lloró.

«¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto?», se lamentó.

Un alud de sensaciones arrambló en su interior. La soledad y el abandono, junto con la necesidad de amor, formaron una vorágine. Lloró por sus hijos, sintiendo que el asunto pudiera afectarlos. Lloró por Daniel y por ella; por el fracaso de lo que habían construido juntos con tanto esfuerzo. Lloró hasta que no le quedaron fuerzas, y descubrió con sorpresa que no se sentía

culpable, pero sí muy triste. Estaba destrozada.

Al día siguiente, seguía inmersa en la tempestad emocional. La tarde anterior, a la hora de la cena, Violeta mantuvo una conversación con sus hijos en la que los informó de cómo estaba la situación: los puso en guardia frente a cualquier comentario malicioso que pudiera llegarles desde su entorno; les contó que los nombres de las víctimas no se harían públicos, pero que Sevilla era un pañuelo y todo se terminaba sabiendo. Y lo que no, probablemente se lo inventarían.

Con Daniel no consiguió cruzar una palabra. No le cogía el teléfono. Le había dejado varios recados a su secretaria para que la llamase, sin resultado. Por la noche, lo había esperado sentada en el salón hasta que la venció el sueño, pero él llegó muy tarde y no se molestó en despertarla. Cuando amaneció en el sofá, descubrió que ya se había marchado y que había dormido en la habitación de invitados.

Rosario y ella aguardaban, junto a seis mujeres más, a que el obispo las recibiera. De todo el grupo, eran las únicas interesadas en asuntos de la fe.

La sala era pequeña y los asientos, tapizados con piel sintética, se les pegaban a las piernas y las hacían sudar. Todas cruzaban miradas nerviosas: el boato del palacio arzobispal imponía. Violeta sentía la mirada de los cuadros de santos como si la juzgaran desde la pared.

—Monseñor las espera. Pueden ustedes pasar. —El vicario las condujo hasta un despacho bastante espacioso e iluminado.

El obispo las saludó a todas con amabilidad e interesándose por sus nombres. Era un hombre alto y de constitución fuerte. Aunque le escaseaba el cabello, su mirada clara era directa, sin esconderse. Sus ademanes y desenvoltura lo hacían parecer mucho más cercano.

Las condujo cordialmente hasta unos sillones donde había sitio para todas ellas. Rosario, la más decidida, tomó la palabra y comenzó a narrarle las circunstancias que las habían hecho llegar hasta allí. Intentó hacerle ver a monseñor la incongruencia de que un hombre con el perfil de Jerónimo Coronado ostentara el cargo de Hermano Mayor de una de las principales cofradías de la ciudad. Mientras tanto, las demás guardaron un respetuoso silencio.

Su Eminencia Reverendísima las escuchó a todas con paciencia y sin interrumpirlas.

—Lamento mucho todo lo que me estáis contando y, sobre todo, lamento vuestro sufrimiento. Mi corazón está con vosotras —su expresión era compungida, así lo pudieron constatar—, pero no veo qué puedo hacer en este caso, porque ya deben de saber que las hermandades son entes autónomos de la Iglesia que eligen a sus propios órganos de gobierno.

El comentario les cayó como un jarro de agua fría. No había que ser un genio para entrever su actitud inmovilista.

—Efectivamente. —Violeta decidió intervenir—. Como usted dice bien, nosotras lo sabemos. Pero también creemos que su opinión debe ser escuchada y tomada en consideración en un caso como este.

El obispo se la quedó mirando fijamente con cara de incertidumbre. No estaba acostumbrado a las voces disidentes.

—¿Puede explicarse usted mejor, por favor? —preguntó intrigado.

Violeta captó el interés de su mirada.

—Con mucho gusto. Le comentaba que, a nuestro parecer, una palabra suya favorable a nuestro caso sería tomada muy en cuenta, ya que usted ocupa el rango eclesiástico más alto de esta

ciudad.

—Señora, me está pidiendo que interfiera en los asuntos de una hermandad sin prueba ninguna. —Su tono fue educado pero firme—. Solo existen sus acusaciones, y él niega todos los cargos. No crean que no hemos tenido ya una conversación después de las incriminaciones que están vertiendo sobre su persona.

Las acompañantes se removieron inquietas en sus asientos. Todas intercambiaron miradas decepcionadas.

—Solo le rogamos que atienda nuestras peticiones y que, después de valorarlas y meditarlas, actúe en consecuencia. No en vano el papa Francisco ha pedido a todos los integrantes de la Iglesia que no ayuden a ocultar los casos de abuso. —Rosario la relevó, volviendo con renovadas ansias al ataque.

—Por supuesto que soy el primero que obedece las indicaciones del Santo Padre —exclamó ofendido—. Por eso mismo, les recuerdo que la orden atañe a los abusos hacia menores, y este no es el caso, como ya les he dicho. —El silencio sobrevoló a los presentes. El vicario se removió inquieto y habló a monseñor al oído, lo que no dejaba de ser una falta de educación. Entonces, el obispo tomó consciencia de su brusquedad y trató de rectificar—: Sin embargo —añadió—, pensaré en el tema, como bien me han sugerido. Asimismo, las tendré presentes en mis oraciones.

Su tono reveló que la reunión había finalizado.

—Muchas gracias por su tiempo. —Rosario se levantó. En su rostro se reflejaba el disgusto.

—Antes de marcharse, les ruego que me acompañen y recemos una avemaría ante la Virgen para que nos dé fuerzas y nos inspire.

Violeta captó el estupor que denotaban sus rostros. Al principio pensó que se negarían: no conocía las creencias religiosas de cada una de las presentes, aunque se suponía que, si estaban allí, era porque profesaban la fe católica. En esa ciudad, la línea entre el creyente y el fervoroso estaba muy difusa. Para su sorpresa, algunas se arrodillaron y oraron con devoción ante el retrato. Rosario y ella permanecieron de pie mientras las esperaban.

Cuando todo finalizó, sentadas en la terraza de un bar, tomando un café, el sentir del grupo era de frustración y desilusión por la postura del obispo. Allí mismo, decidieron escribir una carta al papa con la esperanza de que él sí las escuchase.

CAPÍTULO 19



—¿Cuánto hace que no nos veíamos? —preguntó María Fernanda.

—Han debido de transcurrir dos o tres meses por lo menos. La verdad es que no me acuerdo muy bien. —Violeta dejó suspendida en el aire la tostada que se estaba comiendo mientras pensaba.

—Lo importante es que nunca permitimos que transcurra demasiado tiempo.

Su amistad se había originado en la juventud, cuando aún eran estudiantes en la facultad. Aunque habían estudiado carreras diferentes, pertenecieron a la misma pandilla y siempre congeniaron. No habían dejado de tratarse a lo largo de los años. María Fernanda era periodista y trabajaba como jefa de la sección económica en un magacín dedicado a la moda.

En esa ocasión, la había telefoneado para quedar a desayunar; otras veces lo hacían para tomar unas tapas. Violeta observó el local, divertida. Todavía faltaba casi un mes para las Navidades, pero ya se podían ver los adornos que presagiaban su cercanía; los cristales pintados con nieve, un pequeño árbol encima del mostrador y una Sagrada Familia encima de la nevera reservada para los helados.

—Me alegro de que toda la actividad que te traes entre manos no haya mermado tu buen aspecto. Estás más guapa que nunca. ¿Cómo lo consigues? A mí me encantaría tener menos arrugas —se carcajeó.

—Muchas gracias, eres muy amable. Ojalá fuera verdad. —La miró con extrañeza—. ¿Me puedes decir a qué actividad de todas las que hago te refieres exactamente? Hummm, esto está riquísimo. —Cerró los ojos y se relamió en los labios la mermelada casera—. Realmente es un manjar de dioses.

—Me refiero a la denuncia de Jerónimo Coronado. Me he enterado de que estás involucrada en eso. No puedo resistirme a que me pongas al día de tus novedades. Yo no tengo tantas que contarte.

—Es cierto. Yo fui objeto de sus abusos. —Se dio cuenta de que una de las capas que la rodeaban se deshacía tan solo por el efecto de sus palabras. Como si un hada la hubiera tocado con su varita mágica. Miró a su alrededor sorprendida, buscando alguna mirada inculpatoria, sin encontrarla.

—¡Qué fuerte! ¿Y por qué nunca me lo contaste? —La cara de María Fernanda revelaba verdadero asombro.

—No es algo que vayas diciendo; tampoco la gente suele creerte. Hasta hace dos días, La Rata era el sevillano del año. —No quería que sonara a excusa, pero estaba bastante harta de tener que dar explicaciones. Comenzaba a ser tedioso.

María Fernanda se interesó por los detalles y Violeta le relató a grandes esbozos su experiencia.

—Aparte de tu caso, ¿de verdad estás segura de que las demás no son unas cuentistas?

El comentario la desconcertó, y Violeta comenzó a enfadarse.

—Fernanda, no te entiendo. ¿A qué has venido; a apoyarme o a buscar carnaza para que tu

publicación siga atacándonos? Primero cuestionas mi silencio y ahora sales con la copla de que son cuentistas. ¿Qué pretendes? —No pretendía sonar tan enfadada, pero lo cierto es que lo estaba, y mucho.

—No te molestes conmigo, por favor. La sorprendida vas a ser tú cuando escuches lo que he venido a contarte en realidad. —Su amiga había abandonado *la pose*; su cara estaba transfigurada. Los ojos, húmedos, amenazaban con el llanto.

—¡María Fernanda, por Dios! ¿Qué te pasa? —Violeta le agarró la mano.

—Yo también fui víctima de ese hombre, pero me temo que no tan valiente como vosotras.

Violeta se quedó pasmada. Jamás lo hubiera pensado.

—¿Te acuerdas de cuando me realizaron la histerectomía, después de tantos abortos? Aquella época fue un auténtico infierno para mí. Acabé destrozada. —Las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro—. Para mí fue un mundo el aceptar que nunca sería madre, y fue entonces cuando caí en sus garras. Estuvimos liados alrededor de tres meses. Él me daba instrucciones de qué ropa interior llevar; a veces, incluso me la compraba y regalaba. También le gustaba que practicáramos sexo ensayando diferentes posturas. —María Fernanda sollozaba sin contención.

—No vuelvas a decir nunca más en la vida que estuvisteis liados —le espetó con los dientes apretados—. Que te quede muy claro que él te manipuló con fármacos hasta anular tu juicio y tu autonomía. No paraba hasta hacerte dependiente, y te maleaba como a la plastilina. Era el terapeuta encargado de librarte de un tormento, y sin embargo te creó otros nuevos. —La furia hacía mella en Violeta cada vez que oía el testimonio de una nueva víctima.

Pagó la cuenta y condujo a su amiga al exterior agarrada del brazo. Cruzaron la calle y se sentaron en un banco soleado. La mañana era cálida, y un grupo de gorriones gorjeaban desde la copa de un árbol cercano. El día invitaba a la vida, en contraste con la confesión que la oprimía como una garra inexorable. Las experiencias desgarradoras de otras mujeres la afectaban mucho. Iban carcomiendo su interior a bocados. A veces, creía que no podría soportarlo. Nadie se podría imaginar jamás el dolor tan devastador que se había fraguado en esa consulta durante años.

Permitió que María Fernanda vomitara lo que había callado tanto tiempo sin interrumpirla. Simplemente permaneció a su lado, haciéndola ver que estaba con ella y que la apoyaba.

Cuando las aguas tormentosas comenzaron a volver a su cauce, tomó la palabra:

—¿Quieres unirme a nosotras y que te presente a las demás? A mí me ha ayudado mucho escucharlas y sentir que no estamos solas. He oído decir a un psicólogo que cada vez que cuentas una experiencia traumática en voz alta, te liberas.

—Discúlpame, pero no me siento con fuerzas. —No lo sopesó ni un instante—. Solo la idea de que se sepa me da pavor. Es la primera vez que lo comparto con alguien, y la única persona a la que se lo he dicho; ni siquiera mi marido lo sabe. No podría soportar que se enterara de la doble vida que llevé cuando él también estaba mal. Fue un golpe muy grande para los dos, y mientras..., yo follando con otro, como le gustaba decir al desgraciado ese. —Su voz traslucía verdadero miedo.

—Yo lo llamo La Rata porque solo sabe desenvolverse por las cloacas. Verlo me produce arcadas: es repulsivo.

—Sí que lo es.

Permanecieron en silencio, sumidas en sus propios pensamientos y disfrutando de la mutua compañía.

—Vuelvo a decirte que, cuando quieras unirme a nosotras, no tienes más que avisarme, ya lo sabes.

—Gracias por todo, amiga. Te quiero. —Ambas se fundieron en un abrazo.

Una vez en su oficina, Violeta contempló con nostalgia la foto en la que Daniel y ella posaban juntos. Su relación se había quedado congelada, como las figuras del marco, atrapándolos dentro de su estructura. Desde que había saltado el escándalo, Daniel cada día se refugiaba más en el trabajo. Ya incluso los fines de semana buscaba algún plan alternativo como excusa para no tener que pasarlo con la familia. Cuando organizaba excursiones, siempre incluía a los chicos y la apartaba; no obstante, la verdad era que a ella cada vez le importaba menos. Fingía lamentar el contratiempo, pero en realidad le era bastante indiferente. Su matrimonio había soltado amarras y hacía tiempo que iba a la deriva. No se podía mantener una relación de dos si uno no quería, aunque a veces todavía soñaba con que todo se arreglaría.

Cogió la prensa que estaba al lado del ordenador para distraer los funestos pensamientos.

EL PSIQUIATRA JERÓNIMO CORONADO RENUNCIA COMO HERMANO MAYOR DE LOS PECADOS TRAS LAS DENUNCIAS DE ABUSOS.

Denuncia «las falacias y mentiras» vertidas en su contra en lo que califica como una «terrible campaña de acoso».

Violeta saltó como un resorte y siguió leyendo.

«He sido y continúo siendo víctima de todo un enjambre de mentiras y falsedades que, sobre mi persona, situación y actividades, se están vertiendo en redes sociales y medios de comunicación», lamenta Jerónimo Coronado, quien se considera «diana» de unas «difamaciones» ampliadas a su «familia más próxima», en referencia a su esposa y sus hijos.

«Tuve incluso que suspender temporalmente la actividad profesional, ya que la puerta de mi casa y de mi consulta estaban llenas de periodistas, micrófonos y cámaras, intentando entrevistar a quien entrase o saliese de ella», expone en esta carta recogida por Europa Press el psiquiatra, quien defiende que las acusaciones son «falsas en su totalidad».

«No contentos con todo el daño que están haciendo, no solo a mi persona, sino también a cuantos se relacionan conmigo, han emprendido otra feroz campaña contra las autoridades eclesiásticas en base a un supuesto y falso trato de favor, con lo cual se incide de nuevo en insidias y difamaciones», aclara Coronado.

«Ya no solo soy yo, ni mi familia, ni la junta de gobierno de la hermandad el objeto de tan terrible ensañamiento, sino todo lo que pueda moverse alrededor, sea a costa de las falacias y mentiras que sean», lamenta Coronado, quien tras quince años al frente de la hermandad, renuncia de forma «irrevocable» al cargo de Hermano Mayor, agradeciendo el «apoyo mayoritario expresado libremente en las urnas» por los hermanos en cada una de las cuatro ocasiones en que ha aspirado a dicho cargo.

«Gracias por vuestras llamadas y mensajes. Gracias a todas y cada una de las juntas que han colaborado con la hermandad durante este tiempo. Y gracias sobre todo a mi mujer e hijos, que de forma tan inquebrantable me han ayudado siempre», concluye su carta.

Asimismo, las afectadas rechazan que se trate de una «campaña de difamación y acoso» o que se esté atacando a su familia, «a la que respetamos profundamente». «Jamás habríamos querido tener que contar todo por lo que hemos pasado, pero el único culpable de esta situación es él, y los demás, incluidos sus pacientes, su hermandad o su familia, no somos más que víctimas de sus actos», finaliza la nota.

Violeta levantó la vista del periódico. Se suponía que debía sentirse contenta: por fin se le estaba cayendo la careta, pero en su lugar solo sentía vacío. De sobra sabía que se había visto obligado a renunciar, porque él, bajo ningún concepto, lo habría hecho por voluntad propia. Había

estado mucho tiempo en la cúspide de la montaña, y esta se iba desmoronando bajo sus pies.

Como decía la nota que habían publicado: el único responsable era él.

También le constaba que no acudía a actos públicos desde que había saltado el escándalo. No era el único que estaba pagando un alto precio por sus actos.

CAPÍTULO 20



El día era soleado pero frío. Sin embargo, para Violeta suponía un privilegio estar allí rodeada de montañas nevadas, junto a Ángeles, degustando un aromático té con especias, sentadas en una terraza de Sierra Nevada, adonde habían acudido a pasar el fin de semana en compañía de sus cuñados y un grupo de amigos. Mientras algunos esquibaban, otros aprovechaban para hacer compras por el pueblo.

La afluencia de público era considerable. Ya hacía un tiempo que se había abierto la temporada de esquí, y decían que ese año la calidad de la nieve era muy buena. En la estación invernal coincidían aficionados procedentes de todos los puntos geográficos nacionales e internacionales. Los diferentes acentos se entremezclaban en las conversaciones que burbujaban a su alrededor.

El silencioso paisaje era testigo mudo de la charla entre las cuñadas.

—Prácticamente ya no nos dirigimos la palabra —Violeta la ponía al día acerca de la situación en que se hallaba su matrimonio—, solo lo hacemos por educación, y normalmente, cuando están los niños delante. Algunos meses atrás, esta situación me hacía sufrir, pero ahora tampoco a mí me apetece que conversemos.

Violeta había sido testigo de los glaciales silencios de Daniel para con otros, pero a ella apenas le había tocado soportar alguno, y menos tan largo como ese. A medida que pasaban los días, iba sintiéndose como si alguien le hubiera arrojado una maldición. Pese a sus reiteradas disculpas y sus empeños por hacer las paces, su marido persistía en su actitud condenatoria.

—Pero si no lo intentáis, ¿cómo vais a solucionar las cosas? Debéis hacer un esfuerzo por vosotros, o por los hijos. —La preocupación se reflejaba en el rostro de Ángeles.

—Si te digo la verdad, tampoco nos rozamos siquiera. La atracción sexual se ha esfumado. Es como si el interés mutuo nunca hubiera existido. Te diré más: me da pánico que en algún momento intente reanudarla. No sé cómo reaccionaría yo: si haciendo de tripas corazón o mandándolo al infierno. —Rezumaba amargura—. Hace un mes, aproximadamente, tomé la iniciativa, pero él me rechazó. Eso sí, con mucha delicadeza: adujo un intenso dolor de cabeza. ¿Te suena de algo? Si no fuera tan penosa la situación, me parecería hasta divertida.

—Vuestra relación está mucho peor de lo que pensaba. Lamento que estéis pasando por ese trago. Me siento impotente. ¿Crees que puedo ayudar en algo?

—¿Rezar para que ocurra un milagro, por ejemplo? Estamos metidos en un agujero del que no veo posibilidad de salir.

—Es todo muy triste, amiga mía. Ya sabes que te quiero. —Ángeles la abrazó y le dio un beso.

—Sí. Sí que lo es. —La correspondió con voz cansada—. Me parece increíble que hayamos llegado a estos extremos.

La luz invernal comenzó a declinar y empezó a hacer fresco. Decidieron unirse a los demás, que ya transitaban por las calles. Pasaron el resto del día haciendo fotos, compras y viendo *souvenirs* hasta que llegó la hora de cenar todos juntos en un restaurante italiano que habían

elegido los más jóvenes.

Estos se hallaban alrededor de una mesa, y los adultos, en otra. Todos ojeaban las cartas decidiendo qué pedir.

—Holaaa. ¿Cómo os ha ido la jornada, chicos? —Violeta se acercó para interesarse en ellos.

—Muy bien, mamá. Nos lo hemos pasado bomba, pero el *atontao* de tu hijo, el pequeño, decidió tirarse por su cuenta cuando se marchó el monitor y no podía frenar. Un poco más y se mata —se chivó Marcos.

—¿Qué dices? —preguntó alarmada—. Nacho, que sea la última vez que haces una cosa así. Es peligrosísimo. Podías haberte hecho mucho daño, y eso va por todos.

—Mamá, no ha sido para tanto. Lo tenía todo controlado. —Se lo notaba agobiado.

—Tenéis que prometerme que no haréis algo así de nuevo, si no, os quedareis sin clases.

—¡Lo que nos faltaba! Por culpa de este *pringao* nos van a castigar.

—De eso nada, guapo. Te recuerdo que el que se ha chivado has sido tú —alegó su prima Vicky.

Daniel se aproximó.

—Bueno, ya está bien. Vuestra madre tiene razón. El que realice bajadas peligrosas y sin permiso del supervisor, que se atenga a las consecuencias.

Violeta miró a su marido con gratitud.

—Ahora hay que pasarlo bien. Que os aproveche, chicos. —Cambió de tema para que no se enrareciera el ambiente.

Cuando realizaron sus pedidos, y mientras charlaban, alguien encendió el televisor.

«Última noticia llegada a esta redacción: el Colegio Oficial de Médicos de Sevilla, ante al que se han denunciado los presuntos abusos del psiquiatra Jerónimo Coronado, ha traspasado a la fiscalía el caso para que investigue la veracidad de los mismos...».

El corazón de Violeta brincó furiosamente en su pecho. Pensó que se le iba a salir por la boca. Con la atención fija en el plasma, logró evadirse del ruido que la rodeaba para oír bien de lo que decían, y no se acordó de su marido.

Un abrupto golpe en la mesa la sacó de su abstracción. Sobresaltada, miró a su alrededor para identificar el origen, hasta que localizó la cara de Daniel y el estómago se le hundió hasta los pies. Una máscara de furia lo desfiguraba. Los ojos eran dos carbones encendidos que la observaban. Ella tuvo miedo de su violencia.

El silencio se instauró entre la mayoría de los comensales que abarrotaban el local. Eran pocos los que no se habían percatado del episodio.

—Estoy harto. Ya está bien de que por tu culpa nos amarguen las vacaciones. Esto es insoportable; no lo aguanto ni un minuto más. —Su voz le erizó la piel; anticipaba tormenta.

A Violeta se le llenaron los ojos de lágrimas al sentirse objeto de todas las miradas. Su manera de tratarla la humilló.

Sin fuerzas para contestar sin echarse a llorar ni montar un espectáculo, dejó la servilleta encima de la mesa y se levantó, murmurando una disculpa antes de abandonar el local. Ángeles hizo ademán de seguirla, pero José la agarró del brazo y la instó a permanecer en su sitio.

Marcos y Nacho salieron corriendo tras ella. Sin saber de dónde sacó la fuerza, se volvió hacia ellos.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntaron asustados.

—Sí. No os preocupéis —los tranquilizó, esbozando una sonrisa—. Volved al restaurante;

pronto os servirán la cena.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué papá ha dado ese golpe sobre la mesa?

—Ha escuchado las noticias y se ha disgustado, pero no creo que le dure mucho. Volved y sed amables con las demás personas. Ellos no tienen la culpa de nuestras riñas. Yo estoy cansada y, además, no me ha sentado muy bien la merienda —mintió—. Creo que estaré más tranquila en el hotel. Allí os espero.

—¿Quieres que te acompañemos? —se ofreció Marcos preocupado.

—Para nada, de verdad. Vosotros entrad y pasadlo bien. Salud a todos de mi parte. Nos vemos en un rato.

Violeta se alejó caminando. Observó a quienes atestaban los locales, cenando; parecían felices, mientras que a ella la cubría un manto de tristeza. Era consciente de que cada vez le causaban más daño las actitudes de Daniel. Sinceramente, no sabría decirse cuánto tiempo iba a aguantar. Intentó no pensar mucho en ello, porque eso solo la conducía a la depresión, y necesitaba estar bien e intentar disfrutar del fin de semana. Los niños y sus acompañantes no se merecían otra cosa.

Llegó al hotel y se duchó con rapidez; la impaciencia por ver las noticias la roía. Se tumbó en la cama, dispuesta a rastrear en los canales para enterarse de algo más. No tuvo mucha suerte, así que cogió la *tablet* para empaparse de los detalles que pudiera averiguar por internet, pero descubrió que no se sabía mucho más.

Apagó la tele y el mundo se le vino encima. Lloró. Se sentía la mujer más desgraciada del universo. No sabía qué actitud tomar con Daniel, ni siquiera ante sus hijos. Su mente estaba envuelta en caos.

Sus sospechas acerca de que Daniel nunca había albergado por ella amor verdadero se estaban confirmando. Ya no podía eludir por más tiempo la realidad. Violeta siempre había actuado por amor, pero él siempre buscaba en su relación algo que le reportara beneficios sociales, o de cualquier otro tipo.

En lo que sí le daba la razón era en que la que había cambiado era ella. Ya no estaba dispuesta a dejarse llevar. Nunca más volverían a manipularla. De eso estaba segura.

Con esa resolución en mente, se lavó la cara y comenzó a leer, dispuesta a imbuirse en el libro que había llevado consigo y, así, dejar de pensar en los problemas. Solo se molestó en coger el teléfono para contestar a sus hijos y a Ángeles y decirles que se encontraba mucho mejor. Entonces, apagó la luz y se dispuso a dormir para coger fuerzas para otra nueva jornada.

El corazón se le contrajo cuando oyó que la puerta se abría. Daniel se metió en el baño y luego en la cama en el más absoluto silencio.

Preso de un arrebato, Violeta se incorporó y encendió la lámpara de la mesita de noche.

—Daniel, ¿no crees que deberíamos hablar?

—¿De qué, Violeta? ¿De cómo me amarga la vida esa cruzada que has emprendido sin encomendarte a Dios ni al diablo? ¿Esa que nos alcanza incluso cuando nos vamos de vacaciones?

—Daniel se dio la vuelta para increparla.

—Por favor, tenemos que hacer un esfuerzo para superar esta crisis. No podemos dejar que nos venzan los acontecimientos. ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos, lo felices que éramos y lo mucho que nos divertíamos? Durante estos años hemos construido muchas cosas, codo con codo. Hemos criado a dos preciosos hijos que poseen grandes valores y son excelentes personas. Juntos, hemos sacado adelante nuestros respectivos trabajos. Tú has hecho crecer tu empresa hasta las alturas y eres un referente en el sector. Yo he fundado la mía y la hemos visto consolidarse, al tiempo que hemos ido formando una familia. Daniel, no debemos desanimarnos. Vamos a hacer un

esfuerzo.

—¿Cómo? Es muy fácil hablar. Yo no puedo darle la vuelta a mi forma de pensar, y tú, cada día que pasa te vuelves más desconocida para mí. No he sido yo el que ha antepuesto mis estériles reivindicaciones a su propia familia.

—Daniel, ¿realmente ha cambiado algo en tu vida tras mis reivindicaciones, como tú las llamas? ¿No ves que todo sigue igual? Nada es diferente. Valóralo bien, porque puede que lo único dañado sea tu orgullo.

—Pretendes hacerme responsable. —Detectó un atisbo de culpabilidad en su voz.

—Jamás te haría daño intencionadamente. —Se levantó y tomó asiento a su lado en la cama —. No forma parte de mi manera de ser. Siempre intentas machacarme porque no actúo como deseas, o porque no pienso como tú. Tengo que vigilar cada cosa que hago y medir cada palabra que digo por temor a que te enfades a la primera de cambio, como has hecho hoy en el restaurante. Nos has asustado a todos. No eres el único que tiene miedo.

—Estoy perdido, Violeta. El sufrimiento no me deja ver entre los árboles. Ayúdame. —Era la primera vez que dejaba entrever su vulnerabilidad.

—Yo también lo estoy. No encuentro el modo de que esto se arregle sin que tenga que renunciar a una parte de mí. Siento como si me obligaras a decidir.

Permanecieron un rato abrazados. Después de la tormenta, se mantuvieron acostados, cada uno en un lado de la cama, sumidos en sus pensamientos.

Tal vez el día de mañana fuera diferente.

CAPÍTULO 21



El lunes por la tarde, se hallaba sentada frente a Mario. La decoración de tipo industrial, siguiendo la moda, hacía del despacho un espacio agradable. Paredes de ladrillo, conducciones al aire en el techo y cristales transparentes enmarcados en negro para separar ambientes. Los muebles también eran modernos. El resultado final le gustaba y la hacía sentir cómoda.

Había acudido para que la pusiera al día de los avances judiciales. Tampoco quería engañarse: debía reconocer que, con el tiempo, cada vez se había ido sintiendo más cómoda en su compañía. Se encontraba a gusto conversando con él porque podía expresarse libremente sin temor a censuras ni a malas caras. Había descubierto que, aunque Mario era un cascarrabias, poseía un gran corazón. Solo usaba una impostura para distanciarse de la gente, pero Violeta había decidido que averiguaría la causa.

«Perro ladrador, poco mordedor». Eso era lo que pensaba de él, sin olvidar su atractivo, que la atraía como un imán.

Admiraba su inteligencia a la hora de resolver, sin algarabías ni alterarse en exceso, los problemas que iban surgiendo. La verdad era que, a su manera particular, poseía un humor ácido que la divertía sin reservas.

—Violeta, te invito a un café en el bar de la esquina. —Mario alzó los brazos y se llevó las manos detrás de la nuca para estirarse.

—No me apetece mucho tomar algo. Si no te importa, cuéntame cómo están las cosas. Me muero de impaciencia.

—No te lo estaba preguntando, te lo estaba pidiendo. —La miró con una sonrisa aviesa—. Si quieres que siga pensando, tienes que venir. —La transformó en una media sonrisa, que Violeta encontró irresistible—. Estoy cansado del ritmo frenético que llevo. No he parado en todo el día —dijo mientras cogía la chaqueta del respaldo de la silla y se la ponía.

—Bueno..., si lo dices así..., te acompaño encantada. —Violeta correspondió con otra que le iluminó el rostro. A pesar de que estaba ansiosa por enterarse de los últimos acontecimientos, decidió que la espera bien valía la pena.

Él le cedió el paso sin que nada delatase si era consciente de su flirteo.

Una sinfonía de olores la golpeó cuando entraron en el Café de Indias. Le dieron ganas de cerrar los ojos y aspirar la mezcla de especias, bollería recién horneada y café en grano. A Violeta le agradó de inmediato la elección de Mario al llevarla a ese lugar.

—¡Mario Durango! ¡Qué alegría verte! —Un hombre trajeado, con barba y unos asombrosos ojos turquesas, lo saludó con un abrazo y le palmeó la espalda.

—¡Roberto García! La alegría es mutua. Dime, ¿qué es de tu vida? Te presento a Violeta Baena, una cliente. Nos disponíamos a hacer una pausa para tomar un café. Tengo el despacho justo aquí al lado.

—Encantado de conocerla. Soy compañero de carrera de Mario, es decir, colegas de correrías. —Roberto la cumplimentó con una sonrisa—. Yo tengo una cita con unos clientes dentro de media hora. Iba a tomar un café para hacer tiempo.

—Pues hagámoslo juntos, así nos ponemos al día. Violeta, no te lo puedes imaginar — comenzó a narrar Mario con alborozo—, pero este sinvergüenza lanzó al director del colegio mayor a una fuente y eso provocó que nos expulsaran. —Estallaron en carcajadas. Ella los acompañó, entre horrorizada y divertida, mientras tomaban asiento y pedían algo de beber.

—De eso nada; discutíamos con él porque había descubierto que nos escapábamos por la ventana de la habitación de Mario, saltando a una farola. Nos deslizábamos por ella y volvíamos a la calle. Durante el fragor de la batalla, con el acaloramiento, el pobre hombre tropezó con el bordillo de la fuente del patio y se cayó al agua cuan largo era. —Las risotadas flotaron en el ambiente.

—Sí, es verdad. Éramos unos gamberros; pobre hombre. Se llamaba don Mauricio. ¿Has vuelto a saber algo de él?

—No. Nunca me lo he vuelto a encontrar. Era un santo. Tuvo que aguantarnos tres años antes de dejarnos por imposible. ¿Recuerdas la vez que volvíamos de una juerga a las tantas de la madrugada y un hombre nos pidió ayuda porque su coche no arrancaba? —Roberto no podía terminar de hablar porque ya estaba desternillándose de risa.

—Un ciento veintisiete de color blanco. —A Mario se le saltaban las lágrimas—. ¡Qué brutos éramos! ¿Sabes qué hicimos? —Violeta sonrió con anticipación, sin saber aún el porqué—. Nos ofrecimos a ayudarlo muy dispuestos y comenzamos a empujar con todas nuestras fuerzas; fueron tantas que chocamos el coche contra una pared. —A esas alturas, lanzaban auténticos aullidos de diversión. A ella misma le dolía la tripa de tanto reír.

—Lo dejamos gritándonos en medio de la calle que éramos unos sinvergüenzas y unos macarras. Pero tú te volviste mientras nos alejábamos y, con toda la desfachatez del mundo, le contestaste: «¡Desde luego, que poco agradecida es la gente; los ayudas y ni te lo reconocen!».

—Es verdad —continuó Mario—, nos localizó en el colegio mayor y tuvimos que pagar la factura del estropicio con el dinero que ganábamos limpiando el suelo en una fábrica de yogures.

El ambiente festivo continuó durante un rato más, hasta que se despidieron, con pena, después de haber intercambiado los números de teléfono con la intención de volver a verse. Violeta no recordaba cuándo había sido la última vez que se había divertido tanto.

Ya de vuelta, y rodeados de papeles, fue consciente de su cercanía. Se preguntó con coquetería si la encontraría atractiva con los vaqueros negros y el jersey rojo de cuello redondo que llevaba. Su inseguridad la dejó un tanto perpleja.

«¿Desde cuándo me preocupo tanto por mi indumentaria?». Era presumida, pero nunca se había cuestionado si sus modelos gustaban a algún hombre diferente a Daniel. El pensamiento la turbó. Se lo sacudió de la mente, para que no la distrajera, y se esforzó en prestar atención a lo que él le explicaba.

—Lo que ha ocurrido es que el colegio de médicos le ha traspasado el caso a la fiscalía para que investigue si hay indicios de delito. Esta última, como no hay ninguna denuncia previa, dice que no puede investigar nada.

»Ya les he comunicado que la denuncia se está redactando y que en pocos días la habré finalizado. Los informes periciales están muy avanzados. He pensado que las demandantes sean ocho o nueve, no lo tengo decidido todavía. Serán los casos en los que creo que aún perdura el delito porque los daños psicológicos claramente están vivos y no han prescrito. Los demás testimonios los utilizaremos como herramienta para reforzar las declaraciones de las demandantes.

—Entonces, ¿por qué tanto alboroto? Por la manera de dar la noticia, parecía que había sucedido algo importante.

—La defensa de Coronado ha pedido que reemplacen al presidente de la comisión de investigación del colegio de médicos, porque, según sus estatutos, tiene que ser alguien de más edad que el acusado. Así que lo han sustituido por alguien mayor.

—¿Y qué se sabe del nuevo?

—Este señor ha dictaminado que, mientras no haya sentencia condenatoria, Coronado puede seguir ejerciendo.

La noticia la golpeó como un puñetazo. Se quedó anonadada, aunque no le extrañó lo más mínimo. Estaba segura de que lo más probable es que fuera conocido suyo. Se habían lavado las manos, como Pilatos.

Igual que en una premonición, su teléfono comenzó a sonar. Era Rosario quien la llamaba.

—Violeta, cuéntanos. Estoy reunida con algunas compañeras y ya les he dicho que te encuentras con el abogado enterándote de las últimas noticias. He puesto el teléfono en manos libres para que te oigamos todas a la vez.

Violeta le hizo una seña a Mario para que la disculpara y se levantó. Dio vueltas como un animal enjaulado mientras les contaba las novedades, que no eran del todo buenas. Al finalizar la conversación, lanzó el teléfono encima de la mesa con desánimo.

—Esto significa que La Rata podrá seguir ejerciendo, ¿no?

—Me temo que sí. —Mario no quiso endulzarle la respuesta.

—Eso es lo que peor voy a llevar. Hay veces en que me parece que no podré soportar la presión. —Respiró hondo, intentando recobrar el aire que le faltaba.

Mario se alarmó.

—¿Te encuentras bien? No quisiera que sufieras un ataque de ansiedad.

—Sí. No te preocupes, que la sangre no llega al río. Más bien, estoy en pleno ataque de furia. —Mario se carcajeó—. No sé qué te parece tan gracioso. Esto es muy fuerte.

—Violeta, tienes que estar preparada para los reveses que podamos sufrir. Me alarma que reacciones así ante el primer contratiempo.

—¿Que te alarma? —repitió—. ¡Esto es el colmo! Lo que me faltaba por oír. —Se puso en pie, furiosa—. Para que te enteres —le dijo, acercando su rostro al suyo—, he pasado muchas vicisitudes a lo largo de mi vida para que me insultes tratándome como una muñeca de porcelana. Tengo todo el derecho a reaccionar como me dé la gana. ¿Te ha quedado claro?

Buscó su abrigo e hizo una salida gloriosa zarandeando el bolso.

—¡Vaya carácter! —oyó a sus espaldas.

Mientras esperaba el ascensor, se abrió la puerta del bufete y apareció Mario con la chaqueta a medio poner, el maletín en una mano y sujetando unas llaves con la boca. Al verla, se paró en seco.

—Justo iba a buscarte. No creo que sea bueno que te vayas así.

—Así, ¿cómo? —Violeta era un sabueso que no estaba dispuesto a soltar a su presa.

—Con este malentendido entre ambos. No es agradable.

—¿Malentendido? Yo diría «cabreo gordo».

—Bueno, como quieras —le concedió—. Te llevo a casa; ya es un poco tarde.

—Lo único que me faltaba: aparecer en mi casa contigo —se le escapó. Cuando se dio cuenta de su error, ya era tarde. Había dejado traslucir demasiado con ese comentario.

Mario pareció turbado.

—Siento molestarte. Solo quería ser amable.

—Por supuesto —contestó con un tono más amistoso—. Lo has sido, lo que ocurre es que en casa estamos pasando por momentos delicados a consecuencia de todo este asunto. No quisiera

dar lugar a malentendidos o verme obligada a dar explicaciones sin motivo.

El ascensor llegó y Violeta abrió la puerta para marcharse.

—Baja tú primero. Acabo de recordar que me he dejado unos documentos dentro.

—Muy bien. Buenas noches, y gracias otra vez por tu ofrecimiento.

—Buenas noches.

CAPÍTULO 22



Por favor, ponte en contacto conmigo cuando leas este mensaje. Estoy en el colegio de los niños. Es importante.

Violeta sujetaba con fuerza el teléfono entre sus sudorosas manos. El calor que reinaba en la antesala de la dirección del instituto Torres de Tomares la iba a matar. Había intentado contactar con Daniel desde que la habían llamado de la secretaría del colegio, rogándole que se presentara ante el director; sus hijos se habían visto envueltos en una pelea en el patio.

—¿Queréis explicarme de una vez qué es lo que ha propiciado todo este embrollo? —Violeta interrogó a Marcos, cuyo pómulo estaba adquiriendo el tamaño de un melocotón y el color de una ciruela. El ojo comenzaba a cerrarse debido a la hinchazón.

—El matón ese me chuleó, y no me quedó más remedio que pegarle —le contestó mientras echaba una mirada de reojo hacia los cristales que los separaban del otro adolescente, quien se hallaba dentro del despacho del director junto con sus padres.

—No lo entiendo. Siempre hay alternativas antes de comenzar una pelea. Podrías haberlo ignorado.

Marcos bajó la vista al suelo.

—¿Y tú, Nacho? ¿Qué hacías allí?

—Un amigo me avisó de la bronca y acudí a ayudarlo. —Se limpiaba el hilo sanguinolento que le goteaba por la nariz. Violeta le tendió un paquete de clínex.

No estaba nada convencida de sus respuestas. Allí pasaba algo.

Volvió a revisar la pantalla del teléfono para comprobar si Daniel había leído el último mensaje. Estaba inquieta. Nadie sabía decirle dónde se encontraba, a pesar de haber hablado con su secretaria. Supuestamente había acabado la reunión de primera hora de la mañana. Se apostaba algo a que estaba tomándose un café, tan tranquilo con algún cliente, y ni siquiera miraba el móvil. De todas formas, si no daba con él su secretaria, no lo haría nadie. Confiaba en ella.

Su preocupación iba en aumento. Sus hijos jamás se habían involucrado en una riña de ese calibre, y no sabía por qué se mostraban tan reacios a hablar con ella. Intentó no proyectar su furia sobre la ausencia de su marido, que la quemaba por dentro. Ya era extraño que Marcos se peleara (aunque admitía que si lo provocaban podía enredarse), pero que lo hiciera el pequeño se le antojaba inaudito. Nacho siempre se comportaba de un modo conciliador con todo el mundo, y le gustaba solucionar los conflictos hablando. En su naturaleza pacífica no entraban las broncas. Eso era lo que la tenía realmente inquieta.

La puerta del despacho se abrió y salió el otro implicado con sus padres. Violeta observó consternada que su cara lucía todavía peor que las de sus hijos.

—Buenos días —saludó—. Soy la madre de Marcos y de Nacho. Siento lo que ha pasado. —Les tendió la mano.

—Espero que les dé mejor ejemplo a los vándalos de sus hijos. —La señora, que debía de ser la madre, la miró con odio; el padre ni se molestó en hacerlo. Se marcharon con prisas, sin ni

siquiera intentar ser corteses.

Violeta se horrorizó. Los primeros que debían aprender educación eran ellos.

Don Bernardo, el director, los hizo pasar. Sus hijos entraron arrastrando los pies y con la cabeza baja, concedores de que nada bueno les esperaba.

Las paredes forradas de madera de la habitación le hicieron sentir claustrofobia. Un sentimiento de agobio la dominó. En las paredes, junto a los títulos académicos, había varias fotos enmarcadas; debían de ser también educadores. Regueros de sudor descendían por sus sienas.

—Bueno, chicos, ¿le habéis contado a vuestra madre lo que ha pasado?

Don Bernardo poseía fama de estricto entre los alumnos, siempre fiel cumplidor de las normas, que hacían del instituto el centro en los que todos querían estudiar. El nivel académico del Torres era muy bueno, y había recibido premios y reconocimientos por su labor docente.

—No. No lo han hecho —contestó Violeta—. No termino de saber la causa de la disputa. Usted sabe que mis hijos no suelen ser pendencieros. —Se dio cuenta de que ya estaba disculpándolos. Le dio rabia, porque así daba por hecho que eran culpables. Intentaría contenerse.

—Si le parece bien, vamos a pedirle a Marcos que nos la cuente, ya que fue el que la inició.

—¡Eso no es verdad, yo no inicié nada! —exclamó el aludido, encolerizado—. Él fue el que comenzó todo.

—Tranquilo, Marcos. Conserva la calma, que estamos aquí para escucharte. Quiero toda la verdad. —El rostro amable de don Bernardo se mostraba firme.

—Estábamos en el recreo y se acercó a mí para decirme que todo el colegio sabía que yo era un *pringao* porque mi madre estaba entre las locas que se habían acostado con el psiquiatra.

Violeta sintió como si un caballo la hubiera coceado. Se quedó bloqueada de la impresión.

Marcos se echó a llorar.

—Pregúnteles a mis amigos. Ellos estaban allí —terminó entre desgarradores sollozos. Violeta lo abrazó con fuerza.

—Shhh, calma. Ahora veo que no te quedó más remedio que defenderte —susurró en su oído. Su hijo se estremecía entre sus brazos—. Tranquilo, ya verás como todo se arregla.

También oyó gemir a Nacho, sentado a su lado.

Don Bernardo apretaba los labios con la vista clavada en el bolígrafo que daba vueltas entre sus dedos. Violeta pensó que estaba afectado. El dolor y la culpa crecían dentro de ella, desgarrándola.

—Nacho, ¿estás de acuerdo con lo que dice tu hermano, o tienes algo que añadir? —le preguntó don Bernardo con un tono plano que no dejaba traslucir nada.

—A mí me avisaron de que a Marcos le estaban pegando. Cuando llegué, oí cómo llamaban «puta» a mi madre; entonces, sin pensármelo, me uní a la pelea. —Grosos lagrimones caían por su rostro.

Violeta continuaba tan impactada que no le salían las palabras.

—Chicos, esperad a vuestra madre fuera. Me gustaría que conversáramos un rato.

Los dos obedecieron, cabizbajos e intranquilos.

—El colegio abrirá una investigación y estudiará lo acontecido para actuar en consecuencia. —El director no se anduvo por las ramas.

—¿Cómo es posible que ocurran estas cosas? Mis hijos no tienen por qué sufrir ataques verbales ni de ningún otro tipo. ¡Son adolescentes, por amor de Dios! Y encima, esos señores se permiten el lujo de no saludarme y darme lecciones de educación. ¡Es increíble! —Violeta comenzaba a salir de su estupor.

—Señora, comprendo que esté alterada, sobre todo por las connotaciones personales que

tiene el incidente, pero debe dejarnos a nosotros la labor de educar y aplicar las normas del centro sobre los alumnos. Por desgracia, este asunto está presente en todas las redes sociales, y los niños, en muchos casos, gozan de acceso ilimitado a ellas. La mayoría no sabe filtrar las informaciones que le llegan. Le ruego confianza y tiempo. —Su voz denotaba determinación, pero no estaba exenta de amabilidad.

—Desde luego, pero sepa usted que me cuesta mucho concedérsela. Lo que me pide el cuerpo es ir a poner una denuncia contra ese desalmado y sus padres.

—Lo comprendo —sonó fatigado, como si le costara pronunciar las palabras—, pero la versión del otro chico es diferente a la de su hijo. Él asegura que todo lo comenzó Marcos, y que, al sentirse acorralado, los insultos se le fueron de las manos. Esa es la razón por la que debemos asegurarnos bien antes de actuar.

»Váyase a casa con los chicos. Marcos no debe acudir al centro durante tres días, ya que ese es el castigo que dictan las normas por haber estado involucrado en la pelea. Creo que ese tiempo también lo ayudará a recuperarse emocionalmente y de las heridas de la cara. Aconséjele que les pida a sus amigos que lo tengan al tanto de los deberes.

»Con respecto a Nacho, él puede continuar con sus clases mañana. Hoy es mejor que se vaya y se tranquilice. A pesar de que también ha participado, es más pequeño y contra él no hay nada. A todos nos consta su carácter afable y pacífico.

A Violeta le parecieron bien sus recomendaciones. Aunque su instinto maternal le pedía sangre, le constaba que no debía actuar en caliente; además, quería hablar con Daniel y, una vez serenos, actuar en base a las decisiones del colegio. Le dio las gracias al director y se dispuso a hacer lo que le pedía.

Se quería morir.

El tintineo de las llaves al dar vueltas en la cerradura la puso sobre aviso de su llegada. Hacía un rato que Daniel la había llamado y, tras explicarle brevemente lo ocurrido, le comunicó que llegaría pronto. No sabía dónde había estado, ni importaba en esos momentos. Estaba preocupada por sus hijos.

Al salir del colegio, los tres se habían dirigido a urgencias, donde, aparte de curarlos, redactaron un informe de lesiones y sacó fotos de sus heridas. Por desgracia, vivían en una jungla, y si no actuabas a tiempo, los chacales te devoraban.

Esos informes los guardaría y solo echaría mano de ellos en caso de extrema necesidad. Ya se encontraba más tranquila, y le había dado tiempo a reflexionar. La intuición le decía que don Bernardo sería ecuánime, y a ella la intuición siempre le había jugado buenas pasadas. Lo más importante era que sus hijos no se sintieran acosados. Había estado conversando con ellos y le habían asegurado que había sido un caso aislado, por lo que eso la había ayudado a sosegar.

Les manifestó que se sentía muy orgullosa de ellos por haberla defendido, pero que no debían volver a hacerlo, porque para ella lo más relevante era que estuvieran bien. Les explicó que no tenían que sentirse jamás avergonzados de lo que le había ocurrido, puesto que, aunque a veces las personas pretendían vivir de espaldas a la realidad, la verdad purificaba el alma, como le había sucedido a ella.

En ese momento, Marcos descansaba en su cuarto, y Nacho hacía la tarea que debía entregar al día siguiente.

Afrontarían los acontecimientos unidos.

Violeta puso al corriente a Daniel, que la escuchaba preocupado, de todo lo ocurrido en el

instituto y, después, de las conversaciones en casa. También le contó que había estado en el hospital; no quería dejarse nada en la manga.

—Ya puedes imaginar lo que pienso de todo esto y a quién considero responsable. —Daniel apretaba la mandíbula. Sus ojos eran dos piedras de granito.

—Por favor, ¿puedes parar de intentar destruirme? ¿No te das cuenta de que te necesito..., que todos te necesitamos más que nunca?

—No seas cínica —le espetó con violencia—. Te considero la causante de que la familia entera esté sufriendo. Voy a ver a los niños. —Se levantó y la dejó con la palabra en la boca.

Violeta reprimió el llanto. No iba a llorar. Daniel siempre conseguía que se sintiera miserable.

Después de un rato en el piso de arriba, adonde ella no se había atrevido a subir por no empeorar las cosas y que los niños tuvieran que presenciar otra pelea, Daniel bajó y salió de casa dando un portazo. No le dijo ni adónde iba ni si volvería.

Creía que ya no podría sentirse peor de lo que ya estaba, pero se equivocaba.

CAPÍTULO 23



Después de diez días de deliberaciones, la decisión del instituto no tardó en llegar. Tras reunir a los padres con los protagonistas de la pelea, les hicieron saber que ambos serían amonestados, como paso previo a la expulsión, si volvían a incurrir en alguna conducta anómala. Dejaron muy claro que en el centro no estaban dispuestos a pasar ni una más, ya que iba en contra de los valores que querían inculcar. Dicho esto, instaron a Julio, que así se llamaba el otro niño, a disculparse ante Marcos y sus padres por los insultos, recalcando que tanto esa clase de lenguaje como dichas actitudes no eran toleradas.

La familia Ibáñez aceptó la resolución satisfecha. Julio se disculpó cabizbajo, acompañado de sus progenitores, que, con los rostros verdes, se marcharon sin mediar palabra.

Gracias a Dios, los chicos retomaron sus vidas con normalidad; por desgracia, Violeta no pudo decir lo mismo respecto a su convivencia con Daniel. Sus largas ausencias, sumadas a sus caras largas durante sus presencias, dejaban el ánimo de Violeta por los suelos. Daniel la castigaba con su silencio, y cada día que pasaba, ella sentía que algo duro y rígido crecía en su interior.

El trabajo era su refugio, el lugar donde se evadía de los problemas personales que la acuciaban. Las horas transcurrían muy rápidas debido a la intensidad con la que se enfrascaba en los asuntos laborales. Elena y Pura la ayudaban a no desfallecer y seguir adelante en el día a día.

—Violeta, acaba de llegar una visita que desea verte. No tiene cita. —Silencio. La voz del interfono la apartó del estudio de viabilidad en el que estaba inmersa.

Se extrañó mucho del comunicado tan escueto. Estaba a punto de coger el auricular para recabar más información cuando unos ligeros golpes precedieron a la entrada en tromba de Rocío. Tenía la cara desencajada.

—Esta aquí el psiquiatra, Jerónimo Coronado. He venido en persona para que no oyera mi conversación contigo. —Se la veía muy agitada.

—¿Estás segura de que es él? —preguntó extrañada.

—Completamente. ¡Para no reconocerlo!, después de meses viendo su cara en todos los medios.

—¿Te ha dicho qué es lo que quiere? —Su corazón comenzó a bombear con más brío.

—No. Solo me ha preguntado si estabas aquí y me ha explicado que desea hablar contigo. ¿Qué hago? ¿Le digo que pase?

Su primer impulso fue responderle que lo mandara a paseo. No quería verlo. Luego, pensó que ella jamás le había negado la palabra a nadie. Decidió que esa no sería la primera vez.

—Gracias, Rocío. Hazlo pasar —contestó con resolución.

—Si me necesitas para cualquier cosa, incluso para echarlo, no dudes en llamarme. —A Violeta la enternecieron sus ansias de protegerla.

Lo primero que percibió cuando apareció fue que su apariencia física no era la misma. Estaba mucho más delgado y demacrado. Grandes bolsas colgaban bajo sus ojos. La papada era puro pellejo, así como la cara, lo que le daba aspecto de perro pachón.

Su sola su presencia le causaba repulsa. Hizo un esfuerzo y se contuvo para no demostrarlo.

—Hola, Violeta. Me alegro de verte —la saludó tendiéndole la mano.

Ella no se molestó ni en levantarse ni en devolverle el saludo.

Dejó la mano caer.

—¿Para qué has venido? —No le apetecía ser agradable.

—Tienes un despacho muy bonito —dijo zalamero. Los recuerdos acudieron de golpe: había empleado el mismo tono para intentar embaucarla—. Me alegro de que la vida te haya tratado bien. —La miraba con dureza, echándole cojones. Sin un atisbo de remordimientos. Se daba cuenta de que ya no era nadie, que no podía llegar a ella.

«¿A qué habrá venido el pervertido este? El tío sigue igual de chulo que siempre. Está tan enfermo que parece que no va con él la cosa».

—No me hagas repetir la pregunta. Dime lo que quieres o te marchas. En realidad, no deseo hablar contigo. Te he recibido por cortesía. —La bilis le subía hasta la boca.

Creyó morir cuando recordó sus manos sobándola, colándose por el escote, intentando llegar a los pechos. Su asqueroso aliento besándola... Se obligó a volver al presente.

—Ya veo que no me lo vas a poner fácil. —Cualquier atisbo de amabilidad desapareció de su rostro—. Vengo a suplicarte que retiréis la denuncia. Me habéis arruinado la vida a mí y a mi familia. Creo que os podéis dar por contentas con los resultados obtenidos.

—Eres el único responsable de tus actos a lo largo de todos estos años. —Ese tío le daba verdadero asco. Ya no se molestó en esconderlo, no podía—. Tú eres el único a quien tu familia tiene que agradecer la situación en la que se encuentra. Eres el monstruo abusador que se ha estado aprovechando de la debilidad de los demás mediante su profesión. Eres la rata que tiene la desfachatez de presentarse aquí con piel de cordero suplicando una clemencia que no sientes —le escupió.

La ira palpitaba en su cabeza. El corazón le latía descontrolado. Había perdido el control sobre sí misma delante de él, y eso no se lo podía permitir. La hacía parecer débil, y le mostraba que todavía ejercía cierto poder sobre ella.

—Mi trabajo es lidiar con gente que no está equilibrada; esas mismas personas, ahora, actúan impulsadas por la venganza al no haber cubierto sus expectativas de curación.

—¡No me vengas con gilipolces, imbécil! —No le quedó más remedio que insultarlo. La había sacado de quicio. Las burbujas de cólera bullían en su interior como una cafetera exprés hasta que explotó—. Te has estado acostando con todas las pacientes que has podido sirviéndote de manipulaciones y mala praxis. Les has arruinado la vida. Te recuerdo que conmigo también lo intentaste, capullo. Todos hemos tenido que pagar un alto precio debido a tus acciones. —En ese momento, pensó en su matrimonio, tan deteriorado—. No me das ninguna pena; por el contrario, espero que pagues por todo lo que has hecho. —Se estremeció de rabia.

—Veo que esta visita no ha sido una buena idea. Esperaba hallar en ti más sensatez que en todas las demás —dijo condescendiente.

—No sé por qué. Al revés: tras descubrir el alcance de tus actos, creo que ya no tienes perdón. Eres un depredador sexual.

»Por supuesto que las informaré a todas de esta visita. Ahora, si me disculpas, debo seguir trabajando.

Violeta giró su silla hacia la ventana para darle la espalda, esperando que se marchara. El pulso latía errático y las manos le temblaban. Se las agarró con fuerza para ocultarlo. Oyó que por fin se levantaba y salía. Suspiró aliviada, dejando escapar parte de la tensión acumulada.

No pasó ni un minuto cuando Elena y Rocío atravesaron el umbral. Violeta se levantó y apoyó

la frente sobre el frío cristal. El contacto mitigó un poco el dolor de cabeza.

—No os preocupéis. Estoy bien.

—¿Qué quería ese bicho? —inquirió Elena.

—¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo? —Rocío se mostró preocupada.

—Pues mira, no me vendría nada mal una tila bien cargada y un paracetamol. La cabeza me está matando. —Violeta volvió a tomar asiento. Se frotó las sienes—. Que retiremos las denuncias, eso es lo que quiere —le contestó a Elena.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Aparte de lo que pienso de él, le he respondido que no, por descontado. De todas maneras, se lo contaré a las demás para ver qué opinan. Reír es lo mínimo que harán.

Rocío llegó con la infusión y una pastilla.

—Anda, tómatela. A ver si mejoras —le dijo con cariño—. Has debido de pasar un rato horroroso, ¿verdad?

—Pues sí, ¡para qué te voy a engañar!

Violeta les describió con detalle la conversación mientras bebía con calma el líquido caliente, que le sentó de maravilla.

—Venga, acábatelo, que te llevo a casa —ordenó Elena en un arranque—. Creo que te mereces un descanso. Te llevo en tu coche y me vuelvo en un taxi. No creo que estés en condiciones de conducir.

—Voy a hacerte caso. Necesito tumbarme y cerrar los ojos durante un rato. Muchas gracias por todo. Os quiero.

La vida le había dado mucho. La emocionaba saber que la protegían.

CAPÍTULO 24

LA PRESCRIPCIÓN DE LOS DELITOS SALVA DEL BANQUILLO AL PSIQUIATRA Y COFRADE JERÓNIMO CORONADO.

Violeta y Rosario leían los titulares de la prensa que sostenían en sus respectivos regazos. El mazazo había sido despiadado. Al final, todo se quedaría en nada.

Cogió otro periódico y siguió leyendo.

La Audiencia de Sevilla confirma que han prescrito los supuestos abusos sexuales cometidos contra una treintena de pacientes.

Oyó unos ruidos guturales y volvió la cabeza para comprobar que Rosario lloraba. No hizo amago de consolarla. No tenía fuerzas; ella mima se controlaba a duras penas.

Las siguientes frases expresaban exactamente lo que sentía.

Las denuncias llegaron demasiado tarde. Nunca podrá saberse si el psiquiatra Jerónimo Coronado cometió los delitos de abusos sexuales o contra la integridad moral de los que lo acusaban, inicialmente, ocho mujeres, a las que más tarde se sumaron varias decenas más. Los hechos denunciados han prescrito.

La puerta de su derecha se abrió y Mario se quedó parado en el umbral observando un panorama desolador: dos mujeres adultas moqueando en la sala de espera de su despacho.

—Pasad, por favor. —Su tono era árido, como la tierra yerma. Se echó hacia un lado para cederles el paso y cerró a su espalda—. Tomad asiento y secad esas lágrimas —ordenó sin miramientos. Ese hombre poseía un corazón de piedra.

A esas alturas, ya arrasaban los ojos de Violeta. Depositó con asco encima de la mesa las páginas que sujetaba, y ambas lo obedecieron como dos autómatas.

—No sé cómo nos vamos a recuperar de este golpe —susurró Rosario—. Ese malnacido se ha salido con la suya.

—En eso no te doy la razón. Daos cuenta de que el fiscal vio indicio de delito, y solo se ha librado por la prescripción de los hechos, según la sentencia. Eso no hay reputación que lo resista, y menos en una ciudad como Sevilla.

—¡No me importa la reputación! ¡Yo quería que pagara por ello! —Rosario se enrabietó como una niña chica. Era la primera vez que Violeta la veía perder los papeles.

—Este resultado me duele como al que más. No voy a escudarme en términos jurídicos para justificarlo. A pesar de que siempre os advertí de esa posibilidad, esto es duro. Comprendo perfectamente vuestros sentimientos.

Las palabras de apoyo aumentaron la intensidad de los sollozos.

Mario les tendió una caja de clínex que tenía encima de su escritorio. Posiblemente, ya estaba preparado para situaciones similares. Aquello se asemejaba a la consulta de un terapeuta.

—Después de estas noticias tan buenas —ironizó Rosario—, ¿se puede recurrir la sentencia? —Volvió a ponerse en pie de guerra.

—Sí. Cabe recurso ante el supremo. Pero os aconsejo que lo pensemos seriamente, porque costaría tiempo y dinero. —Hablabla sin perder su flema.

—¿Podrías informarnos de los plazos y del coste que supondría? —preguntó Violeta. Mario posó su mirada en ella, y le pareció ver ternura en sus ojos.

«Empiezo a delirar». Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

—¿A qué hora os habéis citado con las demás? —preguntó. A Violeta le dio la impresión de que quería cambiar de tema. Mucho se temía que sería caro, y tal vez no quería deprimirlas más de lo que ya estaban.

Los recursos de los que disponían eran muy limitados debido a la estabilidad económica de todas en general. Aunque las que estaban mejor posicionadas económicamente habían corrido con la mayoría de los gastos, las demás no querían quedarse atrás. La situación era complicada.

—En media hora deberían empezar a llegar. Gracias por acceder a reunirse con todas en tu sala de juntas para explicarnos el fallo del tribunal.

—Si es que hay algo que explicar... —apuntilló Rosario con tono ácido.

—Vamos a dejar este victimismo de lado y limpiémonos las lágrimas antes de hablar con las otras. No creo que sea positivo para nosotras. Bastante decepcionadas estarán para que añadamos leña al fuego. —Más que reñir a su compañera, lo hacía consigo misma.

Mario sonrió, y eso le calentó el alma.

—Tienes razón, mandona. Entremos con la mejor cara posible. ¡Pintémonos los morros! —Rosario pareció animarse. Era especialista en fingir estados de ánimo que no sentía.

«Serán los años de práctica». A su pesar, ella también sabía mucho de eso.

—Totalmente de acuerdo. —Cogió el bolso y rebuscó en su interior. Ambas se maquillaron allí mismo con toda naturalidad.

—Señoras, si lo deseáis, podéis pasar al cuarto de baño. Allí hay espejo —les aconsejó el abogado removiendo papeles.

Violeta se dio cuenta de que estaba poseído por un repentino ataque de timidez.

—No te preocupes —contestó Rosario, con absoluto desparpajo, mientras se coloreaba los labios de rojo intenso—. No nos importa. Estamos acostumbradas a hacerlo sin mirar.

Violeta lanzó una carcajada que no pasó de ser un sonido cascado, como el de un grajo. Tenía el corazón estrujado por la pena.

—Me parece que os voy a invitar a tomar un café. Por mucho que intentéis remediarlo, tenéis un aspecto lastimoso.

—Vaya... Muy amable. Gracias por la parte que nos toca —replicó Rosario picada.

—Yo, si no os importa, directamente voy a pedir una copa. —Violeta respiró hondo. No iba a permitir que aquel asunto le hiciera más daño.

—Ganas me entran de tomarme otra, porque no quiero ni pensar lo que va a suponer comunicarles a la demás la noticia, pero no bebo en horas de trabajo —bromeó Mario. No obstante, se lo notaba preocupado.

Violeta los oía hablar como si estuvieran lejos, muy lejos, igual que un murmullo de fondo. Dejó vagar su mente, permitiéndose sucumbir al desaliento. Estaba cansada de disimular el tortuoso dolor que albergaba; la verdad era que la sentencia la había afectado mucho más de lo que dejaba entrever. Todo se había acabado tal como empezó: de repente, sin previo aviso. Pero

eran muchas las heridas que todas se habían dejado abiertas por el camino.

Se fijó en una paloma muerta que yacía sobre la acera; resultaba casi indistinguible porque era del mismo color gris plomo. Los viandantes pasaban a su lado sin reparar en ella. Todos iban demasiado deprisa para tratar de averiguar si por algún casual todavía vivía, aunque no lo creía, dada la rigidez de la postura. Así se sentía ella, como esa pobre paloma a la que nadie hacía caso a pesar de estar rodeada de gente.

—Violeta, ¿te encuentras bien? —Mario le tocó el hombro con cariño. Parecía preocupado.

—Perdonadme. Estoy bien. —Sumida en su propio dolor, se había olvidado del ajeno—. ¿Qué me decíais?

—Comentábamos las posibilidades que hay de iniciar un recurso, pero quizá este no sea el momento adecuado para mantener esta conversación. Tendremos tiempo de sobra. —Rosario sacó un pañuelo del bolso para limpiarse de nuevo las lágrimas.

La tarde transcurrió con exasperante lentitud. Las chicas se lo tomaron igual de mal que cabría esperar. El disgusto fue generalizado. Ya había anochecido cuando acabaron. A ella le apetecía dar un paseo, por eso dejó el coche aparcado y se dirigió andando a la parada del metro. Una vez en su destino, se encaminó a su casa arrastrando los pies.

No pensaba molestarse en darle la noticia a Daniel. No se lo merecía.

CAPÍTULO 25



Violeta se contempló en el espejo de cuerpo entero de su dormitorio. Le agradó lo que vio. Esa noche estrenaba un precioso vestido largo de color rojo, creado por sus amigas, las diseñadoras sevillanas Ángela & Adela, y, como siempre que ellas confeccionaban algo, lo consideraba un acierto. Unas sandalias y pendientes dorados le servían de complemento. Su melena oscura brillaba, a juego con sus ojos.

Daniel salió del vestidor ataviado con un esmoquin para la ocasión. Acudían al Rotary Club, donde iban a concederle el premio al empresario del año.

—Te ayudo. —Ella se ofreció, cariñosa, para abrocharle los gemelos, atorados en los ojales.

—Gracias. —Él apenas la miró.

Lo disculpó atribuyéndolo a los nervios.

De camino al hotel donde se celebraba la cena y posterior entrega del premio, no se dirigieron la palabra, como era la tónica general. Solo la música de Juan Luis Guerra que salía de la radio rompía el silencio en el habitáculo del vehículo. Gracias a eso, no se le hizo tan largo el trayecto.

Entraron en el salón y enseguida fueron absorbidos por la gran cantidad de invitados que habían acudido al evento.

Saludaron a Álvaro Pastrana, el presidente del club, un señor entrado en años, con una semicalvicie y ojos claros. Una barba bien recortada le cubría el mentón. Violeta detectó un fuerte olor a costosa colonia de hombre, que lo envolvía como una nube de mosquitos. Su mujer, Magdalena de la Cuesta, una señora morena y de ojos también claros, parecía un árbol de Navidad recargado de adornos. Ambos tenían una mirada amable, por lo que a Violeta le parecieron buenas personas.

Transcurrió un buen rato entre cumplidos y chascarrillos, hasta que se sentaron a la mesa presidencial, en el sitio reservado para el homenajead y su esposa. Allí estaba congregado lo más granado del sector financiero de la ciudad; además, también habían acudido la familia y los compañeros de empresa con los que, Violeta estaba segura, Daniel compartiría el premio, ya que todos juntos formaban un gran equipo. Ella se sentía contenta por él; sinceramente, pensaba que no había mejor candidato que su marido, ya que era un trabajador infatigable y no temía los horarios. Su perfeccionismo hacía que no cesara en su empeño hasta que todo estuviera como él consideraba oportuno.

De cenar, les sirvieron una crema de guisantes, una lubina a la sal y de postre, una macedonia. La estancia lucía hermosa con los enormes centros de flores que adornaban las mesas. Lanzaban aromas dulzones a nardo y madreSelva, que se pegaban a la pituitaria. Solamente los jarrones que las contenían eran pequeñas obras de arte, y le proporcionaban un toque de personalidad al lugar que ocupaban los comensales.

Finalizados los postres, y a la espera de los cafés y las bebidas, tomó la palabra don Álvaro, que hizo un recorrido por el extenso currículum de Daniel, enumerando sus logros y elogiando su calidad humana; haciéndolo merecedor del reconocimiento de los rotarios. Tras entregarle una

placa grabada, lo arrojaron con un caluroso aplauso. Daniel se dirigió al pequeño estrado donde estaba situado el atril para agradecerlo.

Violeta miró a su alrededor: todo el mundo lo escuchaba con embeleso. Entre las personas invitadas, se encontraba el dueño de una gran cadena de supermercados, los presidentes de compañías exportadoras y el de la cámara de comercio, entre otros. Sorprendida, observó que incluso habían asistido altos mandos militares y políticos regionales.

«En fin —pensó—, todos los representantes del éxito bajo el mismo techo».

Enseguida enganchó el hilo de sus pensamientos con el presente, y escuchó a su marido, que iba desglosando las claves que él creía necesarias para triunfar en los negocios, y cómo detectar las señales cuando un proyecto había finalizado.

—Así que, cuando estés extenuado, frustrado, ansioso, preocupado, o simplemente enloqueciendo, tal vez quiere decir que esa línea de tu negocio está agotada. Significará que ha llegado el momento de cortar por lo sano y desecharla para comenzar de cero con un desafío más ilusionante.

Un sexto sentido la puso sobre aviso y se le encendieron todas las alarmas; el estómago le dio un vuelco. De repente, todo encajó en su cabeza: Daniel hablaba de ellos dos.

Buscó su mirada con ansias hasta que la atrapó, los ojos llenos de lágrimas. Los furiosos latidos de su corazón golpeaban su pecho. Eran dolorosos, como los de un tambor que retumbaba cargado de angustia, anunciando la debacle. La mirada de él era fría, casi cruel. Sus ojos eran dos carbones petrificados, sin vida. Durante unos segundos llenos de irrealidad para ella, se transformaron en ascuas de dolor compartido por lo que había sido su historia en común. Fue tan fugaz como el relámpago en medio de la tormenta; ese resplandor que lo ilumina todo durante unos segundos y te impide apreciar en detalle lo que abarca la mirada. Creyó que lo había imaginado.

Se dio cuenta de que estaba actuando sin sentimientos, como si de un cirujano se tratase; allí, frente a todos, diseccionaba su matrimonio con total carencia de escrúpulos. Sabía que la dejaría, que todo estaba acabado; sin embargo, lo había visto venir.

Violeta buscó entre la gente que aplaudía de pie al acabar la intervención. No se sentía con fuerzas para volver a mirarlo; estaba deshecha, destrozada. Sus ojos se posaron en la mesa situada cerca del escenario, la más ruidosa. Estaba compuesta por los compañeros de trabajo de Daniel. No sabía lo que buscaba hasta que lo encontró: Belén García, jefa de ventas.

Era una de las más veteranas en la empresa, por lo que se conocían muy bien. Se sintió doblemente traicionada por tratarse de alguien conocido, pero, a la vez, tampoco se sorprendió de que fuera con ella. Rubia y con muchas curvas, aplaudía como si no hubiera un mañana con la mirada henchida de pasión. Daniel se volvió, sujetando el premio, y le dedicó una sonrisa.

Violeta tomó asiento y bajó la mirada a las manos, posadas en su regazo. Necesitaba tiempo para recomponerse y no quería echarse a llorar. Consiguió resistir hasta el final del acto.

El camino de vuelta fue una locura. Daniel conducía como un poseso. Le constaba que no había bebido, pero estaba furioso y desataba su rabia en el volante. Ella se agarró con fuerza y permaneció callada, en parte, porque no sabía qué decir, y por otra, porque le daba igual. Estaba tan desmoralizada que no le importaba si se estrellaban. Quizá fuera mejor, y así ya no tendría que seguir luchando.

Cuando entraron en casa, Daniel subió las escaleras. Fue cuando ella reunió fuerzas y se decidió a agarrar al toro por los cuernos. No tendría más oportunidades.

—Te vas a marchar, ¿verdad?

—Sí. Veo que sigues tan perspicaz como siempre. —Daniel no la miró.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —le preguntó con lágrimas en los ojos.

—Cuando terminara de preparar las maletas. No me apetece presenciar ningún numerito. —
Continuó subiendo.

Violeta fue al salón y se sirvió un *whisky*; no le gustaba, pero en aquel momento cualquier cosa servía. Le dio un largo trago y pensó en la suerte de que sus hijos durmieran esa noche en casa de unos amigos. Así sería más fácil para ella.

Permaneció con la mirada perdida mientras oía a Daniel revolviendo cajones.

Cuando lo oyó bajar, pensó que se iría sin mediar palabra, pero no fue así.

—Bueno, ya nos veremos. Tendremos mucho que hablar hasta que aclaremos nuestra situación.

—¿Tienes adónde ir? —Se dio cuenta de lo tonta que debía de sonar. No sabía por qué le preocupaba su destino, quizá fuera la inercia.

—Dormiré en un hotel.

—¿Desde cuándo mantenéis una relación?

Vio sorpresa en su mirada.

—Eso ya no importa. —Su voz sonó acerada.

Dejó las llaves de casa en el recibidor y salió provisto con un bolso de mano.

—Es verdad —se dijo—. ¿Y a mí qué me importa?

El «te quiero» que no pronunció se quedó para siempre en su interior.

Siguió bebiendo. Se sentía tan vacía...

CAPÍTULO 26



Violeta se despertó con las mejillas húmedas, ovillada en el sofá de su casa. No recordaba el momento, pero había debido de coger una manta, porque estaba tapada. Intentó abrir los ojos; no sabía la hora que era. Probó a moverse y un fuerte dolor de cabeza se lo impidió; sentía que le iba a estallar, y no solo eso: un cuchillo clavado en su pecho la desgarraba por dentro, cortándole la respiración.

Los restos del sueño danzaban aún en su mente, provocándole congoja y desesperación. Trepaban como la hiedra hasta enroscarse en su corazón, haciéndola sollozar.

La realidad se impuso con una fuerza aplastante: Daniel se había marchado y no iba a volver. En el fondo de su alma reconocía que ese instante llegaría, para qué se iba a engañar. Sin embargo, jamás pensó que lo haría de una manera tan cruel, con tan poca delicadeza. La había tratado tan mal..., con tanta indiferencia...; la había hecho sentir tan miserable... Tenía cuarenta y tres años y se sentía vieja.

Durante el último año había aprendido a no ignorar la realidad, no importaba lo desagradable que esta fuera. Había familias en las que el amor se entregaba sin condiciones; la suya no era una de ellas.

La imagen de Daniel mirándola desde el estrado se le vino a la mente. El dolor que había creído atisbar en su mirada delató sus intenciones ante ella. Rememoró a Belén, radiante, contemplándolo embelesada, y la hoja afilada se retorció en la herida, incrementando su dolor. Su nuevo amor procedía de una familia humilde, y con esfuerzo y constancia había logrado entrar a trabajar en el departamento comercial a los veintitrés años. Llevaba diez trabajando con él, y Violeta jamás pensó que pudiera liarse con ella. No lo vio venir. Sabía que era competente en su trabajo y que, además, era una trabajadora infatigable. Daniel y ella siempre se habían entendido bien en el ámbito laboral, y no le cabía la menor duda de que Belén viviría consagrada a su trabajo en cuerpo y alma. Justo lo que el ególatra de su jefe necesitaba.

Nunca imaginó que Daniel estaría con otra. ¡Qué tonta! Seguro que esa noche ya había dormido entre sus brazos.

Siguió llorando hasta quedar agotada.

Era duro haber fracasado en su proyecto de vida. ¿Quién le iba a decir cuando lo conoció, con apenas veinte años de edad, que su matrimonio acabaría así? Nadie.

Recordó aquella época ahora tan lejana. Los había presentado un amigo común en Islantilla, la playa donde veraneaban todos los años. Le gustó nada más verlo, y con su presencia, la vida se llenó de colores nuevos. Ambos eran jóvenes y despreocupados, y lo encontró irresistible, muy guapo y con mucho sentido del humor. Su manera de ver el mundo bajo un prisma cínico y un tanto irreverente la atrajo como un imán. Pronto, sus besos y sus caricias abarcaron todo lo que Violeta conocía.

Aquel verano había sido mágico y cambió su vida para siempre. Acudían a la playa, hacían excursiones, iban a pescar. Las tardes transcurrían entre risas y charlas interminables. Por las noches se iban de fiesta. Por aquel entonces, se presentaban a todos los concursos de baile que se

organizaban, lo que los hizo ganar más de una botella de champán. Eran felices y desenfadados.

Ahora se daba cuenta de que ella misma había construido una quimera en torno a él que la había apartado de la realidad. Lo había dado todo para que la relación saliera adelante. Se afanó para que le gustaran las mismas cosas que a él. Empezó a frecuentar sus amistades y a dejar las suyas a un lado, y se fue convenciendo de que llegaría a ser feliz.

¡Qué pena! Toda su vida cimentada en falsedades. Se había esforzado muchísimo para que su matrimonio triunfara, y todo había terminado en un fracaso.

Comenzó a tomar consciencia de que Daniel no la había aceptado nunca por sí misma. Siempre había pretendido cambiarla, y ella fue amoldándose a sus gustos. Hasta que pudo encontrar el coraje y la fuerza en otras personas que habían sufrido tanto o más que ella y, aun así, habían conseguido seguir adelante.

Se había cansado de soportar ella sola el peso de la relación. Si continuaba haciéndolo, terminaría aniquilada. Ahora, dudaba de que algún día la hubiera querido.

Puso todo su empeño en levantarse. Estaba hecha un asco, pero pronto llegarían sus hijos y tenía que recomponerse a toda costa. Pensó que incluso para eso Daniel era un cobarde, pues el peso de hablar con ellos iba a recaer sobre los hombros de Violeta.

Que se portara mal con ella lo sobrellevaba, pero que lo hiciera con sus hijos no se lo perdonaría jamás.

La jornada, desde luego, no prometía ser un gran día.

CAPÍTULO 27



Con lo primero que tropezó su mirada al abrir el frigorífico fue con los yogures bio de ciruelas, los preferidos de Daniel. Lo ojos se le humedecieron. Los agarró con rabia y los tiró a la basura. No quería volver a verlos.

Se preparó un café cargado, que solo contribuyó a que su estómago se revoliera más aún. Picoteó dos o tres uvas del frutero y se dirigió a su dormitorio; los niños llegarían en cualquier momento.

En la habitación, observó que el cajón de la cómoda no estaba bien cerrado debido a un calcetín que se había quedado trabado. Lo abrió, en un genuino acto de masoquismo, y comprobó que no contenía nada, excepto la triste pieza desparejada. En el armario todavía quedaban algunos trajes de chaqueta colgados, los que Daniel solía lucir en las mejores ocasiones. El que se había puesto la noche anterior la desafiaba desde su percha, sabedor de su importancia, aguardando que su dueño volviera a buscarlo. Le entraron ganas de tirarlo, donarlo a Cáritas o destrozarlo. Hizo acopio de su autodominio y se limitó a cerrar la puerta con furia.

En el cuarto de baño, los enseres de higiene personal habían volado. Era lo que esperaba, pero a pesar de todo un puño de hierro le estrujó el corazón.

«No es lo mismo decir que viene el moro a tenerlo a cuestras», pensó con tristeza.

Tomó varias inhalaciones profundas para calmar su ansiedad y se dedicó a poner orden en el cuarto antes de asearse. Sus hijos eran los que le importaban, así que se centraría en ellos.

La ducha con agua casi fría la despejó bastante. Mientras buscaba unos vaqueros en el armario, oyó que ya habían llegado. Encontró una camiseta y el calzado; se los puso con rapidez para bajar a saludarlos. Escudada en su mejor sonrisa, se enfrentó a ellos.

—Hola, chicos. ¿Cómo lo habéis pasado? —Los besó en la mejilla.

—Hola, mamá. Muy bien. Maxi y yo hemos aprovechado para adelantar el trabajo de Lengua. —Nacho se movía inquieto, buscando algo por la habitación.

—¿Dónde está papá? Necesito que me explique una cosa del PowerPoint que voy a presentar mañana —preguntó Marcos.

Violeta hizo una pausa para calibrar la respuesta.

—¿No puedo ayudarte yo? —Usó la táctica más común: contestar con otra pregunta en un intento de despistar su atención.

—Mamá, estarás de broma, ¿no? No tienes ni idea de ordenadores. —Marcos la miró sorprendido.

—Es verdad, lo he dicho sin pensar.

—Mamá, ¿qué hacen estos yogures en la basura? No están caducados. Son los que le gustan a papá. —Nacho le hablaba desde la cocina.

Se dirigió allí notando la mirada suspicaz de su hijo mayor en la espalda.

—¿Yogures? No sé de qué me hablas. Los habré tirado sin darme cuenta. ¡Tengo tantas cosas en la cabeza! —La pobre respuesta no hizo sino ponerla más en evidencia. A esas alturas de la conversación, los dos la observaban con extrañeza. Violeta se sintió desarmada.

—¿Nos quieres contar dónde está papá? —Marcos la agarró del hombro con suavidad.

—Eso mismo digo yo, ¿dónde está?

—¡Deja de repetir todo lo que yo digo, enano! Eres un plasta hasta en los peores momentos.

—Marcos no dejaba pasar la oportunidad para machacar a su hermano.

Violeta se enfrentó a los dos.

—Quería esperar a estar juntos para contároslo, pero, como siempre, con vosotros es imposible. Sois demasiado inteligentes.

—Mamá, ¿nos quieres decir de una vez qué ha pasado? Estás consiguiendo asustarme. — Nacho tenía la cara desencajada.

—Vuestro padre y yo hemos decidido darnos un tiempo para pensar lo que vamos hacer. Ya que no encontramos la manera de solucionar nuestras diferencias, va a pasar unos días fuera de casa, y luego... ya veremos. —Violeta tomó asiento en la cocina, donde sucedían los acontecimientos más relevantes en su casa.

—¡Vaya mierda! —exclamó Marcos—. Eso es lo que dicen todos los padres cuando se van a divorciar. Lo he visto miles de veces en el colegio. —Puso rumbo al salón.

Nacho la observaba con incredulidad.

—No te preocupes, mamá —le dijo con lágrimas en los ojos—. Yo voy a convencerlo para que vuelva. —Se marchó a su habitación. Era la segunda vez que le decía lo mismo; tendría que explicarle que la separación no era responsabilidad suya, pero no en ese momento. No podía más.

Violeta se quedó sola, observando los yogures que su hijo había dejado sobre la encimera. Se levantó con calma y los tiró de nuevo a la basura. Esta vez, se entretuvo en patearlos para que quedaran inservibles para siempre.

Un tremendo sentimiento de culpabilidad la invadió. Le parecía que no había hecho lo suficiente para ahorrarles ese sufrimiento a sus hijos. Por primera vez, sintió miedo del futuro, de vivir sola.

Transcurrieron tres días muy difíciles. Por fin Daniel acudió a la casa y habló con los chicos. Ella también estuvo presente. Fue amable y considerado, dejándoles muy claro que podían contar con él para lo que necesitaran y que los quería mucho. Violeta guardó silencio y corroboró sus palabras, sin añadir que eso ocurriría siempre y cuando no osaran salirse del guion que él ya les tenía trazado. No quiso ser mala; ya cruzarían ese puente cuando llegara.

Su hijo Nacho pidió hablar con él a solas, estaba segura de que trató de convencerlo para que regresara. Después, el pobre se encerró llorando en su cuarto. Violeta subió para abrazarlo. Marcos aparentaba estar calmado, pero ella sabía que la procesión iba por dentro. Tendría que estar muy pendiente de ellos.

Desde entonces, la casa estaba más tranquila. Una pausa serena se había instalado en lo que quedaba de familia y todos seguían con sus vidas. Violeta se sentía más unida a ellos que nunca. Sus hijos parecían más contentos, puesto que el tenso ambiente se había relajado.

La familia de Daniel no le deparó ninguna sorpresa. Excepto Ángeles, los demás se lo tomaron con estudiada indiferencia. Su cuñada Pilar incluso dejó caer que su hermano hacía tiempo que estaba abandonado, ya que ella había antepuesto otras prioridades a las de su pareja.

Violeta escuchó el rollo sin que la afectara lo más mínimo. Ya había perdido la capacidad de hacerle daño.

Su propia madre, sin embargo, fue otro cantar.

—Hija, ya te advertí que si seguías con esas historias perjudicarían tu matrimonio.

—Sí, mamá. Es verdad que me lo advertiste.

—Los hombres no toleran que sus mujeres los dejen en evidencia.

—Ya me he dado cuenta, mamá. —No le interesaba saber a qué se refería.

—Y ahora, ¿se puede saber qué vas a hacer con tu vida? Cuando tus hijos se vayan de casa, estarás sola, como yo. Mira lo que he pasado desde que murió tu padre. Para el caso que me hacéis...

—No lo sé, mamá. Ya iré viendo.

Ni una palabra de consuelo ni interés por cómo lo llevaba o si estaba triste.

Puro egoísmo.

Violeta no recordaba si siempre había sido así o si había cambiado en algún momento. Lo cierto era que no la conocía de otra forma.

Su hermano, en un arranque de sinceridad que la dejó boquiabierta, aseguró que no le extrañaba nada lo ocurrido, ya que siempre pensó que Daniel era un capullo integral.

—Leta —la llamó por el sobrenombre que usaba en su infancia—, no hagas ni caso a mamá, ya sabes que está muy mayor y solo piensa en sí misma. Su mundo se ha reducido al mínimo.

—Me doy cuenta; no esperaba otra cosa de ella.

—Connigo puedes contar para lo que quieras. Quizá ahora consigamos vernos más a menudo —manifestó con una sonrisa apenada, sin atisbo de reproche.

David era un hombre solitario. A pesar de que conservaba los amigos de siempre, incluso del colegio, su vida había sufrido un parón y se había estancado. Seguía con las mismas rutinas diarias y con el mismo trabajo. No le conocía novia ni relación alguna desde que Loli, su novia de la juventud, lo había dejado a los veinte años.

«Su historia es un misterio para mí», pensó con remordimientos.

Ahora se daba cuenta de lo desapegados que estaban y de la familia tan peculiar que formaban. Quizá fue esa la causa por la que se había aferrado tanto a Daniel.

No obstante, no tenía ganas de calentarse la cabeza con cosas del pasado. Ya tenía problemas suficientes. Lo que sí haría, sin duda, sería pasar más tiempo con ellos. Los quería.

Pura y Elena se lo tomaron con naturalidad. Ellas ya se lo venían venir. Según le contaron, no les extrañó nada. A pesar de no expresarlo en voz alta, le pareció que tampoco tenían muy buena opinión de Daniel.

Le propusieron salir a celebrarlo. Realmente, Violeta no creía que hubiera nada que celebrar, puesto que el hecho de separarse, en sí, era un fracaso, pero lo pasó muy bien en su compañía, como siempre; rieron mucho. Le sentó bien abandonar su lúgubre rutina durante un rato.

Cuando se encontraba a solas, su pensamiento volaba hacia él. Veinte años de matrimonio no se borraban de un plumazo. Al imaginarlo con Belén, la amargura la invadía, y se reafirmaba en su decisión de que era lo mejor para los dos.

Ni siquiera la caña que daban todos los medios al hacerse eco del descalabro ante los tribunales la hacía dudar de que, a pesar de todo, había merecido la pena. Por lo menos, la verdad había salido a la luz, aunque no hubieran podido demostrarlo debido a las desastrosas leyes que imperaban en ese país, a su modo de ver, totalmente caducas.

Casi todos los días, al abrir el negocio, aparecían pintadas ocupando el largo de la fachada:

PUTA MENTIROSA. ¿Y AHORA QUÉ?

Les sacaban fotos y lo denunciaban en comisaría por si encontraban a los gamberros. Limpiaban y volvían a aparecer. Elena y ella esperaban con paciencia a que se cansaran, si los agentes no daban con ellos antes.

Todo junto formaba una bola que contribuía a su derrumbamiento. El desánimo y la sensación de fracaso se cebaban en ella en los momentos de debilidad. Entonces, lloraba y se desahogaba para luego seguir adelante.

CAPÍTULO 28



A los tres meses de que se publicara la sentencia, y sin que nada les hiciera presagiar el golpe de buena suerte, el caso dio un vuelco de ciento ochenta grados. Unos padres, acompañados de su hija, se presentaron en el despacho de Mario con intención de interponer una demanda contra el psiquiatra por abusos durante el tiempo en que esta fue su paciente.

Ellos le explicaron que habían acudido a Coronado con Beatriz, que así se llamaba la menor, a raíz de una depresión originada por diversas causas: entre ellas, una ruptura sentimental y la sensación de que no estaba encauzando bien su vida, ya que por aquel entonces estudiaba bachillerato y no sabía hacia donde orientar su futuro académico y profesional, lo cual le despertaba un gran desasosiego.

La situación la había hecho perder mucho peso, por lo que los padres, preocupados, se decidieron a pedir ayuda terapéutica. Le contaron a Mario que eligieron a ese especialista gracias a su reputación y al hecho de que buscar un psiquiatra en Córdoba, donde residían, los pondría en boca de todo su círculo social, lo que querían evitar a toda costa.

—Le he redactado mi declaración por escrito, como usted me pidió por teléfono —comunicó Beatriz al hacerle entrega de unos folios—. Me gustaría que la leyera.

Mario comenzó. Le temblaban las manos por la anticipación.

Cuando mis padres salieron y me quedé a solas con él en aquella consulta, durante mi primera cita, me preguntó de inmediato si tenía novio y, a continuación, si follaba con él. Yo le respondí que no había mantenido aún relaciones sexuales, que solo habíamos compartido algunos besos.

Me aseguró que lo que me pasaba era que no había follado todavía, con la edad que tenía, por lo que no podía liberar mis necesidades.

Toda la hora de consulta giró sobre el mismo tema: mis problemas eran consecuencia de la carencia de relaciones sexuales. Antes de marcharme, me recetó tres pastillas diarias de Orfidal.

El medicamento me dejó completamente zombi, y yo me sentí anulada. Poco a poco, comencé a depender psíquica y físicamente de él. Las consultas duraron alrededor de un año, por lo que mi adicción fue absoluta.

Ahora, hablando con otras personas, me doy cuenta de que nunca me sometió a ningún tipo de terapia, ni me dio consejos para mejorar mi estado de ánimo. Las sesiones siempre discurrían sobre lo mismo; incluso llegó a ofrecerse para enseñarme lo que no sabía de sexo.

Otras veces, me sentaba en sus rodillas y me leía los artículos que él escribía para el Diario de Córdoba, lo que yo hacía sin oponer resistencia, ya que lo obedecía en todo. Algunas veces posaba la mano sobre mi rodilla.

En las últimas visitas, el doctor me amplió el tratamiento a Astenolit, Prozac, Marcen y Lexatin. Lo cierto es que por esa época comencé a sentirme mejor, por lo que empecé a arreglarme, maquillarme e incluso gané algo de peso.

Él me piropeaba con frases como: «¡Hay que ver lo guapa que estás y lo bonita que eres!», lo cual me alagaba.

A los dos meses de este cambio, un día me citó a las dos y media, lo que me extrañó, ya que no era la hora habitual de la consulta. Jamás lo había hecho con anterioridad.

Cuando llegué, me pareció raro no encontrarme con la enfermera que me recibía habitualmente. Me recibió el propio doctor Coronado, que cerró la puerta con pestillo tras de sí. Eso me alarmó; nunca había

actuado de ese modo.

Nada más entrar, me informó de que tenía que realizar una llamada, y se dirigió para ello al diván que estaba situado al fondo de su despacho. Mientras hablaba, me hizo señas para que tomara asiento a su lado, y así lo hice. La charla se alargó unos minutos, durante los cuales puso una mano sobre mi pierna y me acarició la rodilla.

Como ya otras veces lo había hecho, al principio no me asusté, pero sí lo hice cuando la mano ascendió hacia la zona genital. Lo rechacé y bajé su mano con las mías.

Me dedicó una mirada contrariada y siguió con la conversación, repitiendo el gesto, que yo volví a rechazar. Me levanté y me dirigí a la puerta de salida; esperé allí a que finalizara para poder aclarar la situación. Cuando colgó el teléfono, se incorporó y caminó hacia mí. Agarrándome fuertemente por los brazos, intentó besarme contra mis deseos. Me lamía la cara, y yo le preguntaba de manera insistente, entre sollozos, por qué actuaba de esa forma. Al no lograr besarme, se encaró conmigo y me gritó:

—No me extraña que estés loca. Teniendo la oportunidad de acostarte conmigo, me rechazas. ¡Dame un beso en la boca!

Tras forcejear, mientras lo amenazaba con tirarme por el balcón, logré zafarme de su agarre y salí corriendo.

Esa fue la última vez que lo vi en persona y la última vez que pisé su consulta.

Una vez en casa, se lo conté a mis padres, y ese es el motivo por el que hemos buscado ayuda legal.

Actualmente me encuentro en periodo de desintoxicación, pero me siento bien, atendida por buenos profesionales y protegida por mi familia, aunque el proceso aún me provoca muchos sufrimientos.

Después de escucharlos, Mario les pidió tiempo para redactar la denuncia, adelantándoles que estaban dentro de los plazos que marcaba la ley para la prescripción de los delitos, por lo que tenían buen viso para alcanzar un final positivo.

Nada más despedirse de la atribulada familia, y después de prometerles volver a verlos muy pronto, corrió hacia su teléfono.

—Violeta —espetó sin saludar—, avisa a las demás para reunirnos en la sala de juntas dentro de un par de horas. —Sin dejarla hablar, continuó—: Han surgido novedades, pero quiero tenerlo todo bien atado antes de contároslas. Debo darme prisa si quiero prepararlo para la hora prevista. Hasta luego —se despidió sin ninguna ceremonia.

La sala estaba a rebosar. Violeta experimentó una sensación de *déjà vu*, con la diferencia de que en aquel entonces el ambiente había sido de expectación contenida y los comentarios destilaban cierto tono alegre. En cambio, esta vez, casi reinaba el silencio, y las caras serias eran la tónica general.

Violeta desvió la vista hacia el exterior, donde gobernaba la oscuridad. La luz del día ya se había desvanecido. Rememoró los truenos y el tiempo desapacible de la ocasión anterior. Se enfadó consigo misma: no sabía por qué pensaba esas tonterías después de las desgracias que habían acontecido sobre el grupo. Por ella, como si venía una dana y lo arrasaba todo.

Prestó atención a Mario, que ya había tomado asiento presidiendo la reunión. No le hizo falta instar a las presentes a callar.

—Buenas tardes a todas. Lamento muchísimo haberos convocado con estas prisas. Comprendo que os encontréis desoladas con la sentencia que puso fin a vuestras ilusiones de que, de una vez por todas, se hiciera justicia. Me consta que muchas habéis tenido que pagar un alto precio para llegar hasta aquí.

»Si os parece, voy a hacer un breve recorrido antes de pasar a detallar las últimas noticias.

Se escuchó un murmullo de voces bajas.

—En un principio, veinticinco de vosotras ratificasteis ante el Colegio Oficial de Médicos de

Sevilla una denuncia, que este trasladó a la fiscalía para que investigara si había delito. A los pocos días, solamente ocho personas, a instancias más, presentaron acusación ante los tribunales alegando intrusismo profesional, un delito de omisión del deber de socorro, un delito continuado contra la integridad moral, tres delitos continuados de abuso sexual, dos delitos de abuso sexual y uno de inducción al suicidio, con informe pericial sobre cada uno de ellos.

»El denunciado reaccionó emitiendo un comunicado donde alegaba que los testimonios eran «falsos de toda falsedad», lo que nunca supimos qué significaba realmente. Además, amenazó con demandar por injurias a estas personas, cosa de la que tampoco hemos tenido noticias hasta hoy.

»Por otra parte, a los pocos meses, nos enteramos de su renuncia como Hermano Mayor de la hermandad del Cristo de los Pecados, donde no nos consta que se lo intentara convencer de su continuidad. El propio Arzobispado de Sevilla se mostró, en un principio, poco receptivo con la petición de algunas de vosotras para que tomara partido frente a Coronado. Estas mismas mujeres llegaron a trasladar sus denuncias al Vaticano.

»Ahora, llegamos a la situación actual: la Audiencia no ha compartido nuestros argumentos sobre la prescripción penal, como ya hizo el tribunal ordinario.

»Nosotros alegamos que los hechos se llevaban produciendo más de treinta años, y eran constitutivos de delito continuado. Seguimos entendiendo que la prescripción no debe señalarse en función de la fecha en que se produjeron, sino desde que las víctimas tuvieron capacidad para entender lo que les había ocurrido y fuerzas para denunciarlo, dado el lógico daño psíquico.

»Siento decir que la Audiencia entiende que se han superado los periodos de tres, cinco y diez años previstos para los delitos recogidos en la denuncia.

»Sin embargo, os he citado hoy aquí para comunicaros nuevas circunstancias que darán un giro drástico a los acontecimientos: pronto se unirá una nueva denuncia a las vuestras, y los hechos ocurridos en esta no se verán afectados por las prescripciones. Ha aparecido una menor que lo denunciará por abusos.

Se oyeron exclamaciones de sorpresa y algunas de incredulidad. La reacción tenía mucho que ver con la prudencia y con el miedo a que la ilusión se evaporase.

—Dicho todo esto, os cedo la palabra, por si queréis hacerme algún comentario o pregunta al respecto.

El escepticismo y el temor se mascaban en el ambiente. No se oía ni el vuelo de una mosca.

Julia se puso en pie. Su enfado era evidente.

—¿Nos puede dar más información sobre el nuevo caso? Prácticamente no nos ha contado nada. —Con el paso de los meses, su aspecto se había endurecido. El color del cabello ahora era lila, rapado al cero por un lado del cráneo y más crecido, sin llegar a ser melena, por el otro. El flequillo le tapaba media cara y los *piercings* habían aumentado de número.

A pesar de su peculiar físico, cuando la tratabas, era una persona sensible y encantadora.

—No puedo hacerlo. Debido a que se trata de una menor, la ley la protege y no debo hablar sobre ello. Su caso y los vuestros se reforzarán mutuamente, ya que llueve sobre mojado.

—¿Cree usted que hay base legal sólida para ganarlo? —preguntó doña Mercedes, perfecta de peluquería y con el bolso agarrado fuertemente entre sus manos. Su mirada asustadiza se había transformado en segura y decidida.

—Sí lo creo. Tengo unas vibraciones positivas para que todo acabe bien. Y eso, en un abogado, es decir mucho —añadió con sorna.

Violeta pensó que quizá todo ese asunto también había arrojado consecuencias positivas sobre las personas implicadas. La mayoría de aquellas mujeres habían ganado confianza y autoestima. Empezando por ella.

Susana pidió la palabra.

—¡Hagámoslo! ¡Vayamos a por él! —exclamó rotunda. La apariencia etérea y aterrorizada de la primera vez se había borrado de su rostro. Ahora exudaba seguridad en sí misma. Violeta la encontró guapísima.

Sus palabras prendieron como fuego en la yesca. Un tumulto de voces hablaron a la vez. Mario fue contestando a todas aquellas que lo requirieron, pero resultó evidente la falta de *quórum* sobre el asunto. Al final, se zanjó la cuestión acordando volver a reunirse si el abogado las necesitaba para declarar como testigos.

Mario se incorporó con aspecto fresco, como si no hubiera tenido una reunión agotadora. Alzó la voz para reclamar silencio.

—Señoras, quedan todas invitadas a la primera ronda —recalcó las últimas palabras— en el bar de abajo. Después de tanta charla, lo necesito con urgencia.

Un sonoro aplauso acompañó a sus palabras.

CAPÍTULO 29



Aquellos que en la ciudad de Sevilla habían esperado ver a Violeta Baena doblegada por los acontecimientos se llevaron una decepción. Durante los seis meses transcurridos, no se arrojó ni se enclaustró en casa para lamerse las heridas, sino que se atrevió a disfrutar con valentía de los momentos felices que su nueva situación le deparaba. No estaba dispuesta a hacer escenas melodramáticas que mostraran al público su dolor y decepción mientras Daniel se paseaba del brazo de Belén, presumiendo de su nueva relación sin ningún reparo. Violeta se volcó en la familia y los amigos, fomentando el tiempo que pudieran pasar juntos para absorber su cariño, que tanto necesitaba en esos momentos, al máximo.

Aprovechando los días de primavera en los que el cielo amanecía claro y sin mácula, y el sol brillaba, aprovechaba para recorrer pedaleando la distancia del metro al trabajo en su nueva bicicleta, a pesar de que, después de un rato, la transpiración le empapaba la ropa. El ejercicio la ayudaba a tonificar los músculos y había perdido apetito, por lo que todo el mundo se puso de acuerdo en piropearla por su nueva figura, más esbelta y juvenil.

Sus noches se colmaban de sueños eróticos, y despertaba sudando todas las mañanas. Era un dilema de difícil arreglo, porque, aunque anhelaba ávidamente el contacto con un hombre, su amargura aún estaba demasiado presente como para buscarse un amante.

Al principio Mario y ella habían inventado excusas para coincidir, cuando la realidad era que ya no había motivos para ello. Él la había llamado para preguntar si el compañero que le había recomendado para tramitar su separación cumplía bien con su trabajo, y ella lo había telefoneado para interesarse por la evolución del caso Coronado. Pasado largo tiempo, se había fijado ya la fecha del juicio.

Finalmente, abandonaron los subterfugios y pasaron a disfrutar de forma abierta de la mutua compañía. Tácitamente, sin haberlo hablado, Mario y ella aprovechaban para verse casi a diario, excepto los fines de semana. Esos días pertenecían al espacio que cada uno atesoraba como propio. Quedaban para almorzar juntos, o para tomar un café a media tarde, según les iba marcando el trabajo.

Esa tarde se encontraban charlando en una de las múltiples terrazas que poblaban la avenida de La Constitución. El centro de la ciudad estaba abarrotado; como siempre que hacía buen tiempo, los sevillanos se lanzaban a las calles. Los turistas colonizaban los locales en busca de un poco de agua, de un helado o de una silla donde descansar sus ajetreados huesos.

—¿Cómo os va con el salón de belleza nuevo? —Mario siempre se interesaba de forma sincera por sus asuntos, y Violeta lo valoraba mucho.

—Mejor de lo esperado. Actualmente tenemos una clientela fija bastante amplia. Todas son del barrio y suelen ser las más fieles.

Fuera cual fuese el tema del que hablaban, nunca, ni una sola vez, él intentaba dominar la situación. Mario demostraba un sano interés por sus opiniones. La retaba, y cuanto más hablaban, mayor conciencia tenía Violeta de que le importaba de veras.

—Se me ha ocurrido abrir una línea nueva, pero todavía no lo he compartido con mis socias

porque estoy madurando los pormenores.

—Dime. Soy todo oídos. Dame una primicia.

Violeta le sonrió con coquetería. Aunque no importaba lo descarada que fuese su conducta: él no parecía enterarse. Al cabo del tiempo, había abandonado la idea de seducirlo y empezó a relajarse en su compañía.

Mientras se lo explicaba, de espaldas a la barra, notó las insistentes ojeadas que Mario lanzaba por encima de su hombro hacia el interior del bar. Se volvió y se envaró cuan larga era. Allí estaba, junto a la barra, Daniel con su nuevo amor y un grupo de gente a los que ella no conocía. Se imaginó que serían clientes.

Daniel parecía no haber captado su presencia, pero pronto descubrió que Belén sí lo había hecho, pues le lanzaba miradas desafiantes con la barbilla alzada.

—¿No vas a saludarlo? —Mario se inclinó hacia atrás con actitud indolente, aparentando indiferencia.

—No. No se me ha perdido nada. Si nos cruzamos, por supuesto que lo saludaré, pero no voy a propiciarlo. —Se dio cuenta por primera vez de lo poco que le importaba. Le daba igual si Daniel la miraba, qué pinta lucía o la cara que ponía.

Su matrimonio había muerto hacía tiempo. No ocurrió de manera repentina, sino que fue obra del día a día. Trocitos de su corazón fueron marchitándose cada vez que intentó complacerlo y no pudo, cuando esperó su apoyo y no lo encontró...; cuando se dio cuenta de que jamás lo satisfaría porque, en realidad, él no la quería.

—Es más —añadió—, la actitud posesiva de Belén me produce hilaridad. No sabe hasta qué punto deseo que se lo quede enterito ella.

Mario le dedicó una sonrisa deslumbrante, tanto que le cortó el aliento. Era raro verlo reír, aunque en su compañía a veces lo hacía. Parecía mucho más joven cuando estaba relajado y desinhibido. De vez en cuando, simplemente sonreía como si le diese pereza hacerlo, lo que le confería un aspecto travieso que a ella le encantaba.

—Esa es mi chica —dijo agarrándole la mano.

Mario pidió la cuenta. Recogieron sus cosas, y Violeta no quiso desperdiciar la oportunidad de despedirse agitando la mano y con una gran sonrisa al interior del local. Daniel correspondió con una huraña sacudida de cabeza.

Juntos, se alejaron caminando.

—Te acompaño un rato. No me apetece nada volver al despacho. —Llevaba su chaqueta colgando del hombro, sujeta por dos dedos a modo de gancho. A su lado, Violeta empujaba la bicicleta.

—No me extraña. La tarde es demasiado buena e invita a disfrutarla. —Violeta se sorprendió cuando él le posó una mano en el hombro. Una bandada de mariposas revoloteó en su estómago. Feliz, quiso imaginar que eran una pareja cualquiera paseando durante una deliciosa tarde primaveral.

Elevó el mentón para que el sol que le calentaba el rostro lo hiciera también con su corazón.

Dos días antes del inicio de la vista, el telefonillo zumbó a las nueve de la noche. Violeta se hallaba en el salón trabajando con el ordenador. Para ello, se había puesto unos *leggings* y una camiseta amplia muy cómoda. Su rostro no ofrecía ni rastro de maquillaje, aunque tampoco es que habitualmente se pusiera mucho; siempre había poseído buen cutis. Sus hijos se encontraban enfrascados en sus tareas escolares y habían acordado que en media hora prepararían la cena.

No esperaban a nadie, así que contestó un tanto extrañada.

—¿Dígame? —Un zumbido estático se coló a través de la línea al presionar el botón.

—Soy Mario. Perdona las horas.

—Pasa, pasa. Estoy encantada de verte. —Su corazón, alocado, brincó de emoción.

A pesar de que hacía fresco, Mario entró con los puños de la camisa enrollados, el cabello alborotado por la brisa nocturna y los ojos brillantes. Portaba dos enormes pizzas que, de inmediato, esparcieron su olor por el vestíbulo.

—Mamá, ¿quién llamaba? —La voz de Nacho resonó desde el piso de arriba.

Mario la miró con las cejas arqueadas en espera de su respuesta.

—Un amigo mío nos ha traído algo para invitarnos a cenar. —Violeta sonreía. Se encogió de hombros; esperaba que el mensaje fuera cierto.

Mario se carcajeó con ganas.

—Chicos, os he traído dos familiares de *pepperoni* y boloñesa con extra de queso. Espero que os gusten. —Alzó la voz para que les llegara con claridad.

—Ven, pasa a la cocina —lo guio Violeta.

Se oyó el sonoro galope de dos pares de piernas bajando las escaleras. A pesar de que no sabían de quién se trataba, el olor a comida rápida y la curiosidad fueron superiores a ellos.

—Hola; encantado. Soy Nacho —saludó el pequeño tendiéndole la mano—. ¿Qué es lo que tenemos por aquí? —preguntó sin ningún asomo de vergüenza.

—Yo soy Marcos. —Llegó pisándole los talones a su hermano—. Por mí puedes hacernos este tipo de visitas cada vez que te apetezca. Nosotros sabremos apreciarlas como Dios manda.

La risa de Mario reverberó en la cocina. Violeta se mostró impresionada, a la vez que encantada, por la desfachatez que mostraban sus hijos. No sabía si reñirlos o no.

—Este es mi amigo Mario Durango, el abogado que llevó el caso contra Coronado. —Decidió no corregirlos para no tensionar el ambiente. Ya hablaría con ellos más tarde.

Comenzaron a sacar a velocidad inusitada los platos de la despensa y a poner la mesa.

—Disculpadme por las horas, pero acabo de salir de trabajar y me desanimaba mucho irme a casa solo. Pasado mañana tengo un juicio importante, y eso me pone nervioso —les explicó a sus hijos con una naturalidad que la impresionó—. Entonces me acordé de vuestra madre, con la que me llevo muy bien y que siempre me escucha con cariño —prosiguió. Les guiñó un ojo con picardía, preparado para atacar a la pizza—, y como sé por ella de vosotros, se me ocurrió comprar la cena y así poder gozar de un poco de compañía.

A esas alturas, Violeta se preguntaba quién era el más sinvergüenza de todos.

—¡Qué buena idea, tío! La jugada te ha salido redonda —exclamó Nacho, y le dio un buen mordisco a una porción.

—¿Te apetece hablarnos del juicio? Soy todo oídos. —Marcos intentaba decidir por cuál empezaría.

—En realidad, me gustaría distraerme hablando de otras cosas. Sabía que, si me marchaba a casa, eso no ocurriría y no pararía de darle vueltas. —Mario la sondeaba con la mirada. No sabía si había hecho bien hablándoles de esa manera y buscaba su aprobación.

—Pues has tenido una excelente idea. Para eso estamos los amigos. —Con su sonrisa, Violeta no dejó lugar a dudas.

Al cabo de un rato, cuando la cocina ya estaba recogida y de las pizzas no quedaban ni las migajas, los niños volvieron a sus quehaceres en sus habitaciones. Mientras, ellos disfrutaban de la última copa de vino en el salón.

—Tienes unos chavales maravillosos. Puedes sentirte orgullosa. —Era uno de esos momentos

en que se lo veía feliz y relajado. Entrelazó las manos con las de ella y Violeta atisbó deseo en su mirada.

—Gracias. Sí que lo estoy, y mucho. Son chicos sanos y con muchas ganas de vivir; buenas personas, que es lo importante.

—Mejor me marcho a casa, aunque lo que me pide el cuerpo es quedarme en tu compañía. Debo acostarme pronto; mañana me espera el primer día de una semana dura. Espero poder defender a Beatriz y darle a ese tipo lo que se merece.

—Creo que está en las mejores manos; todas las víctimas lo estamos. Y quiero que sepas que asistiré a la sala los días que me sea posible.

—Tengo ganas de que esto acabe. Parece que mi vida pende de un hilo, a la espera de saber hacia dónde se inclinará la balanza. Quiero liberarme de una vez por todas de esta carga. Violeta, cuando termine todo, tendremos una cita como Dios manda. Es una promesa. —Su mirada la quemaba—. ¿Hace el trato?

—Hace. —Le chocó la mano—. Te recojo el guante. —La nueva Violeta se esforzaba por ser una mujer moderna—. Recuerda que una promesa es deuda.

Hasta hacía poco, nunca habría considerado mantener relaciones con un hombre que no fuera en serio, pero la mujer que había tenido esos sueños ya no existía.

CAPÍTULO 30



La tarde había sido inusitadamente calurosa para ser Sevilla. Violeta había dejado abierta la ventana de la oficina, pero solo se colaba algo de brisa esporádica. Aunque se había recogido el cabello en la nuca con unas horquillas, tenía el cuello húmedo. Debido a la inclinación del sol, este le había estado dando de lleno en el cogote.

Sentía el cuerpo aletargado y la pereza había hecho mella en su energía. Giró la butaca de ruedas, sin reposabrazos, y miró distraída hacia la calle. Una figura captó su atención en la acera de enfrente; nerviosa, daba continuos y cortos paseos de ida y vuelta mientras lanzaba miradas furtivas hacia el edificio donde ella trabajaba. Se envaró debido a la sorpresa: era Fátima.

La observó con una mezcla de aprensión y extrañeza. ¿Qué estaría haciendo?

Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella; no estaba segura, pero creía que desde la comida que celebró en el campo, y de eso ya había pasado más de un año. Nunca habían sido grandes amigas, y desde que su matrimonio se rompió, Violeta dio por hecho que habría tomado partido por Daniel. ¡Vete tú a saber qué les habría contado! De todas formas, alguna vez se le pasó por la mente que alguno de los dos podría haberla telefoneado para interesarse por su bienestar, aunque solo fuera por los años que se habían tratado. Sin embargo, esa llamada nunca se produjo.

Intrigada, echó la persiana y giró la varilla con la yema de los dedos para que las estrechas lamas se ladearan y así poder seguir espiándola sin ser vista. Su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco cuando, a los cinco minutos, la vio cruzar decidida la calle y entrar en el portal de su oficina.

Por lo visto, venía a verla.

Fue como si una pequeña descarga eléctrica le ordenara ponerse en movimiento. Desenganchó las horquillas que llevaba enredadas en el cabello y se pasó los dedos en un torpe intento por peinárselo. Revisó su atuendo y comprobó que la blusa, arrugada, se le pegaba al cuerpo. Se arrepintió de haber apagado el aire acondicionado, pero a veces su insidioso ronroneo la agobiaba después de tantas horas trabajando, y, además, anhelaba notar en su piel una atmósfera más natural.

Divisó a través del cristal a Fátima, con su eterna sonrisa grabada en el rostro, al otro lado de la puerta de su oficina. Violeta le hizo señas con la mano para que entrara y rodeó la mesa para saludarla.

—Hola, Fátima. ¡Qué sorpresa verte por aquí!

—Hola. Pasaba cerca y se me ocurrió venir a saludarte. Hace mucho tiempo que no hablamos; además, no conozco las instalaciones. —Recitó las excusas como si las hubiera memorizado.

La extrañeza de Violeta aumentó, puesto que la había visto titubear durante un rato antes de decidirse a entrar.

«Bueno, todos tenemos a veces comportamientos extraños».

—Pues eso está hecho. Te las enseño y así te presento a todos mis colaboradores —le propuso sin verbalizar sus sospechas.

Durante una hora, recorrieron los compartimentos. Le presentó a Víctor, el contable; saludaron a Elena, su socia, y conversaron con Rocío mientras tomaban un refresco en el *office*.

Fátima charló de forma animada con todos y se rio ante las bromas, pero su sonrisa era impostada. La lucía grabada igual que en una moneda, y como solo una profesional acostumbrada a pisar los escenarios más elegantes sabía hacer. Ella misma sabía mucho de eso.

Seguía sin conocer el verdadero motivo de su misteriosa visita, por lo que decidió abordar el tema con resolución.

—Fátima, ¿te parece que hablemos un rato? —le preguntó, como si verdaderamente hubieran compartido alguna vez algo más que frases corteses.

Las dos se medían en silencio, sentadas cerca la una de la otra. El rictus de Fátima se había vuelto frío y acartonado, riguroso. El aire acondicionado volvía a zumbar en la habitación, ya que Violeta había cerrado de nuevo los cristales para gozar de un poco de fresco.

—Te preguntaré a qué he venido. —Fátima rompió el hielo.

—Bueno —contestó despreocupada—, intuyo que quieres hablar conmigo. —A Violeta le cansaban tantos rodeos.

—He seguido de cerca todo lo que te ha ocurrido; lamento enormemente la ruptura de tu matrimonio. Quiero que sepas que te admiro, y mucho. Admiro tu valentía al enfrentarte al mundo y no rendirte a pesar de las presiones y las habladurías.

—Fátima —la interrumpió—, ¿adónde quieres ir a parar? —El enmarañado discurso la tenía desconcertada.

—A mí, ahí quiero ir a parar. Te envidio porque carezco de las cualidades que tú posees. Yo también fui víctima de Jerónimo Coronado. —Entre lágrimas expulsó todo el dolor que llevaba dentro, buscando una redención y la paz que no había obtenido en años.

Le contó que había acudido a la consulta con su marido, Carlos, porque este sufría mucha ansiedad y no podía dormir por culpa de los dolores en el pecho que lo atacaban asiduamente.

A su marido le recetó ansiolíticos y lo convenció, después de una breve entrevista en privado, de que la enferma era ella, y que debía tratarla. Sin saber cómo ni por qué, Fátima se dejó enredar, quizá debido a su inseguridad, o, en realidad, a que se sentía desligada de su vida en pareja; ya entonces no era feliz. Siempre supo de las continuas infidelidades de Carlos; al principio solo las intuía, pero con el tiempo se convirtieron en certeza.

—Mi marido es un putero —confesó serena—. Hace años que lo sé.

El resultado fue que estuvo años acudiendo a esa consulta como una drogadicta en busca de su dosis letal, y el resultado fue que, al final, se convirtió en una repugnante réplica de su marido. Cuando se dio cuenta, había convertido su vida en un estercolero, y durante una época llegó a pensar en quitarse de en medio. Los pensamientos suicidas la rondaron, y se asustó.

—He conseguido salir de todo ello con mucho trabajo y esfuerzo. En silencio, como una fugitiva, o una ladrona. Siempre con miedo a ser descubierta. Ahora ya conoces el motivo por el que es invitado a nuestra casa: no quiero que Carlos se entere. No podría soportar que mi matrimonio acabara, ni tampoco estar en boca de la gente.

»Por todo ello te admiro, porque tú si posees ese coraje que a mí me falta.

Violeta la envolvió entre sus brazos para reconfortarla en su desconsuelo.

—Ese hombre es una rata repugnante que no debería andar suelta —exclamó enfurecida, como cada vez que se enteraba de un nuevo abuso—. Sé, por experiencia, que el silencio actúa como un veneno que se filtra en tu interior y te carcome, pero no te hagas esto. Deja ya de autodestruirte de esta manera.

»Si algo he aprendido en este tiempo es a no juzgar a nadie. No lo hagas tú tampoco. No seas

tan dura contigo misma y mira a tu alrededor. Si alguna vez vuelves a necesitarlo, busca la ayuda de un terapeuta honrado, que puede ser cualquiera, y deja de martirizarte.

Después de un par de horas conversando y poniéndose al día, Fátima se despidió.

—No sabes lo bien que me siento al haberme sincerado contigo, Violeta. Gracias por escucharme; llevo meses intentando hablar de ello. Cuenta con mi apoyo pase lo que pase, porque a partir de ahora voy a dejar de esconderme. Aunque nunca logre gritarlo en voz alta, nadie va a impedir que os ayude.

Violeta la observó partir ya de anochecida. Fátima le recordaba a sí misma cuando estaba atrapada y muda. Por un lado, le inspiraba lástima, y por otro, sabía con seguridad que no volvería a ser la misma. Ya se iría dando cuenta. Había cosas que no tenían marcha atrás.

Apoyó el rostro en la palma de la mano y reflexionó acerca de cuánto había cambiado. Ahora se sentía fuerte y poderosa; ya nadie podría volver a castigarla con sus silencios. Su triunfo la hizo sentir orgullosa.

Dentro de ella explotó un anhelo de libertad, como el estallido de confetis surgido de un cartucho en un día de fiesta.

CAPÍTULO 31



Bajo el chorro de la ducha, sintió el agua deslizándose sobre la piel, y eso la apaciguó. Mario y ella se habían citado para cenar, y desde que lo hicieron, la ilusión permanecía anudada en su pecho. La expectación revoloteaba por su estómago ante la emoción de su primera cita con él.

La tarde había transcurrido entre incesantes llamadas telefónicas, conversaciones con sus compañeras de cuitas y celebraciones junto al personal de la oficina y los ajenos que se habían acercado por allí. Rocío y Elena se habían encargado de comprar botellas de champán con el que hacer los honores. Los nervios ante el inminente juicio iban *in crescendo*. Un sentimiento de euforia y éxito anticipados se habían extendido por ellas. En realidad, les era indiferente el fallo final. Aunque parecieran unas inconscientes, ya se consideraban ganadoras simplemente por la celebración del juicio.

Había intentado ponerse en contacto con Mario sin éxito. Su teléfono siempre estaba comunicando; otras veces, una máquina contestaba que no estaba disponible. A media tarde, su ayudante la había telefonado citándola con él a las diez en Salvador Rojo, un conocido restaurante de la ciudad, para cenar. Le contó que estaban desbordados de trabajo.

Durante varias horas, había sentido su pecho estallar de felicidad. En la vida, si eras perseverante, existían muchas posibilidades de que tus metas llegaran a buen fin. Sin embargo, Violeta no había conseguido avanzar absolutamente nada en el trabajo. Los papeles se acumulaban encima de la mesa y las respuestas a las llamadas las había pospuesto con la excusa de una repentina enfermedad. Se excusó a sí misma diciéndose que un momento así solo se daba una vez en la vida, a pese a que los negocios no entendían de esas cosas.

Salió de la ducha y abrió el armario, cubierta con una toalla. Se tomaría su tiempo en elegir la ropa. Quería estar guapa sin que aparentara el tiempo que iba a emplear para ello.

Elegió unos pantalones de terciopelo sintético con semitransparencias. El forro, que le llegaba hasta medio muslo, ocultaba su ropa interior. Para el calzado, se decidió por unos sencillos salones negros de tacón. Completó el conjunto con un chaleco rojo de mezclilla dorada, y un poco de maquillaje en rostro y labios le dio el toque final. Una vez finalizado el proceso, echó un vistazo al espejo de cuerpo entero y sonrió satisfecha con el resultado. Quería estar atractiva.

Los chicos dormirían esa noche en casa de Daniel, lo que le venía de perlas; así no tendría que dar explicaciones, a pesar de que eran ya lo suficiente mayores para cenar solos en casa.

Se desplazó en taxi porque el restaurante era de difícil acceso para ir en coche; además, podría tomarse alguna copa sin remordimientos. El último trecho lo recorrió andando. El pastoso olor de la madreselva le penetró en los pulmones. El cielo, cuajado de estrellas, parecía un manto poblado de luces navideñas. La noche era preciosa.

Mario la esperaba de pie en la calle, junto a la entrada. Él también se había duchado y cambiado de ropa. Llevaba unos vaqueros, una camisa de rayas y cazadora de piel. Era la primera vez que lo veía sin sus consabidos trajes de chaqueta, y lo encontró igual de atractivo.

Sus miradas se quedaron atrapadas desde lejos.

—Estás muy guapa. —Le tendió la mano para acercarla a él.

—Mario, ¡¡vamos a ganar!! —Una espléndida sonrisa adornaba su cara. Lo rodeó en un abrazo estrecho.

—Sí, lo haremos. El día ha sido muy largo. Estaba deseando verte —le susurró al oído. Y sin más, le dio un beso que la hizo flotar. Quiso que no se acabara nunca—. Te invito a cenar en mi casa. Vivo aquí cerca.

El beso le había dado alas. Parecía que ya nada lo iba a detener.

—Lo estoy deseando. Creo que si tú no te hubieras lanzado a pedírmelo, lo habría hecho yo —contestó sin resuello. La pasión la consumía.

—Gracias, Violeta. Te necesito, te necesito mucho. —Emocionado, apoyó su frente en la de ella.

En una de las casas de un portal cercano, y bajo la luz de la luna, se amaron. Compartieron la noche oscura y el abandono total hasta que las paredes destilaron sexo. Su pasión fue caliente y estremecedora.

A la mañana siguiente, la despertó el intenso aroma a café recién hecho procedente de la cocina. Se puso la ropa del día anterior y se alborotó el cabello. Encontró a Mario sentado a la mesa, con las piernas extendidas delante de él y una taza entre las manos. Violeta, sin saber cómo actuar, se dirigió a la nevera y se sirvió un vaso de leche —aunque odiaba tomarla sola— de un cartón que estaba abierto.

—Buenos días —lo saludó con repentina timidez.

—Buenos días. ¿Has descansado bien? —Mario se levantó y la abrazó sin ambages. Su mirada quería leerle el alma—. Cuando me levanté, estabas profundamente dormida.

—Muy bien, gracias. —Ruborizada, se remitió el cabello por detrás de la oreja. Se le vinieron a la mente las escenas de la noche pasada.

—Violeta, necesito saber qué sientes por mí. La duda me corroe, porque me gustas. Me gustas mucho.

A plena luz del día, afloraron todas las inseguridades que cada uno abrigaba.

—Todavía es pronto para hablar de sentimientos. Lo que sí puedo decirte es que la noche que hemos compartido significa mucho para mí. —Había descubierto por primera vez lo que significaba ser dueña de su propia vida, y no iba a dejar que él ni nadie marcara las pautas.

Mario sonrió, lo que aumentó su incertidumbre. No sabía cómo tomárselo, pero sí que había llegado el momento de sincerarse.

—Todos estos meses, mis sentimientos hacia ti han ido creciendo conforme nos tratábamos. He esperado y no te he dicho nada para no avasallarte; tu separación es muy reciente. Quería darte espacio y tiempo para conocerme, pero he llegado a un límite y necesito confesártelo.

Ella le puso los dedos en los labios para acallarlo.

—Mario, yo también quiero seguir viéndote —lo interrumpió con cariño—. Veamos qué nos depara el futuro.

La nueva Violeta lo besó bebiéndose su pasión.

CAPÍTULO 32



Un reguero de sudor le recorría la espalda hasta alcanzar su ropa interior. Violeta corría, cubriendo los últimos metros que la separaban de los juzgados de Sevilla. Enfiló los soportales sin resuello.

—Buenos días —saludó al guardia civil que custodiaba la puerta. Apenas le quedaba aliento en los pulmones.

—Buenos días, señora. Deje usted el bolso en la cinta y pase por el arco, por favor —le contestó con tono profesional.

No había encontrado aparcamiento en toda la zona del Prado, y tampoco en el *parking*. Era uno de esos días en que se hubiera comido el coche con mucho gusto, o mejor, lo hubiera dejado colgado en la copa de cualquier árbol. Se había visto obligada a aparcarlo en la plaza que poseía en el garaje subterráneo de su oficina y continuar caminando, o más bien trotando, lo que le había llevado quince minutos de torceduras y tropezones, porque el calzado no era en absoluto el adecuado.

Esa mañana había tenido que atender a unos clientes muy importantes para el negocio. Eran unos directivos de Madrid que habían viajado para conocerlas y visitar sus centros; barajaban la posibilidad de ofrecerles la exclusividad en Sevilla de sus productos, los cuales gozaban de una notable popularidad entre el público femenino. Por eso no había podido llegar con tiempo a la lectura del fallo del tribunal contra Jerónimo Coronado. Para ella era vital estar allí apoyando, como una más que era, a todas las víctimas de La Rata.

—¡Mierda! —masculló entre dientes. Al coger su bolso precipitadamente, el contenido se esparció por el suelo y la demoró aún más. Por la mirada que le echó el agente, se dio cuenta de que la había oído.

—Señora, ¿puedo ayudarla en algo?

Violeta se percató de cómo se elevaban las comisuras de su boca y sus esfuerzos por retenerlas.

—Pues sí. Muchas gracias. ¿Sería usted tan amable de indicarme dónde se encuentran las salas de lo penal?

—Están todas en el piso de arriba —le indicó, señalando con el brazo unas anchas escaleras que ascendían pegadas a la pared.

—Muchas gracias. —Violeta agarró la cartera y salió corriendo sin apenas darle oportunidad de terminar la frase.

Sin tiempo de esperar el ascensor, subió los peldaños que partían del vestíbulo. Nada más llegar al piso de arriba, localizó con la mirada el lugar donde debían de estar desarrollándose los acontecimientos, porque una multitud se agolpaba en la entrada.

Se abrió paso a codazos hasta lograr introducirse en el interior, donde más gente esperaba, incluso, de pie. El ambiente estaba muy cargado. Se apoyó en la pared y se dio cuenta de que estaba totalmente desgreñada. Le faltaba un botón de la blusa, que lucía arrugada y con los faldones por fuera de la falda. Con unos tirones, se colocó la chaqueta de nuevo sobre los

hombros mientras se ponía de puntillas para averiguar qué sucedía. Todas las personas situadas delante de ella actuaban como una muralla humana y le impedían enterarse de lo que ocurría en primera fila. En uno de sus intentos, le pareció distinguir el cabello de Mario al fondo.

Una repentina excitación se extendió entre el público como una onda expansiva. La gente murmuraba, y Violeta escuchaba voces, pero no entendía lo que decían.

—¿Sabe usted lo que ocurre? —preguntó al chico que estaba su lado.

—Creo que lo han declarado culpable, pero no estoy seguro. —Él también estiraba el cuello para ver algo.

Su corazón aleteó de júbilo. A pesar de que sus pies pulsaban de dolor, y de que los pinchazos le llegaban a las pantorrillas, hizo otro esfuerzo para alzarse sobre ellos.

Las voces se elevaron.

—¡¡Culpable, lo han declarado culpable!! —exclamó alguien. La gente comenzó a empujar rumbo a la salida, zarandeándola a su paso.

Violeta comprendió que no iba a poder acceder a la zona delantera, y mucho menos a Mario. Se deslizó a duras penas hacia una esquina y esperó a que lo peor pasase.

—Dos años y medio de cárcel y, además, una indemnización a la víctima. —Oyó retazos de una conversación.

Violeta elevó la mirada al techo y dio gracias a Dios. Los ojos se le inundaron de lágrimas. El alma le iba a estallar de alegría.

«¡Por fin se ha hecho justicia!».

Aunque ella habría deseado que lo encerraran durante el resto de sus días, esa sentencia suponía el reconocimiento de su culpabilidad ante todo el mundo. Ya nadie les podría decir, ni siquiera pensar, que eran una pandilla de locas. Coronado no podría ejercer nunca más. El colegio de médicos no ignoraría ese fallo y por fin le retiraría la licencia.

¡Era feliz! Su corazón palpitaba enloquecido en el pecho.

Al cabo de un rato, pudo vislumbrar un canal de salida entre las personas que taponaban la puerta, y lo aprovechó. En la calle se había desatado la locura. Cientos de periodistas, algunos con cámaras y micrófonos, aguardaban impacientes. Los fotógrafos oteaban en busca de algún rostro de interés para disparar sus máquinas.

Violeta desanduvo el camino de ida, dispuesta a regresar a su oficina. Allí, intentaría comunicarse con las afectadas y lanzar la buena nueva al viento.

Trini, la ayudante de Mario, la telefoneó para informarla, eufórica, de la cantidad de llamadas y visitas de medios de comunicación que habían tenido que atender.

Para el bufete, esa sentencia representaba un buen espaldarazo profesional.

Se alegraba por Mario. Se lo había trabajado.

Volvió despacio, sin prisas, porque el día le parecía maravilloso. Atravesó la avenida del Cid y enfiló la calle San Fernando, flanqueada a un lado por la universidad de Sevilla, antigua Real Fábrica de Tabacos, la primera sede de esas características en Europa y el edificio más importante de España en el siglo XVIII. Todo el mundo la conocía por ser el escenario donde se desarrollaba el drama de la ópera *Carmen*, de Bizet. Dejó atrás la Puerta de Jerez y enseguida llegó a su destino.

El ambiente matinal empezaba a adquirir la pesadez propia de cuando iba arreciando el calor. Los turquesas de las glicinias y los carmesíes de las bignonias que trepaban por las tapias llenaban de colores las calles sevillanas. La brisa conducía las conversaciones de los clientes sentados en las terrazas de los bares, así como las explicaciones en diferentes idiomas de los guías turísticos a sus grupos. Los rayos del sol le templaban la piel y el alma. Oía a los

hacendosos gorriones en las copas de los naranjos, que ya habían florecido. Esos eran el olor y el color de su ciudad en primavera.

Se sentía afortunada y en paz con el mundo, e iba a disfrutar de ello.

Al introducirse en el edificio Helvetia, algo la detuvo. En una pared, alguien había pegado un cartel donde se veía a una madre caminando de la mano de su hija y el siguiente mensaje:

«—Mamá, ¿qué es rendirse?

—No lo sé, hija mía. Nosotras somos mujeres».

Ya otras veces había reparado en él, pero hasta ese momento no cobró un significado tan especial para ella.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Subió a la oficina y se arrellanó en su asiento. Se sentía plena. Ya no quedaba nada de la mujer que, un año atrás, vivía a la sombra de su marido. No era tan fácil dañarla. El dolor y la experiencia le habían enseñado a no consentir que nadie la tratara mal.

La vida era un misterio lleno de aventuras, y ella no se quedaría como una mera observadora.

FIN



Agradecimientos

Quiero agradecer la colaboración y ayuda de las mujeres pertenecientes a la asociación *Veritas* creada para dar cobertura a las víctimas de abusos sexuales, y sobre todo, a su presidenta *Concha Ruiz Bueno*, sin cuya ayuda me hubiera sido imposible escribir esta novela.

A *Inmaculada Torres* por su asesoramiento en procedimientos jurídicos y a mi querido amigo *Felipe Gayoso* por sus agradecidos consejos. A mi marido *Ricardo*, cuyo apoyo incondicional me concede fuerzas para afrontar mis proyectos.

Estoy en deuda con *Érika Gael*, sin su labor de coaching y corrección jamás hubiera podido seguir adelante. Gracias, eres una magnífica profesional y escritora. La mejor.

A *Alexia Jorques*, la autora de la bonita portada, contraportada y maquetación que adorna estas páginas.

Sobre todo mi eterno agradecimiento a mis lectores los cuales pueden seguir mis proyectos a través de **MargaritaBsainz** en Facebook e Instagram.

Sin vosotros, nada de todo esto sería posible.

Nota de la autora

Esta novela está basada en testimonios reales. Testimonios de personas que han sido sometidas a maltrato. Esos episodios constituyen el marco objetivo de esta historia.

Los personajes son ficticios y cualquier interacción que tengan con el mundo real es fruto de mi imaginación. Los posibles errores de mi libro son solo imputables a mí.

De los numerosos artículos que he leído para documentar mi novela, alguno ha sido reproducido parcialmente en forma de titular. Los más útiles proceden del periódico *ABC*, *El Confidencial*, *El Mundo*, *Diario de Sevilla* y de la revista *Vanity Fair*.

Biografía



Margarita Bustamante Sainz nació en Sevilla, en 1962. Fue representante de los agricultores de riego durante veinte años y tiene publicadas tres novelas. Actualmente comparte la actividad agraria, a la que se dedica, con la literatura y la familia.